



UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

POLÍTICAS PÚBLICAS

Revista Interdisciplinaria del Centro de Estudios de Políticas para el Desarrollo

50 AÑOS

JORGE DONOSO
ROCÍO DONOSO
CAROLINA GOIC
GLORIA HUTT
GONZALO MARTNER
CARLOS OMINAMI
MANUEL RIESCO
ALEJANDRO SAN FRANCISCO

KARLA RUBILAR

JOAN GARCÉS

POLÍTICAS PÚBLICAS

VOLUMEN 16, NÚMERO ESPECIAL, 2023

**REVISTA INTERDISCIPLINARIA DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE POLÍTICAS PARA EL DESARROLLO Y
MAGÍSTER EN GERENCIA Y POLÍTICAS PÚBLICAS**

50 AÑOS



FACULTAD DE ADMINISTRACIÓN Y ECONOMÍA

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

EDITORIAL

Cuando se debatía sobre la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado de 1973, en el comité editorial de nuestra revista, Bernardo Oliva sugirió la edición de un número especial dedicado a reflexionar sobre dicho hecho y sus consecuencias. El tiempo era insuficiente para tener la publicación antes del cincuentenario, el 11 de septiembre de 2023, pero igualmente nos propusimos materializar la propuesta como una contribución al desarrollo del pensamiento respecto a nuestro país.

Las circunstancias hicieron que nos tomáramos más tiempo del planificado. Así, este número especial está viendo la luz cuando, al parecer, el encendido debate en torno al cincuentenario ha dejado de tomar las primeras planas de los medios de comunicación. Sin embargo, vemos esto como algo positivo: si queríamos aportar una reflexión amplia sobre el Golpe de 1973, mejor entregarlo en un escenario menos polarizado.

Este número especial, 50 Años, sale de la lógica usual de la Revista, pero ello no la aparta de sus objetivos y criterios de rigurosidad. Ahora bien, al ser los artículos provenientes de una invitación, no corresponde evaluarlos bajo los criterios regulares.

De tal manera, decidimos invitar a personas de diferentes experiencias y miradas, a quienes solicitamos nos enviaran un ensayo con su visión sobre las causas del Golpe, si pudiera haberse evitado y si era inevitable lo que ocurrió después. La respuesta fue generosa y productiva. Agradecemos pues a Jorge Donoso, Rocío Donoso, Carolina Goic, Gloria Hutt, Gonzalo Martner, Carlos Ominami, Manuel Riesco, Karla Rubilar y Alejandro San Francisco quienes aceptaron contribuir con sus reflexiones y dar vida a esta publicación.

Aquellas personas representan diferentes generaciones, opciones de vida, profesiones y visiones. Esto otorga al texto una riqueza de miradas que nos permite afirmar que estamos alcanzando el objetivo propuesto. Una vez recibidos los aportes hemos decidido agregar, por su relevancia respecto de lo allí expuesto, dos textos más. Uno corresponde al artículo *El 11 de Septiembre de 1973, Dos Caras del 11 de Septiembre*, aparecido en la revista *Política y Espíritu*; fue escrito por Jaime Castillo Velasco, exministro del gobierno de Eduardo Frei Montalva y miembro fundador, en 1978, y presidente (1978-2003) de la Comisión Chilena

de Derechos Humanos. El otro es un inédito, el cual consiste en una edición, basada en su transcripción, de la intervención del exasesor de Salvador Allende Joan Garcés en la presentación del libro *Pagaré con mi Vida* de Gonzalo Martner.

La lectura del conjunto de ensayos y reflexiones, seguramente, no generará una convicción respecto a la pregunta que origina esta edición. Por ilustrar, respecto de las causas del Golpe, hay elementos objetivos que permiten establecer procesos nacionales e intervenciones extranjeras: el peso de cada uno de ellos es discutido y lo seguirá siendo en el futuro. Lo mismo ocurre con la inevitabilidad o no del Golpe. Es algo objetivo que hubo intentos de alterar el orden institucional aún antes de que Allende fuera electo presidente por el Congreso Pleno, pero también que el diálogo se encontraba interrumpido o, al menos, debilitado cuando los militares tomaron el poder, casi sin encontrar resistencia. El hecho cierto es que, si se podía evitar, ello no ocurrió.

¿Qué motivó a las Fuerzas Armadas y Carabineros a actuar de la forma que lo hicieron habiendo tomado el poder casi sin resistencia? Tal vez es la segunda pregunta más importante que nos debemos hacer para evitar que el país vuelva a vivir una tragedia similar.

Esperamos que esta edición especial de la Revista Políticas Públicas contribuya a encontrar respuestas, a encontrar a los otros, a las otras, en democracia.

Editores, 2023.

ÍNDICE

—ENSAYOS—

JORGE DONOSO	
UNA TRAGEDIA QUE SE PUDO EVITAR	1
ROCÍO DONOSO	
EL GOLPE DE ESTADO EN CHILE NO FUE INEVITABLE	21
CAROLINA GOIC	
UN CHILE EN PAZ PARA EL SIGLO XXI	29
GLORIA HUTT	
A 50 AÑOS ¿ERA EVITABLE EL GOLPE MILITAR DE 1973?	35
GONZALO MARTNER	
EL DERROCAMIENTO	49
CARLOS OMINAMI	
EL SOCIALISMO CHILENO A 50 AÑOS DEL GOLPE MILITAR	63
MANUEL RIESCO	
REVOLUCIÓN Y RESTAURACIÓN	81
	—ARTÍCULO—
KARLA RUBILAR	
60 AÑOS	109
	—SEPARATA—
JAIME CASTILLO	
EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973.	
DOS CARAS DEL 11 DE SEPTIEMBRE	111
JOAN GARCÉS	
LA GEOPOLÍTICA DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE	
Y LA DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO REPUBLICANO	119

UNA TRAGEDIA QUE SE PUDO EVITAR

JORGE DONOSO

Licenciado en Derecho, Universidad de Chile.

Periodista en Universidad de Santiago de Chile.

Expresidente del directorio de Televisión Nacional de Chile.

*El pueblo que no conoce su historia
está condenado a repetirla¹.*

La primera reflexión sobre el golpe de Estado de 1973 es por qué es necesario hacerla. Algunos han dicho que es inútil esta discusión, porque no nos pondremos de acuerdo respecto a sus causas y su procedencia: nunca habrá una sola versión. Otros pretenden que comencemos el análisis con lo que provocó el golpe, con especial énfasis en las violaciones a los derechos humanos. Ninguno de estos enfoques me convence. Estoy con lo que dijeron los obispos en julio de 2023:

El 11 de septiembre de 1973 constituye un momento doloroso y dramático de nuestra historia. Actualmente, hay en Chile una polarización no sólo frente a nuestro presente, sino también respecto del pasado reciente. Nos parece importante continuar el estudio y el análisis que en nuestra sociedad se hace de estos acontecimientos, aunque quede camino por recorrer para un mayor acuerdo en la visión que tenemos de ellos. Debemos ser conscientes de que cuando se carece de una mirada más compartida de nuestra historia, se hace más difícil también la comunión en torno a los grandes valores que deben guiar nuestro futuro (Obispos de Chile, 2023).

¹ Esta frase es atribuida, por algunos, al filósofo y poeta norteamericano, de origen español, Jorge Santayana; otros, en cambio, al abogado, periodista, escritor y presidente de Argentina, Nicolás Avellaneda.

Por lo anterior, me parece importante comenzar con las causas que llevaron a que se produjera el golpe de Estado. Antes de entrar al análisis de cada una de ellas, quiero rescatar lo que dijéramos al respecto un grupo de parlamentarios y dirigentes del Partido Demócrata Cristiano (PDC) encabezados por Bernardo Leighton, el 13 de septiembre de 1973, y que firmaron también: Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Andrés Aylwin; Jorge Cash, Mariano Ruiz Esquide, Fernando Sanhueza; Sergio Saavedra, Radomiro Tomic, Claudio Huepe; Belisario Velasco, Ignacio Balbontín, Florencio Ceballos; Baldemar Carrasco y Marino Penna (Donoso y Dunlop, 2013). En primer lugar, condenamos enérgicamente el golpe de Estado y nos inclinamos respetuosamente ante el sacrificio de su vida hecho por el primer mandatario en defensa de la democracia y de nuestra institucionalidad. Y, a continuación, dijimos:

Jamás tuvimos otra actitud parlamentaria o particular que no fuera la oposición dentro del cauce democrático destinada a obtener la rectificación de los errores cometidos por el Gobierno del Presidente Allende e impugnados por nosotros.

La falta de rectificación, que en definitiva nos llevó a la tragedia, es responsabilidad de todos, Gobierno y Oposición, porque el deber de mantener una democracia no puede ser eludido por nadie. Pero, a nuestro juicio, hubo quienes tuvieron mayor responsabilidad.

En primer lugar, el dogmatismo sectario de la Unidad Popular, que no fue capaz de construir un camino auténticamente democrático para el socialismo, conforme a nuestra idiosincrasia. Especial condenación nos merece la irresponsabilidad de la ultraizquierda.

En segundo lugar, la derecha económica que, con fría determinación, aprovechó los errores de la UP para crear un clima de tensión, ceguera y pasión política que, unido a lo anterior, hizo imposible un consenso mínimo al descalificar a quienes lo buscábamos con objetividad y con cordura.

Estos sectores extremos alienaron psicológicamente a la opinión pública e incluso a numerosos jefes políticos y militares, creando la sensación falsa

de que no había otra salida para la crisis chilena que el enfrentamiento armado o el golpe de Estado (Archivo Museo de la Memoria, 2023).

Insisto en lo planteado en un comienzo, en el sentido de que, por dolorosas que sean las circunstancias, es necesario conocer nuestra historia, ya que de ella podemos sacar conclusiones para no repetir los errores del pasado. Sobre todo, cuando esos errores son más bien horrores que trajeron un sufrimiento intenso a compatriotas que sufrieron la prisión arbitraria, la tortura, el exilio y la muerte.

Por ello, me parece tan acertada la frase que sirve de epígrafe a este artículo: «los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla». En el caso de la dictadura que siguió al golpe de Estado de 1973, sería una nueva tragedia que heriría de muerte a nuestra sociedad.

El Sectarismo de la Unidad Popular

Cuando hablamos de causas del golpe, nos estamos refiriendo, tal como lo dice el diccionario, a «cosa a la que se debe que ocurra otra cosa determinada», como un elemento objetivo al margen de la voluntad de quien lo produzca. En este caso, quienes impulsaron o tomaron determinadas medidas o realizaron ciertas acciones es posible que no buscaran que se produjera el rompimiento del orden constitucional; pero, en los hechos lo hacían, dando la excusa para quienes lo ejecutaban o la justificación para quienes lo apoyaban. Por esto, aceptaban la salida de fuerza como algo inevitable.

Así es, por ejemplo, cómo desgraciadamente muchos de los militantes o partidarios de la Unidad Popular desarrollaron una actitud francamente sectaria respecto a quienes no compartían sus posiciones políticas. Esto afectó especialmente a militantes del Partido Demócrata Cristiano tanto en las actividades de sus respectivas poblaciones como en la administración pública. Se reflejó especialmente en las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP) que el gobierno creó para superar las dificultades propias del desabastecimiento (problema al que me referiré más adelante) y en los despidos injustificados o persecuciones en el

aparato fiscal. Las personas que sufrieron en carne propia estas injusticias fueron renuentes a que el PDC pudiera llegar a acuerdos con el gobierno si no cambiaba su actitud.

Irresponsabilidad de la Ultraizquierda

Acápate aparte merece la posición de la ultraizquierda, representada por el MIR. Aquella seguía reivindicando el uso de la fuerza para acceder al gobierno, a pesar de que la Unidad Popular —una agrupación indudablemente progresista— lo había hecho por la vía electoral. Esta posición ideológica expresada con insistencia servía a los propósitos de quienes advertían maliciosamente que ella se impondría y nos llevaría a una dictadura de orientación marxista. Estos sectores planteaban que:

La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués puede consolidarse la revolución socialista (Jobet, 1971, p. 130)².

El Partido Socialista —nada menos al que pertenecía el Presidente de la República— en su Congreso celebrado en Chillán, en 1967, resolvió que: «como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo» (Jobet, 1971, p. 130). Más adelante el documento agregaba:

Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporadas al proceso político que nos lleva a la lucha armada.

² Este es parte del texto aprobado por el XXII Congreso General del Partido Socialista en Chillán, 1967.

Consecuencialmente, las alianzas que el partido establezca solo se justifican en la medida en que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados (Jobet, 1971, p. 130).

Es probable que algunos hayan encontrado en esta resolución el motivo por el que era imposible concretar un acuerdo con la Democracia Cristiana.

Estas definiciones y las acciones inspiradas en ellas daban pábulo a campañas de la derecha que enfatizaban la condición de que el gobierno, elegido democráticamente, era sólo un tránsito a un gobierno totalitario.

La Campaña Desestabilizadora de la Derecha

Los partidos de derecha no se limitaron a azuzar a la población en contra del gobierno de la Unidad Popular a través de sus medios de comunicación (como lo analizaremos en la sección correspondiente), sino que también usaron al Congreso para presionar y, en lo posible, desestabilizarlo. Por su parte, después de la elección presidencial y previo a la elección por el Congreso Pleno del Presidente de la República (entre las dos primeras mayorías, a la sazón, entre Salvador Allende y Jorge Alessandri), grupos extremistas de dicha orientación habían comenzado a impedir que se optara por el primero.

La primera de estas maniobras fue la conocida como «el gambito Frei». Esta consistió en elegir a Jorge Alessandri para que este renunciara y, así, se realizaran nuevas elecciones donde Frei tuviera la primera opción de ganarlas. Esta triquiñuela fue rechazada categóricamente por este último y por el PDC, de modo que fue desechada con aquel mismo énfasis.

Junto con lo anterior, se intentó secuestrar al Comandante en jefe del Ejército, René Schneider, y chantajear al Congreso con esta situación de fuerza para que eligiera a Alessandri. Esta acción, realizada por militantes del movimiento de extrema derecha Patria y Libertad, terminó trágicamente con la vida del oficial el mismo día en que el Congreso Pleno debía emitir su veredicto³. Este acto criminal contó con la colaboración de la CIA (CHV, 2023).

³ El atentado contra el Comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, fue cometido el día 22 de octubre de 1970. El día 24 de dicho mes fue la ratificación del Congreso Pleno para la Presidencia de Salvador Allende y el día 25, durante la madrugada, falleció el Comandante en jefe R. Schneider [N., del E.]

Cuando el gobierno de Allende estaba en funciones, los diputados de derecha iniciaron una seguidilla de acusaciones constitucionales en contra de ministros y altos funcionarios de aquella administración. Transcurridos apenas cuatro meses de su ascenso al poder, el 10 de marzo de 1971 se presentó una acusación que afectó al ministro del Trabajo y militante comunista José Oyarce, por supuestas irregularidades en la dictación de los decretos que autorizaban la intervención de las empresas ocupadas por sus trabajadores, fundadas en las normas dictadas en el breve gobierno conocido como la República Socialista de 1932, de apenas doce días de duración.

En dos años y medio de gobierno, la derecha presentó once acusaciones constitucionales en contra de algún o algunos ministros, es decir, en promedio una cada tres meses. (Desgraciadamente, en esta mala práctica también se ha caído en algunos gobiernos posteriores a la dictadura.) Después de la realizada en contra del ministro Oyarce, se presentaron las siguientes: en agosto de 1971, una en contra del ministro de Economía, Pedro Vuscovic; el 3 de diciembre del mismo año contra José Tohá, ministro del Interior; el 15 de enero de 1972, el ministro de Justicia, contra Lisandro Cruz; en febrero de 1972, contra Jacques Chonchol, ministro de Agricultura; en junio de 1972, contra Hernán del Canto, ministro del Interior; en diciembre del mismo año, contra Orlando Millas, ministro de Hacienda; en junio de 1973, contra Sergio Bitar y Luis Figueroa, ministros de Minería y del Trabajo, respectivamente; al mes siguiente, contra Gerardo Espinoza, ministro del Interior; y en agosto de 1973 contra Carlos Briones, ministro del Interior, con el que se completó la friolera de cuatro ministros del Interior acusados constitucionalmente (Donoso y Dunlop, 2013).

El Presidente Allende, en los casos en que prosperó el proceso de inculpación y el ministro era destituido, procedía a nombrarlos en otra cartera, lo que fue conocido como «enroque ministerial», lo que desataba el reclamo furibundo de la oposición. El Presidente argüía que, si aceptaba sin más la política de sucesivas acusaciones y las consiguientes destituciones, se podía caer en los excesos de la llamada «república parlamentaria»⁴, con las trágicas consecuencias que se produjeron en aquel momento.

⁴ Se conoce como «república parlamentaria» el período que va de 1891 a 1924. En esta, hubo una preeminencia de las facultades del Congreso por sobre las del Presidente de la República.

Los Resquicios Legales

El destacado jurista y presidente del Consejo de Defensa del Estado, Eduardo Novoa Monreal, recomendó la aplicación de antiguas disposiciones legales dictadas durante la breve República Socialista de 1932⁵ para intervenir empresas sin necesidad de recurrir a los tribunales. Este procedimiento tomó el nombre de «resquicios legales». A esto se agregó la organización de los llamados «cordones industriales»: una agrupación de sindicatos controlados por militantes de la Unidad Popular de un determinado sector de la ciudad. Estos «cordones» apoyaban la toma de una industria o la realizaban directamente, aunque fuese a una que no correspondiera a alguno de los sindicatos pertenecientes al cordón en cuestión.

De este modo, varias (por no decir muchas) empresas fueron tomadas, preferentemente por sus propios trabajadores. Esto daba la excusa para aplicar aquellas disposiciones y nombrar los respectivos interventores, sin que sus propietarios pudiesen recurrir a los Tribunales en defensa de sus derechos. Tanto la acción con este débil sustento legal como la que desarrollaban los cordones provocaron el temor no sólo de los dueños de las empresas amenazadas de ser intervenidas, sino también la de sus trabajadores.

La Situación Económica

En el plano económico, el gobierno tomó una serie de medidas destinadas a favorecer a los trabajadores, tales como el aumento del empleo (lo que llevó a uno de los índices más bajos de nuestra historia, alcanzando un 5,3%) y también a un significativo aumento de los sueldos. De esta manera, un importante número de chilenos se incorporó a la masa de consumidores, ya que tenían empleos y, en consecuencia, recibían salarios. Así, pasaban a tener poder adquisitivo y, con este, la posibilidad de comprar bienes que antes no estaban a su alcance.

Este aumento de la demanda no tuvo su correlato en un aumento de la oferta, debido, entre otros factores, a los problemas de producción, entre otros factores, como consecuencia de las tomas de las industrias o la amenaza de que ocurrieran. Esto produjo un grave

⁵ La República Socialista fue un régimen político que comenzó el 4 de junio, 1932, con la renuncia forzada del presidente Juan Esteban Montero vía golpe de Estado. Terminó el 13 de septiembre, en el mismo año, con la renuncia obligada de Carlos Dávila.

problema de desabastecimiento e inflación. El desabastecimiento se vio aumentado por el acaparamiento que realizaban algunos comerciantes, lo que se hizo patente cuando muchos productos salieron a la venta una vez producido el golpe de Estado. Por su parte, la inflación llegó a índices insostenibles para la gran mayoría de la población: el IPC de septiembre de 1973 llegó a un 286,1% y, al mes siguiente (octubre), a un 528,5%.

Ambas situaciones (desabastecimiento e inflación) provocaron un gran malestar en la población. El gobierno, por tanto, debió enfrentarlas: para ello creó las llamadas JAP. La JAP era un organismo constituido por vecinos pertenecientes a las asociaciones sociales de carácter vecinal, sindical y similares con la supervigilancia de la Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO). Así, tenían por misión controlar los precios de los productos de mayor consumo y de su distribución.

En la gran mayoría de los casos estuvieron controladas por militantes de los partidos de la Unidad Popular. Por esto, con frecuencia, fueron objeto de acusaciones de sectarismo y de favorecer a las personas de su mismo sector político.

Los Partidos Políticos

La Unidad Popular fue una federación de partidos políticos de izquierda conformada por el Partido Socialista (PS), Partido Comunista (PC), Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), Partido Radical (PR) y la Acción Popular Independiente (API), a los que, en 1971, se sumó la Izquierda Cristiana (IC). Los presidentes de estos partidos o sus representantes constituían la llamada Comisión Política. Esta debía visar las medidas que tomaría el gobierno y sus acuerdos tenían que ser unánimes, lo que fue un serio obstáculo para que el gobierno pudiese solucionar los problemas que se iban presentando.

En especial, tal acuerdo fue uno de los obstáculos principales para lograr un convenio con el Partido Demócrata Cristiano respecto a la promulgación de la reforma constitucional, aprobada por el Congreso Nacional, la cual definiría tres áreas en la economía: una privada, otra estatal y una tercera mixta. Era impensable concordar una solución mientras estuviera vigente el acuerdo del Congreso del Partido Socialista de 1967, realizado en Chillán, y que establecía que sólo se podrían celebrar pactos con partidos marxistas.

Esta dificultad también surgía en el Partido Demócrata Cristiano. Como lo ha reconocido Patricio Aylwin, algunos dirigentes y determinados sectores miraban con desconfianza las conversaciones que mantenían el mismo Aylwin, como presidente de la colectividad, y el Presidente de la República.

En aquel entonces, yo era miembro del Consejo Nacional de mi partido (PDC) y, en una carta del 3 de agosto de 1973, lo hacía ver a nuestro dirigente máximo. Decía en la misiva:

Lo que sí tiene importancia es el problema de fondo y, en este sentido, debo insistir en lo que planteé en el último Consejo Nacional, en cuanto a que muchos chilenos y algunos demócratas cristianos creían que las conversaciones entre el PDC y el gobierno eran un acto formal y versallesco, destinado a extender el certificado de defunción del régimen democrático para embarcarse en una aventura dictatorial.

Más adelante agregaba:

Las condiciones que plantea el Presidente son razonables y perfectamente admisibles para los demócratas cristianos y todos los chilenos que hayan seguido de buena fe estas conversaciones. Pero, lo que me parece más grave es que un importante grupo de camaradas y de dirigentes, entre los cuales no está la Directiva Nacional, dan la impresión de que están intentando boicotear estas conversaciones y esperan desde el principio su fracaso⁶.

Por lo anterior es por lo que, habiendo problemas en ambos sectores (gobierno y Democracia Cristiana), fue muy difícil que aquellos acercamientos prosperaran.

Respecto a la derecha, hemos analizado anteriormente sus maniobras para desprestigiar al gobierno de Allende y lograr así su rendición con la renuncia del Presidente o su

⁶ Ambas citas corresponden al Repositorio Patricio Aylwin.

destitución por el Congreso o por la vía de la fuerza con la intentona del 29 de junio, el llamado «Tanquetazo».

Medios de Comunicación Social

Los medios de comunicación social son un elemento poderoso en la formación de opinión de la población. Su influencia es notable tanto en las informaciones que difunde como en las opiniones que se emiten por su intermedio.

Desgraciadamente, durante el período correspondiente al gobierno de la Unidad Popular, tal influjo se tradujo en una exacerbación de las pasiones y el enfrentamiento entre las distintas posiciones existentes en dicha época. Especial mención merecen los diarios existentes en aquel período (cada uno en su estilo), cuya importancia era mucho mayor de la que tienen en la actualidad. Por esto, entregaremos una muestra, tomada al azar, de los titulares de la primera página de algunos de ellos, a nuestro juicio, los más gravitantes⁷.

Fecha: 21 de agosto, 1973.

- *La Segunda*⁸. Titular: «Infame baleo de marxistas». Bajada: «Marxistas dispararon contra jóvenes nacionales (del Partido Nacional) que efectuaban manifestación. Muchos heridos». Extractos del Cuerpo: «incendiada sede de CUT»; «manos marxistas».
- *El Mercurio*. Titular: «Gremios democráticos realizan paro nacional». Titular: «Cierre del comercio por 48 horas».
- *Clarín*. Titular: «Derecha le aviva la cueca al Gral. Ruiz [recién renunciado comandante en jefe de la FACH]». Antetítulo: «Inventa renunciaciones y copuchas».
- *El Siglo*. Titular: «¡Fracasó la derecha!». Antetítulo: «Querían utilizar el cambio de mando de la FACH con fines golpistas».

⁷ Los titulares han sido recopilados por el Repositorio del Departamento de Artes Liberales de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Adolfo Ibáñez.

⁸ El periódico *La Segunda* (originalmente, *La Segunda de las Últimas Noticias*), desde sus inicios, es de carácter vespertino. Por tanto, según los acontecimientos, puede contener noticias más recientes que los demás [N., del E.].

Fecha: 22 de agosto, 1973.

- *El Mercurio*. Titular: «Sangriento baleo marxista». Bajada: «Seis jóvenes nacionales (del Partido Nacional) heridos graves».
- *La Segunda*. Titular: «El gobierno cayó en la ilegalidad». Titular: «Proyecto de acuerdo DC en la Cámara».
- *Clarín*. Titular: «Terror momio⁹». Titular: «Pandillas derechistas balean a pacos, transeúntes y mujeres».
- *El Siglo*. Titular: «El PN (Partido Nacional) desató asonada ante fracaso de plan golpista». Antetítulos o bajadas: «comenzaron por asaltar local del PC (Partido Comunista)»; «cayó comando: preparaba un atentado gigantesco»; «fascistas iban a actuar mañana en todo Santiago».

Fecha: 4 de septiembre, 1973.

- *El Mercurio*. Titular: «Miristas aterrorizaban a campesinos de la zona»; antetítulo: «foco guerrillero en Nehuentúe». Titular: «huelga indefinida en 17 provincias»; antetítulo: «acordaron gremios en Concepción».
- *La Tercera de la Hora*. Titular: «Bus arrolló cola del pan: 2 muertos». Titular: «Posta no tenía elementos para atender a los heridos».
- *Clarín*. Titular: «Martes 4: dos millones de obreros desfilan ante Allende».
- *El Siglo*. Titular: «Sepultan a víctimas del fascismo criminal»; antetítulo: «enlutadas banderas de Voluntarios de la Patria». Titular: «Nuevo atentado derechista contra oleoducto en Curacaví»; bajada: «Destrozados dos metros de tubería. Miles de litros de gasolina perdidos».

Estas son algunas de las primeras páginas de aquel entonces que reflejan el objetivo que ellas perseguían. También se pueden encontrar otras de la misma orientación e incluso algunas de mayor agresividad. Las informaciones que daban el contenido a tales titulares

⁹ Como recoge el Diccionario de Americanismos de la Asociación de Academias de la Lengua Española, momio o momia es un chilenismo en la forma de adjetivo o sustantivo: «de ideas y actitudes conservadoras y, en particular, a los que fueron contrarios a la Unidad Popular» [N., del E.].

eran concordantes con ellos. Otro tanto ocurría con las páginas editoriales o los artículos de opinión que se publicaban, las que igualmente exacerbaban la confrontación. Asimismo, existía mucha descalificación respecto a quienes discrepaban de quien emitía una opinión y, las más de las veces, los argumentos sobre la cuestión discutida estaban ausentes.

Mención especial merece el caso de El Mercurio. Este recibió de la CIA dos millones de dólares para crear las condiciones propicias para que se diera un golpe de Estado, como lo han revelado los documentos secretos de esa agencia y que se han ido desclasificando. El dueño y director de este periódico, Agustín Edwards Eastman, consiguió entrevistarse con el Secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, y el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon. Se entrevistó para convencerlos del peligro que significaba la elección de un presidente marxista en Chile y para los intereses de aquel país (Kornbluh, 2014).

De este modo, creo que, desgraciadamente, los medios de comunicación social faltaron a su compromiso con la democracia y contribuyeron a la formación de un clima de odio que hacía propicio un rompimiento de la institucionalidad.

La Intervención Norteamericana

Para varios, especialmente algunos militantes y simpatizantes de los partidos de la Unidad Popular, la única explicación posible para comprender el golpe de Estado 1973 es la intervención del gobierno norteamericano en Chile para producirlo. Así, niegan cualquier incidencia de otros factores como los que hemos analizado hasta el momento.

Aquel gobierno, encabezado por Richard Nixon, maniobró desde antes que Allende fuera elegido, en forma indirecta: financiando campañas que advertían de supuestas y, a veces inventadas, consecuencias que tendría para Chile y nuestra convivencia la instalación de un gobierno a cargo de un marxista. Se difundieron imágenes de la represión ejercida en países de la órbita comunista y de la propia Unión Soviética.

Una vez elegido Allende, el embajador Edward Korry alentó a políticos derechistas a que intentaran involucrar al presidente en funciones, Eduardo Frei Montalva, en una jugada que torciera la voluntad popular y dañara el orden institucional. Como el Congreso Nacional, en sesión plenaria, debía elegir entre las dos más altas mayorías (entre Salvador Allende y

Jorge Alessandri, respectivamente), se le propuso que los parlamentarios demócratacristianos votaran y eligieran a Alessandri quien, en un plazo breve, renunciaría y llamaría a una nueva elección, donde Frei tendría la primera opción de ganar, pues contaría con el apoyo de la derecha. Esta jugarrera fue conocida como «el gambito Frei», en alusión a la movida de ese nombre en el ajedrez. Como se señaló anteriormente, la jugada fue rechazada de manera categórica por Frei y por el Partido Demócrata Cristiano.

Fracasado este intento, no desmayaron en su propósito de impedir la llegada de Allende al gobierno y se embarcaron en una aventura francamente delictual. La CIA apoyó con financiamiento y algunos elementos para secuestrar al Comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider, y retenerlo a fin de chantajear al Parlamento para que eligiera a Alessandri, el que no tuvo conocimiento ni participación en este hecho (CHV, 2023). En el momento en que se producía el secuestro, el general Schneider sacó su pistola para defenderse, por lo que los delincuentes dispararon al oficial, quien quedó herido y al día subsiguiente falleció. Esta deleznable operación no pudo impedir que el Congreso eligiera libremente a Salvador Allende como presidente, con el voto favorable de la totalidad de los parlamentarios demócratacristianos.

Es sabido también que, el mismo 4 de septiembre de 1970, la primera reacción del presidente Nixon fue pedirle a su Secretario de Estado «hacer gritar la economía». Esto significó entorpecer y tratar de impedir cualquier ayuda a Chile frente a las dificultades que tenía en ese terreno. Sin embargo, no hubo una intervención directa del gobierno de Nixon en el golpe mismo como lo revela una conversación entre los mismos personajes algunos días después de que el hecho se llevara a cabo. En documentos desclasificados recientemente, hay una conversación, el domingo 16 de septiembre, en la que Kissinger le informa Nixon que «lo de Chile se está consolidando» y agrega: «en la época de Eisenhower seríamos héroes». Nixon le hace ver que «nuestra mano no se nota, sin embargo»; esto es replicado por el Secretario de Estado con esta frase: «Nosotros no lo hicimos. Es decir, los ayudamos». Como se dice en Derecho: «a confesión de parte, relevo de pruebas» (CHV, 2023).

Las acciones de la CIA, en diversas partes del mundo, eran de tanta importancia y trascendencia que el Senado norteamericano designó una comisión para investigarlas, la que

fue presidida por el senador Frank Church, del que tomó su nombre —por lo que es conocida como la «Comisión Church». Dichas acciones consistían en atentados en contra de la vida de personajes de distintos países, como también actividades destinadas a desestabilizar y reemplazar gobiernos que le provocaran problemas a Estados Unidos.

En el caso de Chile, se pudo establecer que financió actividades que cubrieron un amplio espectro, desde simple propaganda manipuladora con la prensa hasta apoyo a gran escala de partidos políticos chilenos, encuestas de opinión pública y tentativas directas para fomentar un golpe militar. El panorama de actividades «normales» de la CIA en Santiago incluía la inserción de materiales propagandísticos creados por la Central en los medios de comunicación chilenos mediante el pago, como también el apoyo directo a publicaciones y esfuerzos para oponerse a los comunistas y al ala izquierdista de las organizaciones de estudiantes, campesinos y trabajadores.

¿Se Pudo Evitar?

Habiendo vivido la triste y desgarradora experiencia de la dictadura, encabezada por Augusto Pinochet, con su secuela de arbitrariedad, dolor y llanto por las injusticias cometidas, muchos nos hemos preguntado si era evitable el golpe de Estado.

Yo pienso que era evitable. Parto por señalar algo que es obvio, pero que no resuelve el problema. Los actores de aquel tiempo podrían haber tenido una conducta más responsable y de mayor compromiso con la democracia y la institucionalidad.

Cada uno en su campo de acción podría haber desarrollado sus acciones teniendo como norte el resguardo indispensable para que no se produjera el rompimiento institucional.

El gobierno debió cumplir con sus obligaciones y su programa con estricto apego a la constitucionalidad y la legalidad. Los partidos que lo sustentaban debieran haber facilitado, entre otras cuestiones, los acuerdos necesarios para hacer efectivo su programa, actuando con flexibilidad y dejando de lado la rigidez y el sectarismo. Los partidos de oposición podrían haber cumplido con su papel sin extralimitarse, desgastándose en numerosas acusaciones constitucionales o en declaraciones que estaban al borde de la Constitución Política

y que podían dar pábulo a interpretaciones torcidas, en el sentido de que eran una luz verde al golpe de Estado. Los medios de comunicación, por su parte, sin dejar de cumplir su misión y plantear las críticas, cuando ellas procedieran, podrían haberlo hecho con responsabilidad y sin recurrir a la descalificación y al denuesto. Pero, ello no ocurrió y las cosas fueron muy distintas y no existe forma de modificarlas o de ignorarlas.

Sin embargo, hubo por lo menos una iniciativa específica que no llegó a concretarse y que era la salida institucional, dentro de la Constitución vigente en esa fecha.

Esa salida era la celebración de un plebiscito, el que tendría que ser normado en una reforma constitucional para la que habría habido acuerdo con el PDC. Allende había programado hacer el anuncio el lunes 10 en un acto que se celebraría en la Universidad Técnica (actual Universidad de Santiago de Chile), pero, por diversas circunstancias, lo postergó para el martes 11.

Otra posibilidad es que de las conversaciones del Presidente Allende con Patricio Aylwin, presidente del PDC, hubiera surgido una fórmula para promulgar la reforma constitucional Fuentealba-Hamilton (por los apellidos de los senadores autores del proyecto) que delimitaba las áreas de la economía, o bien, hacerlo derechamente como había sido despatchada por el Congreso. Si bien este no era el único tema conflictivo, darle una solución habría aliviado el ambiente y abriría el camino para enfrentar los otros problemas.

Existían algunas alternativas que explorar, pero, como se ha dicho anteriormente, estas fórmulas de entendimiento eran rechazadas por la derecha, ya que había un sector embarcado sin vacilación en provocar el golpe de Estado. Y también lo eran por algunos sectores dentro de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, el cual fue expuesto en el capítulo relativo a las conversaciones Allende-Aylwin y propiciadas por el Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez.

Algunas personas imaginaron que la dictadura sería breve y que, si bien sería un régimen de fuerza y represivo, no se llegaría nunca a los abusos y atropellos extremos que muchos chilenos y chilenas debieron soportar.

No fue mi caso. Como representante de la FECH¹⁰ de la Juventud Demócrata Cristiana, había estado en República Dominicana y Uruguay, respectivamente, y también había tenido información fidedigna de las acciones represivas de la dictadura brasileña, por lo que pensaba que, lamentablemente, algo parecido podía ocurrir en Chile. Así pasó, y vimos y sufrimos horrores parecidos a los que habían padecido los pueblos de esos países.

Sin embargo, personajes influyentes y con credenciales democráticas intachables, creyeron de buena fe, asilándose en una frase del bando N°5 de la Junta Militar, que el lapso dictatorial sería breve. El bando citado dice: «las Fuerzas Armadas han asumido el deber moral que la Patria les impone de destituir al Gobierno que, aunque inicialmente legítimo ha caído en la ilegitimidad flagrante, asumiendo el Poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan...». Tampoco previeron los terribles abusos que se cometieron en contra de muchos chilenos y extranjeros que vivían en nuestro país. Estoy seguro de que, por lo mismo, si lo hubieran sabido, no habrían estado de acuerdo con el golpe de Estado. Esto me permite afirmar que, si se hubiese sabido de estas condiciones funestas que produjo el golpe, la inmensa mayoría de los chilenos, especialmente su clase dirigente, habrían sido partidarios de utilizar todos los caminos e instrumentos a su alcance para obtener un acuerdo a fin de impedir que se produjera el golpe.

Conclusiones

Al comenzar este artículo, dijimos que revisar lo acontecido el 11 de septiembre de 1973, analizar sus causas y recordar sus consecuencias, debiera servir para sacar lecciones para nuestro futuro.

La principal de ellas es que debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance —por modesto sea el rol que juguemos y con mayor razón quienes tienen responsabilidades de liderazgo— para que no se creen las condiciones o las excusas que puedan ser propicias para que algunos se sientan llamados a intervenir por la fuerza en el desarrollo democrático del país; ni, por supuesto, muchos menos formar parte de este sector o alentarlos a actuar. Esto se traduce en la necesidad de buscar acuerdos para solucionar los problemas del país,

¹⁰ Federación de Estudiantes de Chile que correspondía a estudiantes de la Universidad de Chile.

renunciando a posiciones intransigentes; respetar la opinión ajena tanto en su fondo como en la forma; escuchar con atención las soluciones alternativas que pueden presentarse; desterrar de nuestro lenguaje la descalificación, la ofensa y el insulto. Además, en el caso de producirse un levantamiento, apoyar sin reservas el orden constitucional y el gobierno constituido, cualquiera sea su orientación.

A mi juicio, quien mejor representa esta actitud es don Bernardo Leighton Guzmán, quien con su palabra y acción ha sido consecuente con esta idea.

Hace mucho tiempo, el 8 de enero de 1948, estando en discusión facultades extraordinarias para que el gobierno de Gabriel González Videla iniciara una persecución contra el Partido Comunista, contra sus militantes y simpatizantes, el diputado Leighton dijo:

Cada vez que en nuestro país existió una subversión contra el régimen constitucional, yo acudí a La Moneda. Estuve en ese sitio, ofreciendo mi entera adhesión moral cuando se sublevaron las marinerías de los buques de guerra, cuyos principales dirigentes eran comunistas, contra el Gobierno del radical señor Trucco; cuando se rebelaron contra el gobierno de los partidos históricos que presidía el señor Montero, un grupo de aviadores y los conglomerados socialistas del señor Grove; a pesar de haber renunciado recién poco antes al Ministerio del Trabajo, fui también a La Moneda durante el gobierno liberal-conservador del Excelentísimo señor Alessandri, aquel negro día de septiembre en que pretendió dar un golpe de Estado el nazismo criollo de las huestes del señor González von Marées, a las que pertenecían entonces varios actuales diputados y dirigentes del Partido Liberal. Estuve finalmente en La Moneda cuando el señor Ariosto Herrera, en concomitancia con oficiales de la Guarnición de Santiago, aplaudido y estimulado por la prensa de derecha de esta capital, se levantó en armas contra el gobierno legítimo del Frente Popular, presidido por el señor Aguirre Cerda (Boye, 1982, p. 11).

El día del golpe de 1973, Bernardo Leighton quiso hacer lo mismo que había hecho en oportunidades anteriores, esta vez acompañado por el expresidente del Senado, Ignacio Palma; pero, algunos amigos se lo impidieron dada la absoluta inseguridad que había en las calles ese día y el riesgo para sus propias vidas que ello conllevaba. Entonces, dado este hecho, se optó por una declaración pública de rechazo categórico a la acción de fuerza ejercido por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, que redactó el propio Leighton y que ambos personeros y, junto con grupo de dirigentes y parlamentarios demócratacristianos, firmamos el 13 de septiembre de 1973.

De producirse una situación análoga, cada uno desde el lugar que ocupe debe reaccionar enérgicamente, en la medida de sus posibilidades, y rechazar cualquier medida de fuerza que trate de interrumpir el proceso democrático.

Referencias

- Archivo Museo de la Memoria** (2023). Carta de Los Trece. *Archivo Museo de la Memoria y los Derechos Humanos*. <http://archivomuseodelamemoria.cl/uploads/3/9/396542/2037000005000001.pdf>
- Boye, O.** (Noviembre de 1982). Hermano Bernardo. *Análisis*, 17-60.
- CHV.** (6 de septiembre, 2023). *Operación Chile: Top Secret* [Vídeo]. CHV. <https://www.chilevision.cl/operacion-chile-top-secret/capitulo-completo/operacion-chile-top-secret>
- Donoso, J., y Dunlop, G.** (2013). *Los 13 del 13: Los DC contra el Golpe*. RIL Editores.
- Jobet, J. C.** (1971). *El Partido Socialista de Chile, Tomo II*. Ediciones Prensa Latinoamericana.
- Kornbluh, P.** (2014). Nuevo Informe de Cita de Agustín Edwards con el Jefe de la CIA Devela su Rol Clave en el Golpe. *CIPER*. <https://www.ciperchile.cl/2014/05/27/nuevo-informe-de-cita-de-agustin-edwards-con-el-jefe-de-la-cia-devela-su-rol-clave-en-el-golpe/>
- Obispos de Chile** (2 de agosto, 2023). Mensaje de los Obispos a 50 Años del Golpe de Estado: «Felices los que Trabajan por la Paz». *Pontificia Universidad Católica de Chile*. <https://www.uc.cl/noticias/mensaje-de-los-obispos-a-50-anos-del-golpe-de-estado-felices-los-que-trabajan-por-la-paz/>

EL GOLPE DE ESTADO EN CHILE NO FUE INEVITABLE

ROCÍO DONOSO

Magíster en Políticas Públicas de Universidad de Chile.

Trabajadora Social, Pontificia Universidad de Chile.

El Golpe de Estado es el trauma histórico y político más relevante de Chile. Sus múltiples causas se ligan a conspiraciones ambiciosas, internas y externas al país, que buscaron oponerse al sueño de superar una pobreza y desigualdad extremas a nivel inhumano. El trauma del golpe también se inscribe en y aplasta las disyuntivas de ideario del qué y cómo era percibido el proceso de superación de desigualdades inaceptables: cómo diversos sectores sociales y políticos proponían sus propias vías óptimas para el desarrollo y crecimiento del país. Una disyuntiva en la que se entremezclaban luchas de clases, de ideales, intereses y pasiones, que culminaron como olla a presión en sombríos diecisiete años.

Si pensamos en las infinitas posibilidades de nuestro mundo, es innegable que existen escenarios factibles en los que el golpe podía evitarse. No hay nada «inevitable» en el desenlace que tuvo el proceso de superación de las desigualdades y los álgidos debates en torno a esta superación. Es más, una visión en extremo fatalista corre el riesgo de quitarle la agencia y responsabilidad a quienes, en definitiva, terminaron por escoger llevar a cabo el golpe de Estado. Es necesario, por lo tanto, tras contextualizar las condiciones de la época, comprender en qué momentos esta avalancha se pudo detener.

El Rol de Estados Unidos No Era Inevitable

La elección de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970, no fue sólo un hito histórico nacional: fue, en su momento, un evento de importancia mundial y, sin dudas, relevante en todo occidente. Adentrados en algo más de 20 años de guerra fría, las tensiones políticas y económicas entre el occidente capitalista ideado por Estados Unidos y el proyecto comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) estaban lejanas a ver su fin y afectaban al mundo entero, más allá de sus fronteras. La idea de naciones «satélite» de la URSS permite a algunos, con justicia, horrorizarse con los actos totalitarios y

vulneratorios de la libertad cometidos en nombre de la imposición de su modelo político. Sin embargo, sin ser naciones «satélite», Estados Unidos también tuvo efecto, impacto, influencia y control sobre las naciones de América Latina. El gigante norteamericano se aseguró de que no hubiera ruido en su «patio trasero», torciendo la voluntad popular de diversas naciones.

No deja de ser llamativa la atención que depositó Estados Unidos en Chile: dos países opuestos geográficamente, en dos extremos del continente; una diferencia de dimensiones de ambos países, donde, en 1972, la población de Estados Unidos era casi 21 veces mayor a la chilena, y un PIB 108 veces mayor en el caso norteamericano. Pese a lo anterior, el país del norte activó sus alarmas cuando un carismático doctor llamado Salvador Allende fue electo en Chile. También activaron sus alarmas las élites económicas de Chile, con figuras como Agustín Edwards, dueño de El Mercurio, que rápidamente se puso en contacto con Henry Kissinger, otrora consejero de seguridad nacional y exconsejero del ex presidente norteamericano Richard Nixon, quienes tuvieron roles importantes en la puesta en marcha de la hoy conocida operación secreta de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) para sofocar la amenaza que significaba el plan de la Unidad Popular (UP). Esto se explica puesto que, más allá de los resquemores de la clase alta en Chile, el programa de la UP era visto por Estados Unidos bajo el lente de la guerra fría y, por lo tanto, como un riesgo de «contagio» que, de ser exitoso, inspiraría al resto de Latinoamérica.

Desde los 90, la política de desclasificación de archivos públicos de Estados Unidos, gracias a la labor de figuras comprometidas con la causa de la justicia y los derechos humanos como Peter Kornbluh, director del proyecto de documentación de Chile, entre otros, ha hecho visible el rol que jugó la CIA en los eventos que agudizaron y profundizaron las dificultades social y políticas que antecedieron al Golpe de Estado.

En las fases originales de la conspiración en contra de la Unidad Popular, la CIA ideó varios planes a fin de remover al socialismo del poder. Estas estrategias iban desde fortalecer a la Democracia Cristiana y robustecer a los grupos de derecha, hasta «hacer chillar la economía chilena» —como dijeron secretamente Nixon y Kissinger—, dando incentivos a

empresas para generar desabastecimiento, pobreza e inflación, disminuyendo asimismo el comercio internacional entre Chile y los Estados Unidos.

En este contexto, Agustín Edwards recalca a la CIA la importancia de que la vía de derrocamiento de la UP sea armada y violenta, pues probablemente veía que el apoyo al ideario socialista, independiente de los obstáculos y desacuerdos, no sería fácilmente extinguido. Si, en este punto, la CIA se hubiera abstenido de apoyar la vía violenta de desestabilización, tal vez podríamos haber tenido otra historia. No sólo eso. Se habría fortalecido el liderazgo de Estados Unidos como representante de valores que suele ser la base del relato diplomático estadounidense de respeto a la libertad y el desarrollo con soberanía de las naciones.

Tal vez, si en su momento la CIA se hubiera opuesto claramente a cualquier salida violenta, y sólo hubiera aceptado como camino la derrota del gobierno socialista por las urnas, seguiría siendo cierto que el gigante del norte estaría inmiscuyéndose en los debates internos, pero tal vez la UP hubiese tenido un fin político pacífico. Es difícil imaginar que las fuerzas armadas (FFAA) chilenas se hubieran atrevido al golpe si hubieran creído que recibirían el oprobio del norte. En 1973, Salvador Allende planifica un plebiscito para ratificar su permanencia en el gobierno, o bien, salir voluntariamente de la institucionalidad si así se le exigía democráticamente. Sin embargo, las FFAA decidieron adelantar una semana el golpe de Estado para evitar este camino.

Quizás si la comunidad internacional y el imperio del derecho internacional fuesen lo que son hoy, la dictadura hubiese sido más breve, o el golpe de Estado menos probable. Es difícil imaginar que hubiera podido darse el golpe sin que hubiera una acción condenatoria transversal, lo cual pudo haber mediado en un camino más pacífico.

La Relación entre las Fuerzas Políticas Chilenas No Era Inevitable

La UP no fue sino el resultado de su época. Desde inicios del siglo XX, el concepto de cuestión social, a su vez consecuencia de la industrialización, puso sobre la palestra la necesidad de consideraciones mayores a nivel político que aquellas propias de un Estado mínimo que sólo cuida el orden público sin preocuparse por la vida de sus ciudadanos. Las clases

bajas y medias sufrían este abandono en una mera libertad negativa de no prohibir; esto no bastaba para que la gente tuviera la capacidad de desarrollarse integralmente. Así, el siglo XX en Chile estuvo marcado por transformaciones, fallidas y exitosas, para intentar lograr un mayor desarrollo y no sólo el crecimiento económico a secas de la nación, generalmente respetando la institucionalidad y la tradición democrática. El Chile de mediados del siglo XX aún estaba en transición de la completa ruralidad a la industrialización y enfrentaba una pobreza extrema que resulta difícil de dimensionar hoy.

Frente a esta realidad nacional, nace, a inicios de la década de los 60, la ampliamente conocida reforma agraria, consistente en la expropiación de terrenos por parte del Estado para la optimización económica de estos, buscando generar crecimiento económico y empleo mediante la explotación de aquellos. Fue impulsada por sectores de centro e izquierda, aunque promulgada por primera vez en el gobierno de derecha de Jorge Alessandri. Esta sería eventualmente adoptada y profundizada por el gobierno demócratacristiano (DC) de Eduardo Frei que, en aquella época, presentaba un proyecto de reforma social, alejado de los conceptos de revolución y marxismo comúnmente asociados a los procesos de reforma de la época, dado el contexto de guerra fría. Sin embargo, las tensiones y exigencias de transformaciones cada vez más profundas y, paralelamente, los partidos de izquierda más profunda, como socialistas, comunistas o los propios de la época como el MAPU, forman la UP. Así, estos dan representación a estas otras voces sociales, generando un conflicto peculiar con la DC donde, si bien no tenían aspiraciones políticas tan distintas, sino que ambos buscaban transformaciones sociales, sólo que en distintas formas y grados, junto a conflictos verbales desembocó en quiebres entrambos grupos antes y durante el gobierno de la UP, lo cual fue clave en la profunda polarización social que fue antecedente al golpe de Estado.

Aquí nos topamos frente a otro muro que la historia pudo haber sorteado. Si en su momento las fuerzas políticas de reforma —en búsqueda de un mayor Estado de bienestar, más derechos sociales y económicos— se hubiesen unido, cediendo un poco más la DC y la UP a la cooperación, la coalición política de resultado pudiese haber tenido una mayoría mucho mayor de apoyo en el país. Cuando Salvador Allende gana las elecciones, lo hace con un 36,2% de los votos, mientras que Radomiro Tomic (DC) obtuvo un 27,8%. En cifras de

votantes, al sumarlos, no parece una gran diferencia en cifras de hoy, pero la cooperación entrabos grupos en su momento pudo haber creado gran poder político —aunque claro, es impredecible pensar qué hubiera pasado al considerar la existencia de grupos extremos que validaban la lucha armada como medio político, tales como la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) o el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), por la izquierda, o Patria y Libertad, por la derecha, y la ya mencionada influencia norteamericana. La tónica de la época fueron la falta de cohesión y polarización: partidos y grupos de pensamientos similares enfrentados, discrepancias en el oficialismo, e incluso divisiones en las FFAA.

De periodos como el previo podemos aprender el valor del diálogo y la cohesión al momento de hacer política. En Chile, ha sido particularmente difícil la obtención de consensos. Tras la vuelta en la democracia, con mayor o menor éxito, y no siempre con tanta duración, grupos políticos como la Concertación, la Nueva Mayoría o el Frente Amplio han aspirado a ello: agrupar a las voces socialmente transformadoras de la política. Sin embargo, mantener la cohesión en estos grupos ha sido tremendamente difícil y mantener diálogo entre estos y otras facciones políticas más aún.

El Golpe de Estado Era Evitable: Quienes Tomaron las Armas

Son Responsables de sus Acciones

A modo de síntesis, afirmo que el golpe de Estado era absolutamente evitable o, en otras palabras, era innecesario y había otros medios mucho menos perjudiciales y macabros que pudiesen haber optado por los actores de aquel. La CIA podría haberse limitado a la desestabilización, pero no haber aceptado vías armadas de tomar el poder. El ejército podría haber respetado la institucionalidad esperando al plebiscito de Salvador Allende. Todas las fuerzas políticas de la época podrían haber optado por apoyar las vías institucionales, como lo hizo el presidente Allende, para superar la crisis. El golpe era evitable y quienes decidieron tomar las armas contras sus compatriotas no pueden negar su responsabilidad aduciendo una supuesta «inevitabilidad».

Nos queda como lección a nivel país no avalar la violencia; confiar y proteger la institucionalidad, la democracia y la autonomía de los pueblos; no dar cabida a los discursos

antidemocráticos, militaristas ni violentos, en general; ni tampoco avalar a aquellos que cuestionan la participación de Chile en la Organización de Naciones Unidas (ONU), sus relaciones internacionales, o la desvalorización de los Derechos Humanos como guía intachable de la acción del Estado.

Recordar el golpe es recordar que Chile sufrió una pérdida evitable de su democracia. Es recordar los 17 largos años de Pinochet en el poder. Es, también, poner sobre la palestra las diversas comisiones de verdad y justicia que mostraron cómo en esas casi dos décadas el Estado fue victimario de más de 40.000 personas. Los horrores, los asesinatos y las torturas, los detenidos desaparecidos.

Los militares de la época y quienes los apoyaban sostuvieron que era lo que hacía falta para «salvar a Chile», que la presencia de un enemigo interno justificaba el estado de sitio para evitar una guerra civil, pero ¿Cómo va a ser lo mejor para un pueblo declararle la guerra al pueblo? ¿Cómo previene una guerra civil lanzar a los militares contra los civiles? La verdad es que no existen estándares lógicos bajo los cuales se puedan defender los crímenes de la junta militar. Quienes dicen haber traído paz social trajeron la violencia como parte de la política: trajeron un Estado como agresor permanente y sistemático contra la población sin respetar las mínimas garantías de ningún tipo. La verdad es que, en vez de paz social, estamos hablando de inquisición.

Hace poco, al escribir estas líneas, un consejero constitucional reclamaba el estatuto de «estadista» a Augusto Pinochet quien habría «reconstruido el Estado chileno». Sólo reconociendo el rol demoledor y anti-institucional de la dictadura, su trasgresión inédita y evitable a las normas de convivencia de la sociedad chilena, se puede realmente denunciarla y sus horrores. Separar al golpe de los atropellos de derechos humanos que cometió la dictadura es absurdo: ambas son parte del mismo proceso de abandono de las normas básicas de convivencia democrática. La verdad es que esta desafortunada visión es compartida por otros personajes de los sectores pinochetistas de nuestra política actual. Sin embargo, no hace sino recordar tristemente a quienes ponen la culpa de los abusos en las víctimas para alivianar a los abusadores, teniendo el mismo discurso diseñado por los militares y la CIA de culpar a la UP por sus propios crímenes.

Recalco. Allende pretendía una salida institucional de su gobierno. Por tanto, aun si concluimos que parte del caos estuvo en sus manos, también lo estuvo procurar detenerlo, aunque haya sido demasiado tarde.

La izquierda cometió una seguidilla de errores durante aquella época, los cuales hay que evitar volver a cometer: pero, nada de ello justifica a los golpistas, quienes debieron haberse abstenido de actuar como actuaron.

Para evitar que algo así vuelva a ocurrir, es fundamental condenar los discursos negacionistas de las violaciones a los derechos humanos.

Por su parte, aquellas alabanzas semi apologéticas a las políticas del «rol reconstructor de la dictadura militar» son falaces. La economía chilena colapsó durante la dictadura, sobre todo con la crisis de 1982. No sería sino hasta el retorno de la democracia cuando la economía nacional empezaría a despegar.

En definitiva, esta reflexión sobre lo que pudo haber sido, lleva a hacerse las siguientes preguntas: ¿Cómo llevar adelante políticas públicas transformadoras sin sufrir nuevas formas de sabotaje ilícito, inmoral o antidemocrático? ¿Cómo asegurar que la soberanía de las naciones sea respetada, sin intervenciones que busquen torcer la voluntad popular? Es difícil negar que la democracia hoy es más fuerte de lo que fue en los 60 y 70, pero sí nos encontremos a la vez en tiempos de cuestionamiento de la democracia por parte de algunos grupos políticos de extrema derecha. No solo esto: según recientes encuestas, parte de la ciudadanía también cuestiona la legitimidad democrática de sus representantes electos y de la democracia liberal en general.

La dictadura significó sufrimiento y opresión. El régimen de Pinochet truncó cada aspecto del desarrollo sociocultural del siglo XX desde las políticas sociales y económicas hasta el arte. Ejemplos hay: la ida de Chile del emblema chileno del surrealismo, Roberto Matta; escenas musicales como la Nueva Canción Chilena, con el exilio de la mayoría de los músicos y la tortuosa muerte del emblemático Víctor Jara. Y, tal como son las memorias las que forman a una persona, las memorias de nuestro país son parte de nuestra identidad nacional. Por esto, es importante recordar este momento doloroso. Si queremos evitar que, como sociedad, lleguemos a momentos así de oscuros, debemos estar atentos a qué pudimos

haber hecho en el pasado, entendiendo que la historia no tuvo por qué ser así, que la violencia no era la única vía ni nunca lo será. Tengamos fe en la democracia, cuidémosla a ella y a sus instituciones, porque es el mejor medio para cuidarnos como sociedad, para cuidarnos como personas, como seres humanos, como familias y como país.

UN CHILE EN PAZ PARA EL SIGLO XXI

CAROLINA GOIC

Magíster en Economía de Pontificia Universidad Católica de Chile.

Investigadora Asociada, Centro de Políticas Públicas UC, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Exsenadora de la República.

Esta publicación se cierra cuando ya hemos conmemorado en Chile los 50 años del golpe cívico militar, una fecha que generó muchas expectativas como un hito relevante en la historia política y social de nuestro país. Como voy a desarrollar en los siguientes párrafos, ha sido una fecha que nos remece a todos y todas en lo personal, que nos confronta como ciudadanos a nuestros desafíos como país, a mirar el pasado para recoger las lecciones que nos proyectan a un mejor futuro y al cuidado y resguardo siempre, y en toda circunstancia, de nuestra democracia. Pero también fue una fecha que no estuvo exenta de duras polémicas, que revivió heridas del pasado y que, por supuesto, estuvo teñida de nuestras experiencias personales en los últimos 50 años. Es inevitable, por tanto, recordar nuestra propia vivencia del Golpe de Estado de 1973. En mi caso, tenía menos de un año. Sin embargo, desde muy niña siempre fui muy consciente del momento histórico que cambió para siempre el rumbo de nuestro país y significó un quiebre dramático en nuestra tradición republicana y en la vida de miles de compatriotas.

Mi padre, Pedro Goic Karmelic, fue un destacado militante de la Democracia Cristiana y, por lo tanto, la política siempre fue un tema en nuestro hogar. Como muchos de mi generación, tengo en la retina las imágenes del bombardeo sobre La Moneda. No recuerdo bien cuándo ni dónde fue la primera vez que las vi, pero siempre me causaron una profunda impresión.

Al ir creciendo, fui entendiendo qué era lo que había sucedido y también comencé a tomar conciencia de que vivíamos en una dictadura, con todo lo que implicaba en términos de las restricciones a la libertad, los exiliados y las atroces violaciones a los Derechos Humanos a manos de agentes del Estado. Como toda mi familia, fui contraria al régimen de

Pinochet y, si bien no alcancé a votar en el plebiscito de 1988, participé de muchas actividades de campaña de la opción No y celebré cuando obtuvimos la victoria que nos abrió las puertas para recuperar la Democracia por la vía pacífica.

Las Causas del Golpe

Habiendo ya concluido las actividades oficiales por la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado, creo que, pese a todo lo dicho y escrito, todavía no es posible encontrar una explicación consensuada de las causas que desembocaron en el quiebre violento de nuestra Democracia. Peor aún, a medio siglo de ocurrido este hecho, parecen haberse reavivado los odios de los sectores políticos extremos, arrastrando a toda la sociedad y a las nuevas generaciones en su disputa.

A estas alturas, creo que resulta altamente inoficioso preguntarse o tratar de responder si el Golpe era o no evitable. La historia nos demuestra que los procesos responden a su tiempo y circunstancias, por lo que tratar de hacer planteamientos taxativos sobre temas donde entran en juego tantas variables sólo puede responder a nuestros deseos o creencias. Distinto es decir si era *aquél* el desenlace que hubiéramos querido los demócratas, donde existe una sola respuesta: claro que no. Lo que sí podemos hacer es revisar el contexto en que se produce el Golpe y, desde ahí, tratar de encontrar respuestas.

Si bien este hecho se da a nivel mundial en medio de la denominada Guerra Fría, esto no puede explicar por sí solo lo ocurrido. Con toda la información de la que hoy disponemos, nadie podría negar que hubo apoyo del gobierno de Estados Unidos a los opositores del presidente Salvador Allende; pero, de ahí a considerar este solo factor como el detonante del quiebre institucional sería no solo simplista, sino que también implicaría desconocer los factores internos que influyeron en la crispación política que existía en la sociedad chilena de la época.

Tras el fin del gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva, que había llevado adelante procesos tan significativos como la Reforma Agraria y la Chilenización del Cobre —que le habían significado la condena de amplios sectores de la derecha—, Salvador Allende llegó al poder en su cuarto intento, con la promesa de su revolución «con empanada y vino tinto»,

tras derrotar a Jorge Alessandri (por la derecha) y Radomiro Tomic (Democracia Cristiana). Sin embargo, la campaña presidencial había sido tan dura y enconada, que inevitablemente la sociedad chilena había quedado muy dividida.

Efectivamente, como muchos habían pensado, el clima político y social del país se fue crispando a medida que avanzaba el gobierno del presidente Allende, en parte a odiosidades motivadas por una sobre ideologización y también porque la situación económica no era buena. La amenaza cada vez más explícita de una guerra civil era esgrimida tanto por partidarios de la Unidad Popular (UP) como por sectores de la derecha bajo distintos argumentos, pero con el mismo efecto atemorizante sobre la población.

Los medios de comunicación de la época se hicieron eco de los sectores enfrentados y azuzaron el clima de beligerancia que se estaba instalando en Chile, donde la intolerancia y el odio ya parecían irrefrenables. No es un misterio que la amenaza de un golpe de estado rondaba el ambiente desde mucho antes de que efectivamente ocurriera, pero nadie esperaba que finalmente ocurriera con la brutalidad que efectivamente tuvo.

El Futuro de Chile

Si bien la Democracia Cristiana fue opositora al gobierno de Allende por diferencias políticas profundas, catalogar al partido de «golpista» me parece no solo injusto, sino también una excusa para desconocer las responsabilidades que tuvieron los propios partidarios de la UP en acentuar las contradicciones que llevaron a tan lamentable desenlace. Tal como sostuve al comienzo, creo que nadie hoy podría asegurar que el quiebre institucional era o no evitable, pero claramente los esfuerzos no fueron suficientes. Lo que sí podemos afirmar sin matices es la rápida acción para condenar las violaciones a los derechos humanos y los esfuerzos por defender a las personas perseguidas políticamente, así como la articulación para recuperar la democracia.

Con evidencia de sobra, reitero que no puede haber matices en calificar la dictadura de Pinochet como una de carácter criminal donde se cometieron todo tipo de violaciones contra los derechos humanos, violaciones que son inaceptables y merecen toda nuestra condena, donde acciones, como el anunciado Plan Nacional de Búsqueda por parte del

Gobierno del Presidente Gabriel Boric, se valoran especialmente y deben contar con un apoyo transversal.

A 50 años del hecho más traumático de nuestra historia republicana, la pregunta que debe ocuparnos es si hemos aprendido las lecciones de la historia. Un «Nunca Más» es la premisa básica de cualquier reflexión, pero también debemos velar por el tipo de país que queremos heredar a nuestros hijos e hijas; uno donde las diferencias se diriman con el diálogo y la empatía, o uno donde el odio y la cancelación reemplacen a los argumentos.

Para el presente veo con preocupación que los debates que deben ocuparnos no están teniendo ni la importancia ni la generosidad que merecen desde la clase política. Esta está enfrascada en luchas ideológicas que poco importan a la gente que clama por mejoras en la salud, aumento de pensiones, por más seguridad en las calles y por una educación que le permita un mejor futuro a sus hijas e hijos.

Yo sueño con un Chile de verdad reconciliado con su pasado y comprometido con su porvenir. El mundo que conocimos hace 50 años es muy distinto del actual y seguramente lo será aún más con el que nos espera en el futuro. La pregunta entonces es si estaremos a la altura de los desafíos o seguiremos en nuestras trincheras defendiendo pequeñas cuotas de poder que solo nos condenarán al estancamiento y la irrelevancia.

«Se Abrirán las Grandes Alamedas»

«Civiles y Militares. Chile Es Uno Solo»

Quiero terminar este ensayo trayendo dos frases que resuenan en la historia de Chile. Una es del presidente Salvador Allende hablándole a su pueblo ante el quiebre institucional y el ataque a la Moneda. Otra es el llamado del presidente Patricio Aylwin tras recuperar la democracia, emplazando a dar un paso mirando al futuro y reconocernos en nuestras diferencias como ciudadanos de un solo país.

Inicié mis reflexiones recordando que ya se completaron las múltiples actividades de conmemoración de los 50 años del golpe cívico militar. Contrario a las expectativas de muchos de nosotros, pareciera que se profundizaron las heridas y las diferencias. Los partidos políticos no lograron consensuar transversalmente una declaración en favor del cuidado de

la democracia, probablemente no por no estar de acuerdo con ello, sino por la incapacidad de construir un gesto político común en un ambiente de polarización y dificultad de generar acuerdos, a diferencia de lo sucedido con los expresidentes Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Sebastián Piñera y el actual presidente Gabriel Boric. El texto intitulado «Por la democracia siempre» explicita un compromiso con estatura de Estado para resolver los problemas de la democracia con más democracia, condenar la violencia, fomentar el diálogo y la solución pacífica de las diferencias. Se refiere a proteger la democracia de lo que denomina amenazas civilizatorias, como la intolerancia y el menosprecio por la opinión del otro. Se suscribe de la mano de quienes han tenido que enfrentar en sus administraciones fuertes crisis económicas y sociales, la crítica a veces destemplada de los opositores, pero también quienes han podido encabezar con sus propios sellos avances sustantivos en políticas públicas y han podido mirar con sana distancia sus propias conducciones y los aprendizajes de aciertos y errores.

Cabe preguntar a todos aquellos que tienen espacios de conducción, opinión y liderazgo cómo hace eco tal acuerdo en nuestras prácticas cotidianas y en nuestra forma de conducir la política. Abrir las Grandes Alamedas implica poner a quienes habitan en nuestra patria como prioridad, forzando con ello a desdibujar límites ideológicos que muchas veces nos frenan con fronteras que suelen ser artificiales, sobre todo cuando es el bienestar de las personas lo que da sentido a la política.

Estamos en un momento de desconfianza de la ciudadanía, de nuevos escándalos de corrupción en política que minan la credibilidad de las instituciones y *ad- portas* de terminar el segundo intento por contar con una carta de navegación común, una nueva Constitución construida en democracia. Sin embargo, a pocos meses de terminar el proceso constituyente, las encuestas nos muestran la preferencia de los grupos por el rechazo. Aprender de las duras experiencias del pasado requiere necesariamente llevar a buen término el segundo esfuerzo constitucional. Hay que recordar que, en el primero, fue la ciudadanía la que dijo con amplia mayoría que no quería textos refundacionales que no representaran acuerdos mayoritarios. Espero que la próxima edición permita señalar que se aprendieron las lecciones y que la propuesta constitucional final que se someta al escrutinio de la ciudadanía

refleje un acuerdo donde los sectores mayoritarios, hoy de extrema derecha, cedan, al igual que el resto de los actores mandatados, para hacerse cargo de un país donde todos y todas, «civiles y militares», de derecha, centro o izquierda, de gobierno u oposición, acordamos las bases que den estabilidad a un país más próspero, que enfrenta las desigualdades como un imperativo ético y que fortalece su institucionalidad y democracia.

A 50 AÑOS ¿ERA EVITABLE EL GOLPE MILITAR DE 1973?

GLORIA HUTT

Ingeniera Civil de Pontificia Universidad Católica de Chile.

Consejera Constitucional, 7 de junio a noviembre de 2023.

Exministra de Transportes y Telecomunicaciones.

Recibí el pedido de escribir este texto antes que surgiera la nutrida polémica pública en torno a la conmemoración de los 50 años del golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Teniendo en cuenta la gravedad de esta situación y la creciente conciencia de su impacto hasta hoy, 50 años después, creo que la reflexión no puede sino centrarse en entender el proceso que derivó en un golpe de estado en Chile e identificar las razones que pudieron evitarlo. Comprender esta dinámica y repasar la historia desde diferentes miradas podría ayudarnos, a los políticos actuales, a detectar los riesgos y reaccionar a tiempo cuando surjan condiciones que potencialmente debiliten la estabilidad democrática.

En la medida que el tiempo avanzó y se acercó la fecha de conmemoración, junto con los hechos previos, la intervención violenta y los sucesos posteriores cobraban relevancia especial en la discusión pública. Se marcó con fuerza la necesidad de establecer compromisos para evitar cualquier circunstancia que pudiera llevarnos a repetir la historia.

Más allá de los documentos firmados, es deber de quienes estamos en el sistema político profundizar en la situación y entender lo acontecido en la forma más objetiva posible. Aunque parece inevitable que sigan existiendo múltiples y variadas interpretaciones, parece haber consenso en un conjunto de conclusiones que surgen de lo vivido y cuya consideración puede ayudar a evitar su repetición. A partir de tales antecedentes he desarrollado el presente texto.

La Pregunta Principal: ¿Se Pudo Evitar?

La pregunta recurrente durante el período de conmemoración fue *¿Era evitable el golpe de estado?* Aunque, a mi juicio, sólo son inevitables los accidentes y las tragedias naturales, todos los demás eventos pueden encontrar caminos de solución. Por esta razón, mi opinión es que la crisis era evitable, el golpe violento también y, sin duda, las violaciones a los derechos humanos que ocurrieron con posterioridad.

Sin embargo, dicha afirmación puede ser injusta para quienes tenían en sus manos la situación y que, posiblemente, consideran que la única salida era aquello que la historia nos narra con dureza. Por esto, busqué las visiones de personas que, en su diferencia, permitan construir una mirada amplia y, especialmente, contribuir a que situaciones similares no se repitan.

El Origen de las Tensiones: Fuerzas Mundiales y Locales

Diferentes relatos dan cuenta de la amplitud con la cual se puede abordar el análisis. La mayoría de los analistas menciona como hecho relevante las dinámicas de la guerra fría y la fuerte influencia de las potencias protagonistas en la protección de sus intereses. En efecto, tanto protagonistas directos como analistas relatan los vínculos de la izquierda más radical con el «Guevarismo» como inspiración para llevar a cabo un proceso de revolución. Y, al mismo tiempo, identifican a Estados Unidos como fuerza opuesta y activa para defender el avance del comunismo y de la influencia soviética.

Gabriel Salazar (2023), en cambio cree que esta disputa, más allá de lo que se vive en la década de los años 60 y 70, se remonta a los acuerdos firmados en Europa al final de la segunda guerra mundial. El mundo había sido remecido por dos grandes guerras, una crisis económica y cien millones de muertos: la humanidad estaba recuperándose de un gran remezón que duró más de 30 años. Se firman los acuerdos de Bretton Woods en 1944 y se crea la Organización de Naciones Unidas (ONU), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) y el Banco Mundial (BM). Toma cuerpo el objetivo de proteger a los pobres y a los niños, y se acentúa el Estado protector, lo que, en síntesis, reduce el tamaño del mercado y enfatiza el rol del Estado. Europa se hace socialdemócrata y Estados Unidos queda como única potencia liberal. Desde estas posiciones, Salazar identifica el inicio de las disputas: Estados Unidos tratando de fortalecer un modelo de mercado y Europa recuperándose con presencia del Estado. E incluso oriente desarrolla la industria desde el Estado. Desde allí habrían surgido, según su relato, las fuerzas opuestas que intensificaron sus actuaciones hasta desencadenar lo que conocemos como Guerra Fría.

Entre los años 1940 y 1960, predomina en el mundo una legislación social para generar protección y bienestar. Nace en Chile el Frente Popular y las políticas sanitarias de protección a la mujer y los niños. La Iglesia Católica por su parte también activa un mensaje social y el gobierno de la Democracia Cristiana (DC) tuvo en marcha la reforma agraria y programas sociales.

La disputa, entonces, habría alcanzado a Chile cuando Allende asume como Presidente e intenta instalar una utopía socialista inspirada en el modelo de Cuba. Estados Unidos ve amenazada la posibilidad de influir en el fortalecimiento de su modelo económico y político en la región América Latina.

De acuerdo con todo lo anterior, las fuerzas que llevaron a la crisis no serían solo internas, aunque la evolución del sistema político en el país marca, en buena medida, la forma en que la historia finalmente se desarrolló.

Arturo Valenzuela (1989), en su libro *El Quiebre de la Democracia en Chile*, presenta un relato detallado de las etapas por las que atravesó el gobierno de la Unidad Popular y la forma en que los hechos se sucedieron hasta llegar al golpe de 1973. Valenzuela no comparte la tesis de que el sistema chileno estaba inevitablemente destinado al colapso. Así, él deja lugar para la acción opcional: individuos que evitan errores y el rescate de un sistema político que había sido forjado por muchas generaciones. Si bien hubo una secuencia de actuaciones que desencadenó la crisis, también existieron puntos de posible alerta que no fueron abordados como tales por el mundo político. Las ideologías que pretenden instalar utopías suelen conducir a trágicos desenlaces. Particularmente, quienes se embarcan en estos proyectos son una minoría que trata de imponer su utopía a la sociedad entera. Aun así, dice Valenzuela: «aunque las presiones políticas aportaban los parámetros básicos que definían los límites y las potencialidades de las opciones y acciones políticas, *el desenlace no era inevitable*. En Chile había espacio para opciones alternativas».

A juicio del autor, esta crisis debe entenderse como el fracaso en *estructurar un centro político viable en una sociedad polarizada con fuertes tendencias centrifugas*. El sistema electoral y los abundantes obstáculos que enfrentaban los sectores moderados, debido a la presión de los extremos, hacían inviable cualquier acción concreta de acuerdo. Se privilegió repetidamente el corto plazo. Las iniciativas del gobierno se veían trabadas por la Contraloría, Tribunales y el Congreso. Se impuso, entonces, una política de «mejor oferta» al interior de cada coalición. A su vez, la fragmentación del sistema político, los medios de comunicación combativos y politizados y la continua movilización de masas por ambos bandos, influidos por fuerzas casi imposibles de conciliar, no permitían coincidir en una salida democrática de consenso. Ninguno de los elementos clave, según Valenzuela, había alcanzado un nivel tan extremo que lo hiciera irreversible. Ni la clase obrera había llegado al punto de no aceptar otra cosa que su dominio del sistema productivo, ni la clase media agotaba su paciencia a pesar de las carencias básicas. Valenzuela cita a Juan Linz para afirmar que los gobiernos en

crisis fallan en la capacidad para resolver los problemas más grandes que son, en general, de su responsabilidad.

Las presiones políticas tienden a distorsionar las prioridades y a limitar el margen de acción. En el caso de la Unidad Popular, el problema mayor era la crisis económica, de grave impacto, más allá de cualquier acusación de sabotaje a la gestión del gobierno. El gobierno perdió el control de las finanzas públicas y se vio atrapado en la necesidad de mantener un aparato de empresas públicas de grandes dimensiones.

En paralelo, el aparato político avanzaba en la dirección de ganar poder en las elecciones, a través de prácticas habituales de clientelismo. Estas últimas, lejos de resolver los problemas, dejaban atrapado al Presidente entre el control del creciente número de huelgas y conflictos laborales y las presiones del sistema político que perseguía su propio beneficio. Lo anterior se acentuó con la entrega de bienes básicos por parte de Estado. Cada partido quería su cuota de protagonismo para alimentar a la abundante clientela que les aseguraría votos en las siguientes elecciones. Lo mismo ocurría con la entrega de cargos para administrar las empresas estatizadas, a los que los partidos aspiraban como otra forma clientelar de funcionar, puesto que les permitía a su vez ofrecer empleos con retorno en votos.

Por último, los partidos del centro político acentuaron su fragmentación, debido al impacto que producían las fuerzas más radicales de izquierda y de derecha sobre el mundo político. Por tanto, habían entrado en una aguda dinámica de polarización. Junto con esto, la fragmentación hacía más difícil al gobierno recuperar algún grado de control.

Opiniones y Visiones

Para ilustrar la forma en que diferentes especialistas han abordado la conmemoración de los 50 años, incluyo a continuación un recuento de las opiniones más representativas emitidas por entrevistados en una serie de sesiones¹. Estas, en conjunto, construyen una aproximación al 11 de septiembre que, a mi juicio, permite entender acciones, motivaciones y consecuencias. De ellas se deducen conclusiones valiosas para la gestión política actual.

Daniel Mansuy, Filósofo

- Es una fecha extraordinariamente densa: no hay otra más cargada de historia.

¹ Corresponde a la serie 11 Miradas del 11 de Septiembre, publicadas por el canal de YouTube Fundación Memoria, Debate y Espíritu (2023).

- La Unidad Popular (UP) enfrentó un problema de conducción política. Gonzalo Vial lo llama el Guevarismo: la vía armada, revolucionaria, llevaría a una nueva sociedad. Otra parte de la izquierda buscaba más bien revolución en democracia. La izquierda radical no veía a Allende como un líder revolucionario.
- Allende lidera un grupo con las dos almas y, posteriormente, no logra conducirlo porque era prácticamente imposible.
- *Allende aceptó someterse a la unanimidad del comité político de la UP. Quedó atrapado en tal compromiso y no pudo liderar porque cada grupo avanzó por su lado.* Cuando se vio encajonado, buscó un acuerdo institucional para mantener neutralidad de los militares. Allende necesitaba un acuerdo institucional que pudo ocurrir, pero necesitaba romper con el ala Guevarista, lo que nunca hizo (implicaba, por ejemplo, reprimir las tomas). Así, *no ejerció auténtico poder*: aceptó la condición para ser Presidente. Estuvo dispuesto a morir antes que romper el pacto (de lo que está muy consciente). Por esto, no logró acuerdo con Aylwin siendo ello una condición de la Democracia Cristiana (DC).
- No lograron acuerdo y la crisis ya no tuvo vuelta: sólo ese acuerdo pudo evitarlo (en agosto de 1973).
- De forma fáctica, Aylwin y Allende no llegaron a acuerdo. Aylwin no logró una garantía y no le cree a Allende; negocia en nombre de otros líderes de la DC. Le pide a Allende más militares en el gobierno en otros niveles para un «golpe seco» que la UP-Partido Socialista no acepta.

Tomás Moulian, Sociólogo

- Para comprender el golpe se necesita comprender a la UP.
- El gobierno de Allende es una fiesta que se transforma en un drama por la guerra de la oposición del Partido Nacional (PN) y la DC. El periodo de la UP fue de enorme crispación.
- Existía una importante masa de personas que apoyaba a la UP (45%). El país estaba dividido en mitades. La UP había perdido popularidad, aunque mantenía una base importante de apoyo.
- Allende, inspirado por Perú, integró a militares al gabinete: esperaba hacer con ellos sus reformas. Los militares en el gabinete fueron leales al Presidente en un gobierno constitucional, incluso después de haber perdido las elecciones parlamentarias.
- El Tanquetazo mostró que la UP no tenía fuerza militar propia. Así, era difícil que hubiera una guerra civil. Después, en septiembre, tomaron el poder en un día, no hubo contraofensiva. Al mediodía se suicidó. Este acto lo acercó a Balmaceda y entró en la historia. Es un gesto moral y político: muestra a los conspiradores que él no estuvo dispuesto a seguir gobernando a cualquier precio; lo hizo cuando no es posible seguir dirigiendo el país.

- El gobierno no logró apoyo popular suficiente para su programa. Desde abril 1971 hasta marzo de 1973, la UP perdió fuerza: lo hizo porque la conspiración de centroderecha gana fuerza.
- Había división interna en la UP: moderados y radicalizados. Este sector impidió que Allende pudiera avanzar a través de un acuerdo con la DC. Un analista italiano, presidente del Partido Comunista italiano, dice: *grandes reformas necesitan grandes acuerdos. No hubo acuerdos*. La derechización de la DC jugó un papel significativo. El grupo de «avanzar sin transar» del PS no ayudó a los acuerdos.
- El cambio definitivo ocurrió en 1972, cuando la DC empezó a acercarse a la derecha para sacar a Allende. Como no consiguen la votación, dejaron que transcurrieran las cosas hasta el golpe.
- ¿La muñeca política? Cuando hay un drama, la muñeca no basta. Intentó el acuerdo con la DC, pero no se logró. La DC reforzó a dos líderes: Frei y Aylwin. Ahora se dieron cuenta de las consecuencias: ninguno anticipó el impacto del golpe, sus consecuencias y características.
- La vía chilena al socialismo era posible, pero se necesitaba agregar más ciudadanos adeptos: ello no se consiguió. Por esto fue un fracaso.
- La DC no impulsó el golpe, pero tampoco lo impide. Algunos, como Frei Montalva, eran más proclives.
- El golpe lo dieron los militares, sin interferencias de civiles. En su inicio, fue militar solamente. Después, entraron dos civiles clave: Guzmán y De Castro. Se configuró el plan de un golpe largo. Madariaga hubo vuelto a Chile y se alejó del gobierno de Pinochet.
- El legado de Allende es diferente del legado de la UP.
- Las divisiones de la UP explican el fracaso del gobierno de Allende y su propuesta.

Sofía Correa, Historiadora

- Era opositora. Lo vivió en su casa. Escuchó en la radio el discurso de Allende: día extraño, de gran consternación. Hecho violento, material y simbólicamente destructivo: no era necesario bombardear. Era un mensaje de destrucción de gran impacto.
- Gradualmente se supo de muertos y llamados a entregarse de los líderes de la UP.
- Se perdió una vida normal, la posibilidad de una vida normal. Ambiente crispado, había ruptura del tejido social, gran enfrentamiento, falta de convivencia. Después hubo gran sufrimiento de muchas personas.
- Había tensiones dentro de la UP, dentro del PS y entre ellos y PC. Se ha hablado de las dos vías ¿Qué es la vía chilena al socialismo? En 1970, era Cuba (la juventud del PS). Era la Alemania Oriental —todos bajo control de la Unión Soviética—: ese fue el socialismo al que se sentía vinculado el PC.

- El PS estaba lanzado porque Cuba lo había logrado. Lograron estar en la institucionalidad, pero la tensionaron con el poder popular de grupos combativos y armados. Tomas de industrias, nacionalización y estatización de industrias clave, campos tomados y expropiaciones, intensificación de la reforma agraria desde Frei. El PS estaba en una vía dudosamente institucional. En su mayoría fueron por lo violento. (Mansuy dice que Allende iría por la vía democrática. Pero fue una mirada romántica, parecido al Estado de Bienestar europeo.)
- La tensión fue entre Allende y los partidos de su coalición. Fue una marca desde la Constitución de 1925 en todos los gobiernos. Todos tuvieron que integrar a los partidos y negociar con ellos.
- La jerarquía eclesiástica tenía a los Cristianos para el Socialismo (1969), expresión latinoamericana, y debió contener también a una iglesia conservadora, evitando un cisma. El Cardenal Silva trató de lograr acuerdos. No se logró: él facilitaba su casa, *porque el sistema político no daba los espacios, pero no tenía rol político*. Ofreció la posibilidad de conversación, pero implicaba que Allende rompiera la UP y reprimiera, poniendo fin al poder popular, parar la dimensión revolucionaria.
- La izquierda se radicalizó, en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), y en el uso de los resquicios legales para romper la institucionalidad. *Le quitó confiabilidad al gobierno: buscaba la trampa a la ley*.
- El país estaba escindido. El golpe no era inevitable. Nada es inevitable, nada está destinado, la historia se construye. Aquel golpe fue evitable, la violencia, el bombardeo.
- Había otras alternativas. Que los militares en el gobierno hubieran desplegado su poder. Prats como Ministro del Interior implicaba también reprimir a la izquierda, lo que no era viable.
- Hay temas que no se han tocado. *El país partido en dos es un polvorín; cuando la sociedad recurre como árbitro a los militares, es más que un polvorín*. El espacio de la política, en esencia, es el Congreso: allí es donde se discute y se llega a acuerdos.

Ascanio Cavallo, Periodista

- Es intolerable llegar al nivel de crispación que había alcanzado la situación en Chile. Para cualquiera, participe o no. Su desenlace nunca será positivo.
- La Unidad Popular fue un problema. No le permitió a Allende gobernar por encima de la coalición. Posiblemente fue la coalición más conflictiva de la historia de Chile.
- Allende puso a los militares en el poder. Invitarlos no es gratis. Los hizo gobernar. Ningún oficial ha gobernado y después se va a su casa. *Militares en el gobierno siempre tienen consecuencias*. No había más alternativa, pero fue una decisión fatal.

- La DC, al aliarse a la derecha, *hizo desaparecer el centro y, con ello, se determinó el destino*. Solo Aylwin lo escuchó: advirtió la violencia, pero nadie creía en nadie. Todos pensaban que el resto se movía por interés, no había confianzas.
- El Presidente no tenía autoridad en los partidos. La DC hizo propuestas que no eran aceptables. Sus partidos le rechazaron todo, siempre. Nunca le abrieron una alternativa, sólo rechazaban. Los partidos estaban en un círculo de locura. Allende lo habría interpretado como el fin de toda posibilidad.
- El golpe y el régimen militar no son separables. Son parte de un continuo. Se debe analizar antes, durante y después. El 11 hubo del orden de 50 muertos. Dos mueren por suicidio en La Moneda. Cae poca gente en Santiago y Regiones. No obstante, entre el 12 de septiembre y el fin de 1973, hubo más de mil muertes. *La violencia real es la que comienza después y ello tiene pocas explicaciones*.

Manuel Antonio Garretón, Filósofo

- Es el crimen más grande de la historia de Chile. Bombardeo e instalación. Hecho inédito que marca para siempre, aun cuando en la medida en que la sociedad no reconozca este hecho central, causante indisociable de lo que viene después (Derechos Humanos). Es una verdad oficial a pesar de diferentes interpretaciones, tal como el 18 de septiembre.
- Las Fuerzas Armadas dotadas del poder del Estado se levantaron contra el Estado, quebraron la democracia e instalaron un régimen de terror.
- En 2013, surgieron voces críticas dentro de la propia derecha (caso Partido Evolución Política). La violencia nunca debe ser canal para las soluciones. Hay un relato como justificación de más violencia. Aspecto positivo: es primera vez que en el debate se ponga la violación de los Derechos Humanos como consecuencia del golpe militar. Es grave discutirlo 50 años después. No ha pasado lo mismo en Europa: somos, como sociedad, incapaces de darnos cuenta de la gravedad del golpe.
- *Se pensaba que con avances de transformaciones significativas para las personas se lograrían las mayorías, pero es al revés. Sin las alianzas de mayoría, no se logran las reformas*. No habiendo hecho una coalición entonces, posterior a la elección, se abrió un escenario bipolar en la izquierda, *con el centro prácticamente ausente*.
- El bloque UP quiso cumplir su programa a todo evento. La derecha planteó que se debe eliminar el programa. Interviene Estados Unidos a través de la derecha.
- La carta de Frei a Mariano Rumor fue un error monumental. Lo que dijo es que los militares nos salvaron; relativizó las violaciones a los DDHH durante el régimen militar y lo asimiló con la violencia previa.
- En la DC terminó predominando la estrategia de la derecha. En 1976, la DC se declaró opositora, gracias a la renovación socialista, que planteó la necesidad de una coalición para derrotar a la dictadura.

- La generación gobernante actual nació desde la propuesta callejera: no puede plantear un proyecto de igual elaboración que la izquierda clásica. El tipo de política es diferente y *las generaciones nuevas deben recuperar el respeto por las dinámicas políticas clásicas*, por integrarse y hacer el aprendizaje. La derecha tiene proyecto de vuelta atrás a una sociedad conservadora.

Max Colodro, Sociólogo

- La sociedad chilena sigue aún afectada, golpeada, heredera del golpe, la dictadura y la transición, vinculada a la historia previa.
- Una de las cosas que sorprendió, a partir del estallido, fue ver lo vivas que están todavía muchas cosas que podrían estar más cerradas y sanadas.
- La herida es más que de la élite y los actores políticos. Los partidos han mantenido fidelidad a un periodo de la historia. Las élites marcan un ambiente a través de los medios. Inevitablemente se construye un ambiente que pone el acento en las paradojas, las tensiones; lo sorprendente de un país que a 50 años sigue generando tanta pasión, tantas diferencias.
- Contexto de la guerra fría inducía el conflicto de bloques. Llegó a América Latina con el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. América Latina pasó a ser un escenario de la disputa. Estados Unidos reaccionó con la Alianza para el Progreso para influir en la región: se inició un proceso de reforma agraria en el gobierno de Alessandri.
- La Reforma Agraria fue un hito clave que puso una lápida al orden tradicional: la hacienda, el latifundio. Esto explica una forma de ser de la sociedad chilena que viene de un mundo rural muy asentado. La historia rural terminó abruptamente con la reforma agraria. Era un proceso inevitable para modernizar el país el cual mantenía la estructura casi feudal.
- En el contexto de la guerra fría, la Reforma se tiñó de polarización ideológica hacia fines de los 60. La DC, en este proceso, y una parte de la Iglesia cumplieron un rol importante. La Iglesia, desde el trabajo del Padre Hurtado y después del quiebre del Partido Conservador, y los jóvenes quienes se hicieron cargo de la Doctrina Social de la Iglesia. Hubo un vínculo entre el campo y la reforma agraria en Frei Montalva, con un intento más serio por avanzar respetando derechos de propiedad y lograr un buen proceso. A estas alturas, era muy difícil separar de la influencia cubana en la lucha política por la vía de las armas.
- El MIR empezó a ser influyente instalando el modelo de revolución cubana. El PS se abre a ello para la revolución.
- La reforma agraria, en Allende, se extendió traspasando la legalidad, acogiendo las tomas de fundos que no eran parte de la política pública, sino una acción disruptiva, lo que generó conflictos armados, heridos, muertos. La reforma se desbandó y perdió su sentido original.

- La llegada y estadía de Fidel Castro simbolizó la ambivalencia propia del proceso que se vivía. Se marcó la diferencia entre la vía pacífica y la vía violenta, que nunca se resolvió. Allende nunca resolvió esa ambigüedad, puesto que le significaba distanciarse del PS que promovía la vía violenta.
- La oposición a Allende obtuvo un 55% de los votos en la elección parlamentaria. Los procesos de transformación no tenían el apoyo mayoritario de la población.
- Después del Tanquetazo, se vivía en el ambiente el riesgo. Sin embargo, Allende nunca vio a Pinochet como parte de la situación, no lo vio como parte de la conspiración: fue sorpresivo.
- El clima político venía deteriorándose aceleradamente. Había violencia en el lenguaje y en la calle. *La democracia empezó a autodestruirse mucho antes del 11 por un desgaste de las dinámicas y formas.*
- El 11 y 12 son inseparables. Una fractura profunda, con muchos responsables. *La tragedia es responsabilidad de la sociedad chilena y del mundo político chileno, más allá de la influencia extranjera.*
- Las violaciones a los Derechos Humanos en el régimen militar fueron las más graves en la historia de Chile. Hubo violencia, restricción a las libertades, a la manifestación. Es el periodo más trágico en la historia de Chile.
- Políticos esperaban una «tradición profesional» de las Fuerzas Armadas y *muchos no dimensionaron los alcances*. Sin embargo, en el resto de América Latina ya había evidencia de los riesgos.
- Debería hacerse un esfuerzo grande por sacar la dictadura de la contingencia electoral. Es un mal síntoma la polarización. Falta mucha autocrítica en la izquierda por las causas y en la derecha por su rol en el gobierno militar (excepto la frase de Piñera sobre los cómplices pasivos): su sector participó del gobierno militar y no ha habido autocrítica. La autocrítica se facilitaría si, junto con ella, hubiese un compromiso.

Patricia Arancibia, Historiadora

- La guerra civil de 1891 marcó el inicio del s. XX. El 11 de septiembre de 1973 marcó el inicio del s. XXI desde el punto de vista político.
- Ella fue miembro de Patria y Libertad. En aquel tiempo se estaba en A o en B. Había que tomar partido, gran polarización. Los principios básicos que habían movido (defender la libertad y la democracia) eran estar en contra del gobierno de la UP que quería destruir una democracia burguesa para instalar la dictadura del proletariado.
- Antes del paro de octubre de 1972 ya se había generado un ambiente tenso y polarizado. Chile estaba inserto en América Latina, en un contexto de guerra fría, guerras en Vietnam y Corea: dos proyectos de sociedad en lucha encarnada en el mundo.

- El triunfo de la revolución cubana tuvo gran impacto en Chile. Había 3 tercios, claros, y una democracia estable. La revolución cubana polarizó a la sociedad chilena. Hubo una fuerte influencia incluso en la DC que gobernaba. Inicios de la destrucción de la democracia burguesa en 1960-62. De la DC surge el Movimiento de Acción Popular Unitaria y aparece el MIR. El PS se convierte en marxista-leninista: tácticas para lograr el poder, para llegar a la utopía de una sociedad sin clases.
- La violencia fue clave en el gobierno de la UP. Su ideología tiene la lucha de clases como inspiración, a pesar de que habían registrado más de 10 mil muertos por ese conflicto.
- En 1891 no existía el PC, no se había inoculado la lucha de clases en la misma sociedad.
- No hay autocrítica en el PC. En el período 1970-1973 vieron su propuesta como una religión. No cambian las creencias: el comunismo es una creencia que a través del odio de clases busca transformar la sociedad. Nada por tal camino puede dar buenos resultados.
- Ellos manejaron diferentes tácticas, mientras que el PS quería avanzar sin transar.
- La derecha ha actuado reaccionando, incluso en 1973. Tiene principios con el apego al orden, la libertad, la propiedad, pero *no tuvo una concepción clara de la situación*. Recién en el período 1984-1985, surgió un proyecto de sociedad posible de levantar; pero, no ha hecho ninguna autocrítica: ha sido personalista y bicéfala (liberal-conservador). Sergio Onofre Jarpa se arriesgó y tuvo claro que, si no aglutinaba al máximo de partidos, no podría defender la democracia.
- Nadie entiende que en el periodo vivido se luchó por la democracia liberal (burguesa), que nos hizo ser el país que somos.
- Todo el ambiente se polarizó, la violencia verbal creció sin límites. Las familias se dividieron, hubo un drama familiar y sociológico. Llama la atención que a 50 años recién se reviva lo que ello fue. El relato quedó en manos de la izquierda, la derecha no lo ha contado con precisión.
- Pinochet y Derechos Humanos: separar el 11 del 12. Una cosa es por qué llegamos al 11 y otra muy diferente es el análisis del gobierno militar. Es innegable que las violaciones a los Derechos Humanos existieron, muchas personas fueron agredidas también en la UP. Esto no es un tema de números.
- *Volver a un Chile más solidario y dialogante*. Son muchas las imágenes negativas instaladas sobre la derecha y los militares. Se requiere revertir conversando. No hay verdad histórica; al menos, se debe eliminar la ideología del odio (especialmente del PC). Pareciera que la superioridad de la izquierda impedía opinar y silenciaron incluso al sistema político. Idealmente, que el PC se transforme en un partido democrático. *La democracia y la libertad son elementales para una convivencia civilizada*.
- Gran riesgo actual de enfrentamiento entre un partido que actúa por convicción casi religiosa y otro sustentado por una visión confesional.

Síntesis

A partir de la revisión de los acontecimientos ocurridos entre 1970 y 1973, es posible identificar las siguientes condiciones respecto de las cuales es necesario tener control y cuidado por su riesgo de impactar negativamente la estabilidad de la democracia.

- a. Conformación de coaliciones que garanticen coincidencia de visión y métodos. Debe haber coincidencia en el proyecto político y en su ejecución. Los matices entre propuestas no pueden implicar una potencial ruptura en caso de ordenar las prioridades en una determinada forma (es lo que ocurrió con el PS y PC) en el gobierno de Allende: unos promovían un camino institucional y otros una revolución rupturista. Tales visiones no permiten administrar razonablemente una coalición para gobernar.
- b. Consolidación de un centro político que tenga suficiente representatividad como para mitigar las tendencias polarizantes. Los especialistas coinciden en que el debilitamiento del centro es una de las principales razones para el colapso del sistema político en 1973.
- c. La fragmentación de fuerzas políticas. Esta debilita la representatividad y arriesga que las fuerzas polarizadas las absorban con más fuerza, consolidando los extremos.
- d. Uso del Estado como fuente de beneficios clientelares para ganar votos. Esta distorsión, de alcances tan domésticos, puede terminar destruyendo la estabilidad y distorsionando la representatividad política, además de deteriorar las percepciones ciudadanas sobre las dinámicas de privilegios.
- e. Importancia del contexto local y de las fuerzas que movilizan los sistemas sociales, económicos y políticos en el mundo. Fuerzas externas y disputas internacionales pueden tener alto impacto local que condiciona las estrategias de resguardo de la democracia. Lo que antes fue la guerra fría, puede tener en la actualidad dimensiones relacionadas con objetivos ambientales, por ejemplo.
- f. Amenazas para la democracia. Nuestras Fuerzas Armadas son profesionales, disciplinadas y no deliberantes y, sin embargo, se involucraron en una acción que probablemente no estaba en sus escenarios hasta que ocurrió. Es evidente que no se debe recurrir a ellas para gobernar. La ruptura de acuerdos desencadena conflictos difíciles de revertir. Las descoordinaciones en el gobierno impiden un buen servicio. (Solo por nombrar algunas.)
- g. Instancias permanentes de negociación y contacto entre las partes, tanto en el gobierno como en la oposición. No es posible gobernar sin tener control de la coalición propia, pero tampoco se puede si no hay canales estructurados con la oposición que también requiere una organización. Durante la crisis no se logra improvisar ningún canal: la preparación es clave.
- h. Un buen gobierno cuenta con personas competentes. Fallas en el funcionamiento de diferentes áreas, por falta de capacidad, son un anticipo claro de problemas para resolver las demandas ciudadanas. La asignación de cargos a personas no aptas tiene un costo que excede el rendimiento en ese cargo: afecta a todo el gobierno y a los ciudadanos.

- i. Los problemas deben resolverse bien y a tiempo. Los gobiernos deben resolver las demandas principales (economía, salud, vivienda y otros derechos sociales prioritarios). No resolverlos genera el ambiente propicio para una crisis que puede tornarse inmanejable. Se requiere contar con sistemas de seguimiento.
- j. Rol clave de las confianzas mutuas. Ningún esfuerzo de acuerdo se alcanza sin confianza.
- k. Grandes acuerdos para grandes reformas. Sin acuerdos es imposible realizar agendas transformadoras.
- l. Priorizar siempre la vía democrática e institucional. No abrir ningún espacio a aventuras rupturistas o violentas, que no sea posible canalizar por la vía del Congreso y los poderes establecidos.

Esta conmemoración debe comprometer nuestra reflexión más allá de la fecha del aniversario, para asegurar que la democracia está fuera de riesgo. Esto requiere esfuerzo estructurado y permanente de toda la sociedad y, en particular, del sistema político.

Referencias

Fundación Memoria, Debate y Espíritu

(2023). *11 Miradas del 11 de Septiembre* [Vídeos]. YouTube.

<https://www.youtube.com/playlist?list=PLmZMOvAhYWolcPSsGNiNW3iS-Aa3vLZCO>

Salazar, G. (31 de mayo, 2023). Columna de Opinión. Salvador Allende: de Bretton Woods al Consenso de Washington. *EMOL, El Mercurio On-Line*. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2023/05/31/1096653/chile-19732023-columna-gabriel-salazar.html>

Valenzuela, A. (1989). *El Quiebre de la Democracia en Chile*. FLACSO.

EL DERROCAMIENTO

GONZALO MARTNER FANTA

Doctor en Ciencias Económicas, Universidad de París X.

Director del Magíster en Gerencia y Políticas Públicas, Universidad de Santiago de Chile.

Exsubsecretario de Desarrollo Regional y Administrativo, Secretaría General de la Presidencia de Chile y exembajador de Chile en España.

Hace 50 años, se produjo el derrocamiento de un Gobierno legítimo y democrático, seguido de una represión violenta y prolongada, pero no un fracaso del proyecto histórico que inspiraba a ese gobierno. Este proyecto siguió adelante bajo otras formas, a partir de un espíritu de resistencia que se inscribe en décadas de luchas sociales.

Los puntos de vista más serenos sobre este episodio trágico de la historia de Chile no han sido los más frecuentes. Más bien, en 2023 arreciaron las descalificaciones del proyecto histórico de la izquierda y del gobierno de Salvador Allende derrocado por la fuerza. Desde el mundo conservador, se ha insistido en descalificar la experiencia de 1970-1973 en su contenido transformador y en la vigencia del ejemplo de consistencia y dignidad de su conductor, Salvador Allende. Para aquel sector de la sociedad es insalvable que Allende, como Balmaceda, no se rindiera ante la fuerza y decidiera pagar con su «vida la lealtad del pueblo». Por esto, insiste en querer destruir su imagen y minimizar su trascendencia. A su vez, en 2023 se ha publicado un texto muy relevante y documentado del expresidente Patricio Aylwin (2023). Los argumentos más ilustrados oscilan entre la idea del fracaso de Allende y la no vigencia de su proyecto.

El Plan de Allende

El Presidente Allende fue un conductor político que actuó en una situación extremadamente adversa y realizó ingentes esfuerzos para hacer posibles cambios indispensables en la sociedad chilena y, a la vez, estabilizarlos en determinados límites. *Allende buscó desde 1971 que un plebiscito consolidara las reformas estructurales que emprendió* (Garcés, 2013): es decir, extender la nacionalización del cobre, culminar la reforma agraria y

conformar un área bancaria e industrial socializada. En esta idea de estabilización, a través de la legitimación democrática, los dos principales partidos de su coalición —el Partido Comunista (PC), que sólo lo hizo en septiembre de 1973, y el Partido Socialista (PS)— no lo acompañaron, cometiendo un error estratégico. Allende actuó frente a un plan de derrocamiento interno y externo poderoso y sistemático. *Buscó con tesón un acuerdo con la Democracia Cristiana (DC), como el que permitió su llegada al Gobierno en 1970*, logro histórico contra la expresa intervención violenta de Estados Unidos y la voluntad conspirativa de la derecha y del freísmo DC que las circunstancias le impidieron proyectar. No obstante, no debe olvidarse que estuvo cerca de lograr *una salida política a la crisis a través de un plebiscito, el cual no alcanzó a anunciar el 11 de septiembre de 1973* y que hubiera salvado con una cierta probabilidad de éxito los cauces democráticos chilenos y, a lo mejor, dado tiempo a una recomposición de una izquierda que hubiera procesado sus radicalizaciones inconducentes. Las fuerzas que enfrentó terminaron siendo más poderosas y lograron el derrocamiento violento del gobierno.

El plan de gobierno de Salvador Allende incluía realizar cambios estructurales y respetar y ampliar la institucionalidad democrática. El compromiso con esta institucionalidad se mantuvo desde el primer hasta el último día de su administración. Otra cosa es que, a la postre, una mayoría del parlamento e instituciones politizadas por la oposición se sumaran con entusiasmo a declarar lo contrario, sin que les pasara absolutamente nada. *Existió entre noviembre de 1970 y septiembre de 1973 un régimen de plenas libertades y de separación de poderes, en medio de un agudo conflicto social y político.* Quienes llegan a reconocer este hecho señalan que, en cualquier caso, el propósito del gobierno de Allende era terminar con la democracia y que ello era lo que había que impedir mediante un golpe militar. Para algunos se trataba de una especie de mal menor frente al supuesto mal mayor de caer en la esfera de influencia soviética y perder las libertades. Esto no tiene sustento en los hechos cuales muestran, antes bien, que *el gobierno de Estados Unidos, aliado a la derecha civil y militar, se propuso impedir, sin éxito gracias a la conducción de la DC de la época, que Allende llegara siquiera a asumir el gobierno.* Más aún, *el presidente Allende se aprestaba a*

convocar un plebiscito el 11 de septiembre de 1973 para permitir una salida democrática a la crisis, es decir, todo lo contrario de lo que la derecha afirma.

El tema de fondo es que el gobierno de Allende se propuso emprender reformas estructurales a la economía y la sociedad chilena. Estas incluyeron, en primer lugar, la *nacionalización del cobre*, aprobada por la unanimidad del parlamento, para que sus excedentes fueran utilizados en la industrialización del país y en un mayor bienestar social de sus habitantes, y dejaran de ser rentas transferidas al exterior. Esto se logró, a pesar de su reversión parcial posterior. Y, en segundo lugar, se propuso *poner fin al latifundio y al inquilinaje*, utilizando la ley de 1967 —rémora social y productiva que desapareció del mapa económico chileno, pero, a la postre, no en beneficio del campesinado sino de una revolución empresarial exportadora exitosa, después de una represión inicial brutal. Estos son dos de los principales legados del gobierno de Allende, junto a un proceso de participación popular sin precedentes.

Lo que fue problemático y polarizador, como se reseña en Martner (2023), fue la nacionalización de la banca y la creación de un sector industrial y de distribución estatal, pero sin un diseño que tuviera un consenso al interior del gobierno ni de la sociedad. La expansión inorgánica de este sector produjo un desborde en la puesta en práctica de la reactivación de corto plazo, basada en una expansión salarial que debía impulsar el crecimiento de la economía usando las capacidades instaladas. La meta de participación de los salarios en el producto programada para 1976 se alcanzó en 1971. Al excederse este objetivo, se produjo una espiral precios-salarios alimentada por intervenciones de empresas y explotaciones agrícolas bajo la presión «desde abajo» de cambios en la propiedad, incluyendo el mundo mapuche en la zona de Cautín.

Esta presión social se había intensificado con la reforma agraria de 1967 y se extendió a empresas de diverso tipo, empujada por una parte de la izquierda y de los grupos escindidos de la DC, que hacía equivaler socialismo a poner cualquier empresa que se pusiera en manos del Estado. El plan gubernamental no era este, sin embargo, sino la conformación de un sector acotado de 91 empresas públicas que sustentaran un nuevo proceso de expansión productiva, como ya lo había hecho la creación de empresas por la Corporación de Fomento

(CORFO) en décadas previas. Tampoco se trataba de eliminar el mercado, sino de construir una amplia planificación del esfuerzo de inversión pública y privada para un mayor desarrollo de largo plazo.

Se llegó a unas 500 empresas intervenidas, en las cuales las planillas salariales aumentaron y fueron financiadas con emisión monetaria. La suma del boicot empresarial financiado desde Estados Unidos, el fin del crédito externo y la espiral precios-salarios llevaron a una situación paradójica: el consumo popular aumentó sustancialmente respecto a los años previos, pero su acceso se hizo en condiciones de dificultad cotidiana en el abastecimiento, con la correspondiente erosión del apoyo social. Esto movilizó en contra del gobierno a amplios sectores medios y disminuyó la adhesión al gobierno. La intervención de empresas de distinto tamaño no programada, pero validada por decretos de continuidad de abastecimiento, se constituyó en un factor de desequilibrio fiscal y monetario y de rupturas de abastecimiento, en medio de un amplio aumento del consumo y una menor oferta por una menor producción y el estrangulamiento de la capacidad de importar logrado por Estados Unidos. Esta fue la represalia por la expropiación del cobre con descuento en la indemnización por utilidades excesivas pasadas. Se sumaron reajustes salariales del sector público no financiados, dada la negativa sistemática de la oposición en el parlamento. Aprobar gastos, pero no los ingresos propuestos por el gobierno, sería calificado hoy de populismo por todo el sistema político. Sin embargo, es lo que hicieron la derecha y la DC en la época, junto a una estrategia de parálisis progresiva del país, con atentados con bombas realizados por la extrema derecha civil con apoyo de la inteligencia de la Marina y con paros y huelgas estimulados por la cúpula empresarial y financiados por Estados Unidos.

El PS y la izquierda radicalizada estimularon la «revolución desde abajo» que, siendo legítima en sus motivaciones, derivó hacia desbordes salariales y ocupaciones de unidades productivas que no ayudaron a llegar a una nueva estabilidad que cautelara la alianza del mundo popular con los sectores medios y enfrentara la reacción implacable de los afectados por los cambios iniciales. La «revolución desde abajo» hizo muy difícil lograr un ordenamiento económico después del impulso transformador inicial de 1971. Se ha puesto poco el acento en la magnitud de este proceso social en el período de 1967-1973, como hace el

importante libro de Peter Winn (2013). Este proceso era legítimo y, en todo caso, una realidad. No obstante, debía ser canalizada, orientada y compatibilizada con la estabilización de lo logrado con una conducción de los partidos de gobierno; pero, se dividieron en este tema —que era crucial en las condiciones chilenas— con un gobierno sin mayoría parlamentaria, acosado en lo económico por Estados Unidos con efectos devastadores, aunque algunos insistan en querer minimizarlos. Estados Unidos cortó el crédito externo y estranguló las importaciones, mientras en el Parlamento la oposición aprobaba, como se mencionó, los reajustes sin los ingresos para financiarlos, alimentando el déficit fiscal y la inflación. *La economía chilena «gritó», como fue la orden dada en 1970 por Nixon a la CIA* (por su sigla en inglés, Agencia Central de Inteligencia), sin nada que se pareciera a un apoyo sustitutivo como el soviético brindado a Cuba, cuya situación geoestratégica era completamente distinta. La Unión Soviética no apoyaba sino en pequeña escala a Allende, más allá de la buena relación con el PC chileno (al que contribuía financieramente desde hace décadas), importante entre los PC occidentales, entre otras cosas, porque su modelo político y económico era sustancialmente diferente.

Tabla N°1.

Datos Macroeconómicos 1967-1976

Año	Producto Interno Bruto	Demanda Interna	Formación Bruta de Capital Fijo	Consumo y Resto Demanda Interna	Exportaciones	Importaciones	Inflación	Desempleo
1967	3,6	1,9	2,1	1,9	3,3	-9,2	21,9	4,2
1968	3,6	4,5	9,5	3,6	2,0	9,1	29,7	4,4
1969	4,1	5,5	5,0	5,5	3,6	14,1	29,3	5,0
1970	1,7	1,5	6,5	0,6	2,1	1,0	34,9	5,1
1971	9,6	10,6	-2,3	13,1	0,8	8,5	22,1	3,3
1972	-0,7	1,2	-20,1	5,2	-15,1	3,2	163,4	2,5
1973	-5,0	-5,8	-6,0	-5,7	2,8	-5,4	508,1	4,3
1974	1,2	-4,0	19,1	-7,6	45,9	3,4	375,9	8,7
1975	-12,3	-19,9	-22,8	-19,3	2,4	-38,5	340,7	14,0
1976	3,6	-0,9	-14,8	2,2	24,3	4,2	174,3	13,9

Nota. Fuente: elaboración propia a partir de Banco Central de Chile y Dirección de Presupuestos, Ministerio de Hacienda.

El presidente Allende se empeñó en estabilizar la situación económica, pero sin renunciar a la nacionalización del cobre, a la reforma agraria y la ampliación de un núcleo de

empresas industriales socializadas que permitiera sostener un proceso de crecimiento que redundara en el largo plazo en aumentos del bienestar de la mayoría social. *Se debía estabilizar el proceso de cambios, contener las desorganizaciones productivas que son propias de transferencias de propiedad de gran magnitud y evitar una «huelga empresarial» generalizada*, como la pronosticada por Michal Kalecki décadas antes en condiciones de este tipo.

Las «reformas estructurales radicales» eran el límite necesario de esta etapa histórica y no dimensionarlo fue el error de la izquierda radical de la época. El Gobierno de la Unidad Popular quedó preso en la lógica implacable de la Guerra Fría. No pudo controlar el desborde social y las presiones expansivas de la demanda no encontraban respuestas en una oferta en plena reestructuración y, a la vez, sometida a una fuerte restricción externa. La política de reactivación se desbordó y volvió en su contra, lo que erosionó el apoyo al Gobierno, aunque se mantuvo en 43% del electorado en la elección parlamentaria de marzo de 1973, después del 50% de la elección municipal de 1971 y el 36% de la elección presidencial de 1970. Sobre todo, irritó y movilizó en su contra a amplios sectores medios que prestaron apoyo social al golpe de Estado de 1973.

Una parte de la coalición de gobierno sostenía, a su vez, una difusa estrategia de «acumular fuerzas para la toma del poder», poniendo empresas de todo tipo bajo control gubernamental, pero sin un diseño sobre su funcionamiento y su coherencia productiva de conjunto, en oposición a buena parte de los equipos económicos de gobierno y del propio presidente Allende. Este era un sector que era crítico de la democracia parlamentaria y que se sentía cómodo con el modelo cubano, pero sin tomar en cuenta que las condiciones eran sustancialmente diferentes. No por casualidad Ernesto Guevara tuvo para Chile y Uruguay un diseño de bases logísticas, pero nada que se pareciera a que estos países fueran incluidos en procesos de lucha armada, la cual en cambio favoreció en otros países para desplazar a dictaduras militares.

El *presidente Allende* buscó con tesón un acuerdo con la DC, como el que permitió su llegada al gobierno en 1970. No debe olvidarse que estuvo cerca de lograr una salida política a la crisis a través de un plebiscito el cual no alcanzó a anunciar el 11 de septiembre de 1973.

El golpe militar era evitable a través de un plebiscito que la oposición tenía buenas opciones de ganar y cuyos resultados el presidente Allende iba a aceptar, le fueran o no favorables. En caso de no serlo, hubiera implicado un adelantamiento de las elecciones presidenciales. *El freísmo negó todo acuerdo al presidente Allende durante su gobierno, lo que reafirmó cuando recuperó el control del partido en 1973.* Privilegió desde el primer momento el golpe de Estado, en alianza con Estados Unidos y la derecha, pensando que le permitiría en breve plazo volver al poder en condiciones de control represivo de la izquierda. *Tampoco ayudó al esfuerzo político del presidente Allende la reticencia de la dirección del Partido Socialista, que no ofreció una alternativa que no fuera una radicalización sin soporte en alguna fuerza militar propia de alguna significación —tampoco la tuvo el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)— y sin que estuvieran preparando insurrección alguna —como sí lo hicieron Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, en Argentina.*

El golpismo en las Fuerzas Armadas, activo desde 1968, ya no pudo ser contenido por los militares constitucionalistas. Con su mando atacado por la derecha y el freísmo, a través de los generales Arellano Stark y Bonilla, culminó en la renuncia del general Prats y la posterior traición de Pinochet —a pesar de que dos de los cuatro comandantes en Jefe (aquellos de la Armada y Carabineros) se mantuvieron hasta el 11 de septiembre leales a la Constitución y al Presidente Allende.

En el balance económico, la trayectoria del Producto Interno Bruto fue de un muy alto crecimiento inicial en 1971 (9,6%), seguido de una caída de -0,7% en 1972 y otra de -5,0% en 1973 —aunque la responsabilidad del gobierno de la UP se circunscribe en este último año hasta el 11 de septiembre, pues desde octubre se aplicó una fuerte política recesiva por la Junta Militar que tomó el poder. La producción minera, manufacturera, de la construcción y agrícola bajó en 3,8%, 7,7%, 11,0% y 10,3% en 1973, respectivamente —cifras, en todo caso inferiores, a las crisis de 1975 y 1982-83—, disminuyendo la capacidad de exportar y aumentando la demanda por importaciones de alimentos e insumos, un efecto tijera que se tradujo en el desabastecimiento de productos. El crecimiento promedio del PIB en el período 1971-1973 fue de un 1,3% y reflejó una expansión del consumo interno que no fue sostenible en los dos años siguientes por la dinámica inflacionaria —la cual disminuyó los

ingresos reales— y el desequilibrio comercial que se creó en medio de una limitación sustancial del crédito externo, ya mencionados. El contexto fue el de un severo boicot empresarial interno y externo, por lo que la inversión disminuyó en los tres años, a pesar del inicio de la construcción de 120 mil viviendas. No obstante, el PIB fue superior en 1973 en comparación con 1970, según las cifras del Banco Central. El Índice de Precios al Consumidor tuvo también un relativamente buen resultado en 1971, pero en 1972 se decidió una política brusca de ajuste de precios. Los controles de precios fueron eliminados después del golpe de Estado y la inflación llegó a 508% en 1973. La contrapartida positiva fue que el desempleo llegó a los niveles más bajos conocidos en la historia contemporánea y las familias más pobres lograron acceder al consumo de bienes básicos como nunca antes, aunque se fueron haciendo progresivamente más escasos.

Después del golpe de Estado, la normalización productiva, seriamente afectada por las paralizaciones por razones políticas del transporte privado y de diversas unidades productivas en manos privadas en todo el tejido económico, así como el fin del estrangulamiento del crédito externo, permitieron un crecimiento de 1,2% del PIB en 1974. Luego, sobrevino en 1975 la peor crisis económica de Chile en su historia contemporánea, mucho más aguda que la de 1972-73. Hay quienes la atribuyen a secuelas de la Unidad Popular, pero es lo mismo que se dijera que la recesión de 1973 era debida a las secuelas de la gestión de Frei. Lo que ocurrió es que, en 1975, frente a una inflación en reducción, pero aún muy elevada, Pinochet le hizo caso a la recomendación que vino a darle personalmente Milton Friedman en marzo de 1975:

Existe sólo una manera de terminar con la inflación: reducir drásticamente la tasa de incremento en la cantidad de dinero. En la situación de Chile, el único modo para lograr la disminución de la tasa de incremento en la cantidad de dinero es reducir el déficit fiscal.

El monetarismo de choque llevó a una contracción enorme, fruto de una reducción de 19,9% de la demanda interna por el recorte del gasto público y del crédito. Después del acceso al poder por los Chicago Boys en abril de 1975, hacia 1976 el nivel del PIB era inferior al de

1973 y similar al de 1969. Este dato es de tres años después del fin de la Unidad Popular. Más tarde, la economía chilena tuvo un importante crecimiento, pero de nuevo mediante una fuerte expansión de la demanda interna y ahora también de las exportaciones. Sin embargo, nuevamente la política monetarista dogmática, en este caso mediante la fijación del tipo de cambio nominal inspirada en el llamado enfoque monetario de la balanza de pagos, llevó a la segunda crisis más grave de la economía chilena, vale decir, la crisis de 1982 y 1983 (con -11,5% y -5,6% de caída del PIB, respectivamente). La recesión de 1972-1973 fue significativa, pero nada comparable con las dos depresiones provocadas por los Chicago Boys en Chile. A pesar de la política de choque de 1975, la inflación bajó de un dígito recién en 1981, después de la fijación del tipo de cambio en 39 pesos en 1979 y la apertura comercial y financiera al exterior, y al costo de otra violenta recesión, la consiguiente devaluación y la vuelta a una inflación elevada. En 1990, la inflación fue de 27,1% y el asunto fue resuelto en tal década con una política fiscal disciplinada y acuerdos de precios-salarios entre gobierno, empresarios y organizaciones sindicales que abatieron las expectativas inflacionarias y la espiral inflacionista instalada desde hace décadas en la economía chilena, incluso después de la apertura comercial al exterior a fines de los años 1970.

El Futuro

¿Qué se puede pensar 50 años después? *El fundamento del proyecto allendista fue y sigue siendo la búsqueda de una sociedad democrática con justicia social y con recuperación para el país de sus recursos naturales.* Hay dimensiones adicionales, como el énfasis igualitario en materia de género y el respeto a las disidencias, junto a la urgente tarea de la sostenibilidad ambiental. Sin embargo, no son dimensiones sustitutivas de las existentes en 1970-1973, como la aspiración colectiva a las libertades civiles y políticas y a una democracia basada en la soberanía popular y la prevalencia de la voluntad de la mayoría con respeto de las minorías, ni la aspiración a una igualdad efectiva de oportunidades y derechos y a la reciprocidad comunitaria y solidaria (Martner, 2019).

Lo medular de la pugna histórica chilena permanece en las actuales circunstancias, aunque no está a la orden del día para la oposición derrocar al gobierno del presidente Boric,

que se declara cercano a la inspiración de Allende, sino inmovilizarlo y desacreditar sus propósitos. Su discurso y actividad parlamentaria pretende dejar establecido que deben quedar fuera del horizonte de posibilidades de la acción política aquellas transformaciones que recuperen para el país sus recursos naturales y otorguen al Estado un rol económico más significativo en beneficio del trabajo y de los sectores más pobres y marginados de la sociedad. La economía debe organizarse alrededor de los intereses del capital y las políticas sociales deben subordinarse a ellos.

El problema es que *lo que se intenta expulsar por la puerta suele volver por las ventanas y las rendijas.* Este es el sentido profundo de la rebelión de 2019 que volvió a poner en cuestión el dominio oligárquico y la concentración económica en Chile, y su traducción en desigualdades y abusos sobre las personas carentes de poder.

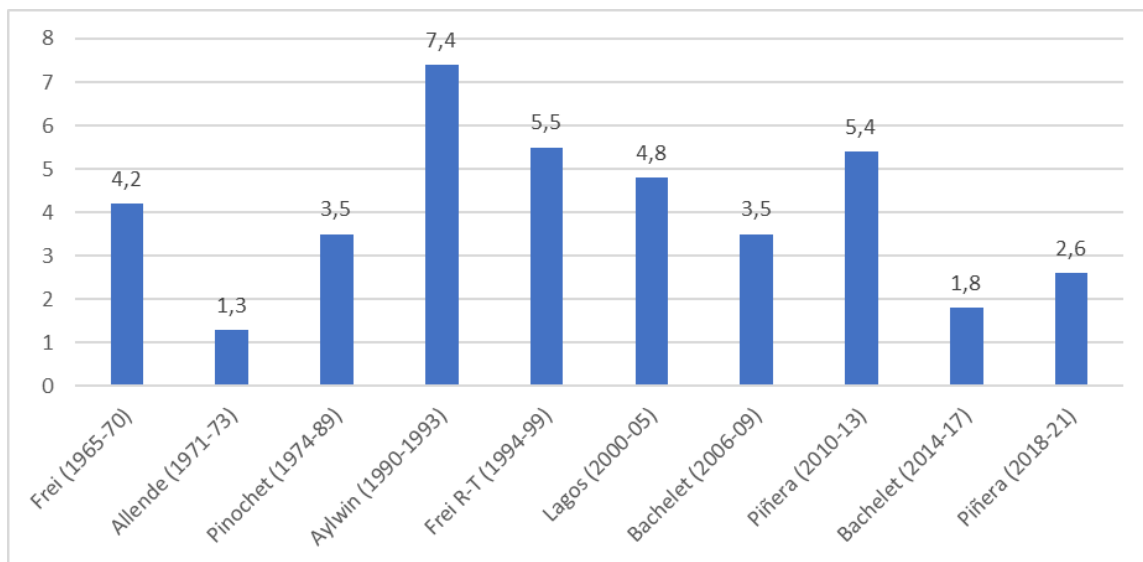
El instrumento principal para quienes comparten el objetivo de desplazar la concentración económica y las desigualdades sociales tampoco ha variado mucho: la construcción estable de *una coalición amplia que exprese a un bloque social y político por cambios progresivos, con vocación mayoritaria, capacidad de entenderse con el centro y de proveer estabilidad política.* La radical restauración del dominio oligárquico entre 1973 y 1989 fue efectiva, aunque no definitiva, y ha tenido que aceptar modulaciones híbridas a lo largo del tiempo que pueden bascular a un *Estado Social de Derecho*. No siguió ya siendo sustentada en la hacienda y su cultura, sino en grupos financieros hiperconcentrados y en la cultura del individualismo mercantil y la ilusión de la movilidad social mediante el crecimiento económico. Este perdió dinamismo desde hace más de una década y dio lugar a la vasta rebelión de 2019, a un proceso constituyente y al desplazamiento de la derecha del gobierno en 2021, aunque no del parlamento y se haya recompuesto en 2022 con su victoria contra el proyecto constitucional de la Convención.

En 2019-2021, se vivió la secuencia de una nueva «revolución desde abajo». Esta se tradujo incluso, en este caso refrendada por dos tercios del parlamento, en un golpe al corazón del modelo privatista de seguridad social, mediante los retiros de recursos desde los fondos de pensiones. Así como ocurrió con los reajustes salariales y las ocupaciones de empresas bajo la Unidad Popular, el gobierno de Piñera perdió parte del control de la política

económica. Sin embargo, según las cifras del Banco Central, en 1971 el consumo de los hogares aumentó en 13%, el consumo de gobierno en 12% y las importaciones en 9%, empujando un crecimiento del PIB también de 9%. En 2021, en la salida de la crisis pandémica, el consumo de los hogares aumentó en 21% y el consumo de gobierno en 14%, con lo que la demanda interna aumentó en 22% y las importaciones en 32%, empujando un crecimiento del PIB de 12%. Como se observa, la tan criticada política económica de la UP no tuvo la intensidad expansiva del último año de Piñera II, ya desbordado. La diferencia, crucial es que el bloqueo externo en 1971-73 no permitió la continuidad productiva, afectada por los cambios de propiedad, y produjo rupturas de abastecimiento de bienes básicos y una alta inflación. Esto reafirma una vez más la importancia del bloqueo externo en el desenlace del gobierno de la Unidad Popular y de mantener hoy una inserción externa estable y diversificada para llevar a cabo cualquier proyecto de cambio progresista.

Gráfico N°1.

Tasa de Crecimiento Interanual Promedio del PIB por Gobiernos en Chile, 1965-2021



Nota. Fuente: elaboración propia a partir de Banco Central de Chile.

El desafío de mediano y largo plazo para Chile es mantener condiciones adecuadas de expansión de la demanda interna y aumentos de productividad que mejoren la competitividad sistémica de la economía. Si se toma en consideración los asuntos distributivo y

ambiental, esto debiera ocurrir de preferencia mejorando los ingresos y el consumo de los sectores de menos ingresos y aumentando la inversión pública sostenible, junto a una política industrial que fomente mayores incrementos del valor agregado nacional que diversifiquen las exportaciones y que amplíen la sustitución de importaciones hacia nuevos sectores, cautelando los efectos en el cambio climático y los ecosistemas locales.

Para avanzar en aquellos objetivos, se requiere de una política fiscal que —junto a la prioridad de expandir la inversión pública y el consumo de gobierno en educación, salud y bienes públicos urbanos y realizar transferencias redistributivas más amplias a las familias— contenga los déficits fiscales estructurales en los límites de una deuda pública que genere pagos de intereses al menos equivalentes al crecimiento del PIB. Para lograrlo, son indispensables reformas tributarias sucesivas que, al menos, pongan a Chile en los niveles medios de presión tributaria de los países de la OCDE. Y se requiere de una política monetaria que cautele que la inflación no vaya más allá de un horizonte de 3-4% anual, pero que, a la vez, no mantenga tasas de desempleo por encima de las necesarias para alcanzar tal meta, como ha sido su práctica en los últimos años.

En materia de políticas de estímulo de la oferta, se requiere mantener un tipo de cambio competitivo, lograr una transición energética acelerada —ya encaminada en buena medida— junto a un mayor impulso a las políticas de innovación financiadas con las rentas mineras, además de más inversiones en infraestructuras. La política de competencia debe ser mucho más activa para impedir las frecuentes rentas de monopolio en los mercados financieros y de bienes.

Sería un error histórico dejar inalterada la estructura distributiva o centrarse en disminuir «trabas burocráticas» cuales no son arbitrarias, sino que protegen a las personas y al ambiente. Hay quienes entienden mejorar la competitividad de la economía como sinónimo de disminución de costos salariales y de relajación de las protecciones ambientales, lo que no tiene mayor sentido si se considera que la clave son los aumentos de la productividad. Se requiere para este fin de mejoras continuas en la educación y en la calificación de la fuerza de trabajo y de adaptaciones al cambio demográfico (el crecimiento de la población ha caído a 0,6% anual en 2022).

La distribución del ingreso sólo podría cambiar estructuralmente. Sin embargo, con una reforma tributaria que aumente los impuestos progresivos y una negociación colectiva de salarios y condiciones de trabajo más allá de la empresa individual y con mayores ingresos de reemplazo provistos por los sistemas de seguro de desempleo, de pensiones y de salud, junto a un ingreso básico universal (simplificado y financiado con un impuesto a las grandes fortunas) que *asegure una subsistencia básica y mejore la autonomía y capacidad de negociación de los que viven de su trabajo.* Y los cambios en la distribución de la riqueza y de los activos productivos, aún más concentrada que la de los ingresos, requiere la maduración de cambios en los sistemas educativos, el acceso al financiamiento de las pequeñas y microempresas, en las compras públicas y en la difusión tecnológica, junto a políticas de competencia activas y cambios en los regímenes tributarios de herencia. De otro modo, el estancamiento económico y la precariedad laboral, y la consiguiente inestabilidad social, seguirán marcando el presente y el futuro de Chile.

Referencias

- Aylwin, P.** (2023). *La Experiencia Política de la Unidad Popular 1970-1973.* Debate.
- Garcés, J.** (2013). *Allende y la Experiencia Chilena. Las Armas de la Política.* Siglo XXI Editores.
- Martner, G. D.** (2023). «*Pagaré con Vida la Lealtad del Pueblo*». *A 50 Años del Derrocamiento de Salvador Allende.* LOM Ediciones.
- Martner, G. D.** (2019). *Esto No Da para más.* Fundación Friedrich Ebert.
- Winn, P.** (2010). *La Revolución Chilena.* LOM Ediciones.

EL SOCIALISMO CHILENO A 50 AÑOS DEL GOLPE MILITAR

CARLOS OMINAMI

Doctor de Estado en Economía, Universidad de París X-Nanterre.

Director de Fundación Chile 21.

Exsenador y exministro de Economía, Fomento y Reconstrucción.

La conmemoración de los 50 años del derrocamiento del Presidente Allende fue noticia mundial, superando incluso un 11 de septiembre más reciente, el de las Torres Gemelas. Impresiona la profusión de libros, documentales, series de TV, emisiones de radio, exposiciones, nuevas revelaciones, documentos desclasificados, testimonios hasta ahora desconocidos. Todo un estallido de informaciones, emociones y un gran ejercicio de memoria. Así, por ejemplo, se ha podido documentar de manera irrefutable y en detalle el apoyo al golpe por parte de la administración Nixon desde antes incluso que Allende tomara posición del gobierno. También el verdadero laberinto en que se convirtió la relación del Presidente con los partidos de su coalición que nunca terminaron de entender la esencia profunda de la Vía Chilena al Socialismo imaginada por Allende. En este sentido, a 50 años del golpe militar el socialismo chileno y, muy especialmente, el partido de Allende tiene una responsabilidad insoslayable con la historia y sobre todo un enorme desafío de cara al futuro¹.

Una Paradoja

¿Qué se conmemoró? La pregunta es pertinente y la respuesta encierra una paradoja: como norma, en el mundo se conmemoran más bien las grandes victorias y no las derrotas. En este caso, no ocurre así: conmemoramos los vencidos mientras los vencedores, los grandes beneficiados, con seguridad celebraron, pero sólo en privado².

El golpe militar le puso la lápida a la «Vía Chilena al Socialismo» que consistía en transitar hacia el socialismo, por primera vez en la historia, a través del voto y el respeto a las

¹ El presente artículo sintetiza varios artículos publicados con anterioridad; véase, Ominami (2013, 2023a, 2023b, 2023c) y con Castañeda (2023).

² El 11 de septiembre fue feriado nacional hasta 1998, siguiendo a ley N°19.588.

instituciones democráticas. Décadas de hegemonía leninista o derechamente castrista, en gran parte de las izquierdas, quedaban atrás para dar paso a una propuesta novedosa que generó gran interés mucho más allá de las fronteras de Chile. En países de la importancia de Italia y Francia, con los dos más grandes partidos comunistas de Occidente, la experiencia chilena era vista con particular interés. La cara opuesta era la preocupación del gobierno norteamericano, encabezado por Richard Nixon y asesorado muy de cerca por Henry Kissinger, quienes veían en la tentativa de Allende un peligro que debía ser conjurado a como diera lugar. Y lo consiguieron.

El golpe en contra de Allende no fue el conocido cuartelazo protagonizado por los típicos caudillos militares latinoamericanos tan bien descritos por Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez. Augusto Pinochet, figura opaca y mediocre, fue, por el contrario, la cabeza de una verdadera revolución capitalista que transformó, con los métodos propios de una dictadura que se prolongó durante 17 años, de manera muy profunda la economía y la sociedad chilena. El neoliberalismo de Milton Friedman y la Escuela de Chicago encontraron en Chile un terreno fértil de experimentación. La puesta en práctica de aquellas reformas le permitió al país, no sin antes pasar por una severa crisis³, situarse a la vanguardia de América Latina en materia de apertura comercial y reducción del tamaño del Estado. El carácter precoz que tuvo la aplicación de esas reformas le dio a Chile, país pequeño, importantes ventajas en cuanto a acceso a los mercados internacionales⁴. El apoyo de figuras políticas como Ronald Reagan y Margaret Thatcher hizo que el «modelo chileno» alcanzara un gran realce a nivel mundial. Se plegaron también a esta verdadera campaña instituciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, deseosos de mostrar como un alumno aventajado del Consenso de Washington podía obtener buenos resultados.

Las reformas del régimen militar, especialmente las privatizaciones y la apertura comercial más la reforma agraria de los gobiernos de Frei Montalva y Allende, crearon una

³ En 1982, la economía chilena experimentó una muy profunda crisis con una caída del PIB en 14% y llevó la tasa de desempleo a niveles superiores al 30%. Esta crisis marcó el fin de la etapa más ortodoxa de las reformas neoliberales, entre otras, la política de tipo de cambio fijo.

⁴ Como hemos apuntado en trabajos anteriores, la apertura al comercio internacional era mucho más fácil en una economía de tamaño pequeño como Chile. La apertura comercial de Brasil habría sido mucho más difícil de asimilar por parte de los mercados internacionales.

nueva clase empresarial que desplazó a la vieja oligarquía terrateniente y a una burguesía industrial ampliamente dependiente de un sistema de protecciones con aranceles que superaban en promedio el 100%. Bajo la dictadura, no se reconstituyeron los grandes latifundios improductivos y cerraron definitivamente las fábricas que formaban parte de un oligopolio ineficiente. Surgió así una nueva burguesía que debió extremar sus esfuerzos para resistir la competencia internacional en el mercado interno y abrirse paso en los mercados internacionales. Junto a ella se desarrolló un sector de alta gerencia, operadores de mesas de dinero, *traders* y abogados especializados en cuestiones tributarias y arbitrajes; en conjunto, constituye el sector, sin dudas, más beneficiado por la dictadura militar. Varios de ellos formaron parte de los «cómplices pasivos» de la dictadura, sindicados de esta forma por el expresidente Piñera cuando se conmemoraron los 40 años del golpe militar. Este es el sector que se siente el gran protagonista y responsable del dinamismo económico del modelo chileno.

La Centralidad de la Figura de Allende

El Presidente Allende fue la figura indiscutida de esta conmemoración. Con su muerte, generó el aprecio y respeto que no siempre tuvo en vida. Sin su sacrificio, el golpe en Chile sería uno más de la larga lista latinoamericana. Él lo sabía y no estaba dispuesto a pasar por la humillación de tantos presidentes desalojados y enviados al exilio. Su gesto constituyó la base moral a partir de la cual se organizó la resistencia a la dictadura militar. Aportó legitimidad épica y belleza a una lucha extremadamente difícil por parte de fuerzas políticas que la dictadura buscó exterminar. Algo de importante tenía que haber en un proceso por el cual alguien como Allende estaba dispuesto a inmolarse. En el plano político, la grandeza de Allende radica en su capacidad para haber imaginado una vía democrática de superación del capitalismo. Sin decirlo, era una crítica a los socialismos reales impuestos por la fuerza. Es también un desafío presente que busca todavía respuesta para quienes no nos resignamos a que el individualismo capitalista sea el horizonte insuperable de la humanidad. Aquí radica lo esencial de su legado, su relevancia, su incuestionable actualidad.

Allende era sin dudas un personaje complejo. No fue ajeno a los aires de su tiempo impulsados por la descolonización y la revolución cubana que lo llevaron, más de una vez, a pronunciar inflamados discursos de corte revolucionario. Sin embargo, su práctica era la típica de un profesional de la política institucional y parlamentaria: ministro, diputado, senador y cuatro veces candidato presidencial. Era rigurosamente un reformista socialdemócrata⁵. Sus instrumentos no eran las armas sino las mociones parlamentarias, los proyectos de ley y los discursos. No fue nunca el jefe de pequeños grupos guerrilleros clandestinos, sino que buscó liderar a las grandes masas y estuvo siempre por la unidad del conjunto de las fuerzas progresistas más allá incluso de los límites de la izquierda.

Es cierto, consideraba el calificativo de «reformista» como un insulto y exhibía con orgullo la foto con la dedicatoria del Che Guevara: «A Salvador Allende que por otros medios trata de hacer lo mismo». La verdad es que otros medios conducen a fines bien distintos. En el fondo, Allende lo sabía y no imagino nunca gobernar un país con régimen de partido único, sin Congreso Nacional y libertad de expresión. Se lo reiteró expresamente a Patricio Aylwin en su última conversación del 24 de agosto de 1973. Cuando este le dijo que Chile se encaminaba a una dictadura, la respuesta de Allende fue tajante: «no mientras yo sea Presidente» (Aylwin, 2023).

Retrospectivamente, uno le habría pedido más firmeza en la defensa de sus convicciones, el reconocimiento sin complejos de su reformismo, un deslinde claro con el ultrismo. No lo hizo, porque no quería ser un divisor de la izquierda. Fue así como entró en un laberinto del cual no consiguió salir. Como escribí hace años, Allende amaba la vida, la disfrutaba a cada minuto. Él no buscó su destino. Fue este destino el que lo buscó a él (Ominami, 2013).

La trayectoria y la estatura moral de Allende lo llevaron a convertirse en figura mundial. Como escribió Régis Debray (2023), «no estaba previsto que entraría en la leyenda, pero permanecerá en la memoria». Son innumerables las calles, las plazas o las escuelas que en los más diversos lugares del mundo llevan su nombre. El líder derrotado que fracasó en su proyecto de vía chilena con empanadas y vino tinto entró a la historia por la puerta

⁵ Quien tiene a su haber, como joven ministro de Salud del Gobierno del Frente Popular, la creación del Servicio Nacional de Salud.

ancha. Por el contrario, el vencedor, quien gobernó con mano de hierro durante 17 años y tuvo éxito en transformar profundamente a Chile, terminó en el más bajo fondo de la historia con sus restos enterrados en una de sus casas para protegerlos del escarnio público. Así es la historia.

Salvador Allende es un mártir universalmente reconocido: es el chileno más connotado de todo el siglo XX. Su sacrificio lo llevó a ocupar un lugar de privilegio no sólo en los anales de la historia de Chile, transformándolo en un referente que traspasó ampliamente nuestras fronteras. Este es un hecho incontrovertible. Pero, por sí solo no explica nada. Es sólo el último acto de una obra cuya trama pudo conducir a otros resultados, menos gloriosos, pero también menos dolorosos. La historia está muy lejos de ser una acumulación de episodios ineluctables que pasan, porque simplemente tenían que pasar.

La muerte de Allende es tradicionalmente vista como la consecuencia inevitable de un proceso que, al amenazar poderosos intereses nacionales y extranjeros, no podía sino terminar de la manera trágica en que lo hizo. Por razones perfectamente contradictorias, admiradores y detractores han terminado coincidiendo en la idea que su destino estaba predeterminado. Para muchos, este final trágico era inexorable. Como en las tragedias griegas, el final estaba escrito de antemano y no había fuerza humana capaz de modificarlo.

Es un final poético, aunque, si se piensa bien, se trata más de una explicación cómoda que de una verdad históricamente exacta. Es cómoda, porque si el final estaba escrito, entonces no había mucho que hacer. Los sobrevivientes pueden dormir tranquilos, la suerte estaba echada. Sin embargo, la trama es menos lineal. Hasta muy poco antes del desenlace se produjeron momentos en el que los principales actores tuvieron la oportunidad de actuar de modo de abrir paso a un distinto final. Aunque cada vez más cerradas, había puertas laterales que conducían a salidas de escape; pero, es público y notorio que no ha habido demasiados interesados en plantearse la pregunta sobre si la catástrofe pudo haberse evitado. Más aún, en la declaración que los principales partidos de derecha formularon con ocasión de los 50 años del golpe afirmaron sin ambages que el golpe «era inevitable» (Hoyuelos, 2023).

El ejemplo del Presidente mártir fue crucial para hacer posible la recomposición del socialismo chileno como fuerza gravitante. Sin el legado ético de Allende, el Partido Socialista habría sucumbido por el peso de sus incomprensiones, inconsistencias y desvaríos. La recomposición de la izquierda renovada se habría hecho fuera de los cauces del socialismo, como ocurrió, por ejemplo, en Brasil con la fundación del Partido de los Trabajadores en 1980.

Sin embargo, varios episodios poco conocidos, o francamente desconocidos, muestran que la historia pudo ser diferente. Hasta el último momento, Allende trató de evitar el desplome de la democracia y el derramamiento de sangre. Así, en su última noche, el 10 de septiembre, en compañía de su círculo íntimo, frente al comentario de uno de los presentes de que «el gobierno era prisionero de la legalidad», Allende respondió:

Tiene usted razón, pero nosotros no podemos romper la legalidad, porque somos precisamente el gobierno. Siempre hemos luchado a favor de que el respeto por la ley en un Estado democrático corte el paso al despotismo o a la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros (González, 2012).

Todos los testimonios sobre lo ocurrido ese último fin de semana antes del golpe son convergentes. El sábado 8 Allende almorzó con el General Prats y le explicó que el lunes convocaría a plebiscito tras conocer que la Democracia Cristiana (DC) intentaría forzar su renuncia maniobrando para que el Congreso Nacional lo declarara «inhábil» (Amorós, 2013).

Asimismo, según relata Joan Garcés (2013), el domingo 9 de septiembre a las 12 del día, en Tomás Moro, Allende sostiene un encuentro que pudo haber cambiado el curso de la historia. Se encontraban presentes los generales Pinochet y Urbina. Allende les comunicó que, en las próximas horas, iba a convocar a un plebiscito para que el país resolviera el «camino a seguir». Según confió el propio Allende a sus colaboradores en la cena de ese domingo, Pinochet preguntó: «pero Presidente... ¿Es una resolución ya definitiva y firme la de

llamar a un referéndum?»; «sí, general, está resuelto». Entonces, asegura Pinochet: «Presidente, ahora va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento».

Allende había tomado su decisión. Sus cercanos la conocían y estaban dadas las instrucciones para anunciarla el martes 11 en un acto que tendría lugar en la Universidad Técnica del Estado (UTE). Por esto, el Presidente pudo dormir sin sobresaltos la noche del 10 hasta por lo menos las 6 de la mañana. Los mandos militares estaban avisados, incluso desde antes, por parte de Orlando Letelier, ministro de Defensa, que el Presidente convocaría a un plebiscito. Carlos Briones, ministro del Interior, trabajaba en la fórmula legal para viabilizarlo. Al exsenador Ricardo Núñez, en aquella época secretario general de la UTE, se habían dado las instrucciones para que asumiera los preparativos del acto que nunca tendría lugar.

La dirección de la DC sabía, desde hacía varias semanas, que la idea de plebiscito estaba siendo considerada por Allende. Esta le había sido anunciada a Patricio Aylwin, presidente del partido, en el diálogo que inició con Allende en la casa del Cardenal Silva Henríquez la noche del 17 de agosto. Lo mismo había ocurrido con los partidos de la Unidad Popular que habían sido notificados formalmente el sábado 8 de septiembre en La Moneda de la propuesta presidencial.

Allende tenía el convencimiento total y absoluto que el proceso desatado se había vuelto incontrolable y corría el riesgo de terminar en un baño de sangre. Ya en su discurso del 29 de junio, una vez aplastada la rebelión del blindado N°2, entregó un mensaje en el que evocaba la posibilidad de un plebiscito y le pidió al pueblo serenidad y comprensión. Nada más lejos que el «avanzar sin trazar» propuesto por los sectores más radicalizados que dominaban en el Partido Socialista (PS), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU, facción Garretón), la Izquierda Cristiana (IC) y en la juventud del Partido Radical (PR). En un discurso frente a varios centenares de dirigentes de la Central Única de Trabajadores (CUT), el 25 de julio, anticipó con una lucidez escalofriante lo que podría suceder en caso de un triunfo de los golpistas:

Se habría desatado la dictadura fascista más sangrienta, más oprobiosa, habrían arrancado de raíz los más preciados principios de democracia, de libertad, habrían recurrido al terror y al asesinato masivo, se habrían

producido masacres sanguinarias de dirigentes sindicales y de particulares (Amorós, 2013).

Si el anuncio de plebiscito hubiera alcanzado a concretarse, como inmediatamente comprendió el propio Pinochet, se habría creado un nuevo cuadro. En aquellas condiciones de extrema crispación, con una hiperinflación desatada y grave escasez de productos básicos, la derrota de Allende y la Unidad Popular en una consulta electoral era más que segura. Los resultados de la elección parlamentaria de abril de 1973 (con un 56% para la oposición) constituían una sólida garantía de triunfo. El martes 28 de agosto, en su discurso a propósito de una nueva reestructuración de su gabinete, afirmó: «no dudaría un momento en renunciar si los trabajadores, los campesinos, los técnicos y los profesionales de Chile así me lo pidiesen» (González, 2012). El resultado adverso en el plebiscito habría obligado a la renuncia a Allende. La experiencia conducida por la Unidad Popular habría llegado a su término. Aunque sus principales dirigentes no lo estimaran así y hubiesen abrazado la tesis de la inevitabilidad del golpe, la DC habría emergido probablemente como el gran triunfador. La historia habría sido bien distinta: la democracia habría sobrevivido.

¿Qué fue lo que se interpuso en la voluntad presidencial? Esta es la pregunta que prácticamente todos los actores relevantes del proceso han evitado plantearse. La razón es simple. La respuesta no puede eludir una verdad para unos inconfesable y para otros demasiado incómoda. Los generales golpistas forman parte de la primera categoría. Informados de la voluntad presidencial de abrir paso a una salida política, para abortarla tomaron la decisión de apresurar los preparativos y adelantar el golpe. Con ello, dejaron en evidencia que, más que «restaurar la institucionalidad quebrantada», se trataba de dar un golpe y hacerse del poder. En esto contaron con el apoyo entusiasta de importantes sectores de la derecha económica y política, y del gobierno norteamericano de la época.

Por su parte, la directiva de la DC fue presa de una beligerancia que llevó al partido a romper con su impecable tradición de apego a la democracia. Al fragor del proceso abierto con el triunfo de Allende, la DC se fue radicalizando en su oposición a la Unidad Popular. La animosidad de Frei Montalva en contra de Allende permeó a la gran mayoría de la dirigencia

democratacristiana. Los sectores más duros —respaldados por Frei Montalva— se hicieron, en mayo del 73, con el control de la mesa del partido y, desde allí, encabezaron una oposición que no dio tregua. Hay testimonios directos e irrefutables cuales muestran de que, al diálogo con Allende impulsado por el Cardenal Silva Henríquez, el presidente de la DC, Patricio Aylwin, iba con un objetivo claro por parte de su principal mandante: poner condiciones tales que hicieran imposible el acuerdo. En sus memorias, Gabriel Valdés (2009) deja en claro que Frei Montalva estaba, desde hacía mucho tiempo, convencido de la inevitabilidad del golpe.

A la beligerancia de sus adversarios se agregó la incompreensión de los suyos. Allende no consiguió apoyo de los partidos de la Unidad Popular para su propuesta de plebiscito. Si bien el Partido Comunista (PC) se abrió a la idea e instruyó a sus parlamentarios para que la sostuvieran, el partido del Presidente la rechazó terminantemente. Aunque su secretario general, Carlos Altamirano, simpatizaba con la idea, la mayoría reunida en torno al subsecretario general, Adonis Sepúlveda, y a Erick Schnake, dirigente del PS, opuso un rechazo terminante: «la revolución no se plebiscita, compañero» fue la posición ampliamente dominante. Todo esto ocurrió el sábado 8 en una reunión del comité político de la Unidad Popular que comenzó a las 10 horas en La Moneda, como se relata con lujo de detalles en *La Conjura*. La reunión se levantó sin que se hubiese llegado a un acuerdo.

Cerrada la vía de la solución política, Carlos Altamirano, secretario general del PS, arrastrado por la dinámica de la polarización, pronunció el famoso discurso del domingo 9 en el Estadio Chile: «el compañero Allende no traicionará, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso». Se escribía así una de las últimas páginas del drama. Contrariamente a la afirmación corriente, el llamado de Altamirano no precipitó nada. El golpe estaba ya en curso y nada lo detendría. El llamado a atajar el golpe, «golpeando el golpe», quedará para la historia como la expresión de algo muy propio de las izquierdas: la ceguera frente a la realidad.

El rechazo del PS fue respaldado también por una de las facciones del MAPU y el MIR. La participación de este último en el desenlace merece un comentario, pues me tocó vivirla. Miguel Enríquez, jefe del MIR, supo de la decisión de Allende aquel fin de semana. Todos los

días previos, los militantes del MIR habíamos estado en alerta máxima ante la inminencia del golpe. La noticia de que Allende llamaría a plebiscito se interpretó como una capitulación: el golpe perdía su razón de ser. Fue así como se levantó el acuartelamiento el domingo 9 por la noche: se dio la paradoja de que la organización que más se había preparado para enfrentar un golpe se encontró desmovilizada cuando éste se produjo. Tenía lógica el razonamiento del MIR en cuanto a que la «capitulación» de Allende hacía innecesario el golpe. El único problema es que los militares no lo entendieron así y, en vez de suspenderlo, optaron por adelantarlo.

El convencimiento de Allende sobre la necesidad de una salida política no fue suficiente para evitar la tragedia. La virulencia de los adversarios y el fuego amigo produjeron una conjunción de fuerzas que resultó más poderosa. De haber prosperado la solución política, Allende no sería el Presidente mártir que hoy día se venera. Amaba la vida, él no buscó aquel final, aquel final lo buscó a él. Le gustaba, ciertamente, la idea de pasar a la posteridad convertido en estatua. Él sentía que la merecía, pero como estadista, que no como mártir; como tribuno popular victorioso, que no como héroe derrotado.

Por ello, la grandeza de Allende no radica simplemente en haber muerto luchando con las armas en la mano. Son miles quienes han corrido tal suerte y pocos quienes han entrado en la historia. La lucha armada no fue nunca el camino de Allende. Sus armas fueron siempre las propias de la lucha social desplegada en la arena parlamentaria. Su drama es que ellas no le permitieron conducir a puerto el proceso de cambio por el que tanto luchó. Su grandeza radica en la tranquilidad con que fue capaz, en la derrota, de ofrendar su vida para mantener viva la llama de la esperanza en la victoria, en medio de tanta incompreensión y de una infinita soledad.

Una Coalición que No Estuvo a la Altura

La tarea que se propuso Allende era demasiado ambiciosa para las fuerzas que había conseguido alinear. Fue electo con 36% y no dispuso nunca de una mayoría sólida que pudiera sustentar el proceso. Las fuerzas que lo apoyaban, básicamente los partidos socialista y comunista no estuvieron a la altura. Son graves y muchos los errores cometidos. Importa

precisarlos para que queden allí como lecciones donde nuevos procesos de cambio no vuelvan a cometerlos.

La política económica puesta en práctica, definida por sus promotores como de «reactivación por el consumo popular», generó durante los primeros meses una gran bonanza cuya manifestación más directa fue el importante aumento de los salarios reales. Se suponía que existían grandes capacidades instaladas ociosas que la estimulación del consumo incorporaría al proceso productivo. Durante el primer año, la receta funcionó. En las elecciones municipales de abril de 1971, la coalición de gobierno superó el 50% de los votos. Tanto el PC como el PS obtuvieron votaciones históricas: 17,08% y 22,64%⁶, respectivamente. Era, sin embargo, un auge efímero. Es todavía un misterio que los historiadores no han podido descifrar por qué no se aprovecharon aquellas condiciones favorables para haber convocado a un plebiscito para producir un cambio institucional de envergadura como habría sido la elección de un nuevo Congreso unicameral, conforme a lo establecido en el propio programa de gobierno de la Unidad Popular⁷. En los hechos, primó la voluntad de Allende de mantener la institucionalidad en la cual había desarrollado toda su trayectoria. A poco andar, la falta de inversión, incentivada sin dudas por las fuerzas contrarias al proceso que recurrieron además al boicot y al acaparamiento, comenzó a hacer estragos. Desabastecimiento, mercado negro e hiperinflación fueron la respuesta de una economía sometida a un *stress* imposible de sobrellevar. Alain Touraine (1974) criticó esta política en términos muy severos, calificándola de «populismo que distribuye sin producir». Amplios sectores especialmente de capas medias resintieron las consecuencias y bascularon progresivamente hacia el campo de la oposición.

Asimismo, cuesta todavía entender la incompreensión de la dirigencia de la izquierda de las condiciones internacionales en las que se desenvolvía el proceso chileno. Estábamos en plena guerra fría. Allí donde era fundamental mantener un riguroso no alineamiento, la política internacional de Chile parecía confirmar la sospecha de que finalmente se transitaba hacia una segunda Cuba. La estaba en Chile de Fidel Castro, entre el 10 de noviembre y el

⁶ Más el 8,16% del Partido Radical y la votación de otros partidos menores, la Unidad Popular alcanzó el 51%.

⁷ Daniel Mansuy, autor de una muy comentada y reciente biografía de Allende, confirma esta afirmación (Mansuy, 2023).

4 de diciembre de 1971 (25 días en total), operó como confirmación de los peores pronósticos de la administración norteamericana y de las fuerzas más reaccionarias: Chile bajo Allende reconocía filas en el campo del socialismo real. El gobierno de la Unidad Popular pagó todos los costos de aquella imagen sin acceder a ninguno de sus beneficios. Allende fue en visita oficial a la Unión Soviética (URSS) en diciembre de 1972. Las condiciones del país eran ya dramáticas. El embargo decretado por los Estados Unidos y el desabastecimiento interno requerirán de una importante inyección de recursos. Fue con seguridad el viaje más triste de Allende: volvió con las manos vacías. Fuertemente comprometida con Cuba, la URSS no estuvo dispuesta a asumir nuevos compromisos. A fin de cuentas, la URSS reconocía lo que la política internacional de la Unidad Popular ignoró: América Latina seguía siendo zona de influencia privilegiada de Estados Unidos y estos no estaban dispuestos a tolerar el éxito de una experiencia que pusiera en cuestión tal condición.

Finalmente, es en el terreno de la política doméstica en donde se registraron las mayores falencias. Un proyecto como el de Allende requería del apoyo de una mayoría amplia, de la «unidad social y política del pueblo», según la expresión de Radomiro Tomic —candidato de la DC que compitió con Allende en 1970 y salió tercero con el 28,1% de los votos. El programa de este último, inspirado en la idea de una «vía no capitalista de desarrollo», tenía grandes puntos de confluencia con el programa de la Unidad Popular. Allí donde era imperativa la convergencia detrás de un programa de reformas profundas —un *compromesso storico* [compromiso histórico], según la expresión de Berlinguer (1973/2023)—, terminó constituyéndose una alianza entre el Centro y la Derecha que creó condiciones políticas propicias al golpe militar. La Democracia Cristiana —el gran partido de la Patria Joven, la Revolución en Libertad, Reforma Agraria y la Chilenización del Cobre— terminó en brazos de una derecha a la que había combatido siempre. La oposición entre la Izquierda y el Centro es la falla geológica del proceso. El proyecto de esa derecha no era el pronto restablecimiento de la «institucionalizada quebrantada»⁸ sino la imposición de una dictadura como la que apoyó

⁸ Según la terminología del Proyecto de Acuerdo de la Cámara de Diputados, 23 de agosto, 1973, el cual ha sido utilizado como justificación jurídica del golpe del 11 de septiembre.

durante 17 años y continúa hasta el día de hoy justificando⁹. Ciertamente, la responsabilidad principal de esta lamentable actuación recae sobre la dirigencia demócratacristiana. No obstante, el sectarismo y la falta de lucidez de la dirigencia de la Unidad Popular tienen una ineludible responsabilidad: eran ellos los conductores de un proceso que requería de una amplia y sólida base de apoyo. No fueron capaces de construirla y, con ello, facilitaron la acción de los golpistas.

La Persistente Actualidad de las Alianzas entre Centro e Izquierda

La necesidad de reformas profundas no ha sido clausurada. Las desigualdades flagrantes, la informalidad, las brechas educacionales, el estancamiento económico, la deslegitimación de la política, entre otros, son algunos de los peligros que amenazan a las democracias y plantean con urgencia la necesidad de reformas mayores. La distancia entre la necesidad y la posibilidad real de emprender las necesarias transformaciones se ha extremado en los últimos años. Soplan vientos de cambio, pero, a menudo, en sentido inverso, hacia populismos autoritarios que, con propuestas fáciles a problemas complejos, ganan adhesión y consiguen erosionar por dentro a la democracia, utilizando para ello los espacios e instrumentos que esta ofrece. El auge de las extremas derechas populistas que buscan construir sistemas gobernados por líderes autoritarios, con congresos con facultades limitadas y tribunales de justicia subordinados al poder es un peligro real. Objetivamente, la emergencia ya no de la clásica dictadura militar¹⁰ sino de las llamadas democracia iliberales constituye una tendencia fuerte de nuestro tiempo.

América Latina no está exenta. Brasil ya lo conoció con Bolsonaro hace pocos años atrás. Bukele en El Salvador con su combate a la delincuencia sin el más mínimo apego al Estado de derecho cosecha adhesiones y se ha convertido en un referente para líderes populistas de otros países de la región. Milei un personaje extravagante claramente adscrito a

⁹ Con ocasión de la conmemoración de los 50 años del Golpe Militar, el gobierno del Presidente Gabriel Boric promovió la suscripción de una declaración, en cuatro puntos, que, en lo fundamental, compromete a un Nunca Más en el uso de la fuerza y la ruptura del Estado de Derecho. Los partidos de derecha, sin embargo, optaron por no suscribir dicha declaración y formularon una propia en la cual no se habla ni de Golpe Militar ni de Dictadura.

¹⁰ Ahora bien, también se registran y consideran la sucesión de golpes de Estado en África: Chad (2021), Malí (uno en 2020 y otro en 2021), Guinea (2021), Sudán (2019 y 2021) y Níger (2023), entre otros.

las posiciones de la extrema derecha a nivel internacional amenaza en la actualidad con conquistar la presidencia de la Argentina. En Chile, José Antonio Kast obtuvo el 44% de los votos en la segunda vuelta de la última elección presidencial de 2021 y controla en la actualidad el Consejo Constitucional de 2023 llamado a proponer una nueva Constitución y es un aspirante serio a la presidencia de la república.

La extrema derecha manipula los miedos y canaliza la desesperación y las rabias. Se alimenta de una cierta frustración con la democracia. No existe una bala de plata con la cual enfrentarla y conjurar el peligro. Se requieren acciones múltiples en planos diversos. Hay que energizar la democracia mediante reformas que amplíen la participación ciudadana, acorten los tiempos y hagan más expedita y eficaz la deliberación política. La única forma de enfrentar la crisis de la democracia representativa pasa por complementarla con la democracia participativa. Asimismo, la construcción de Estados de bienestar social es una pieza crucial de la estrategia para enfrentar la regresión autoritaria con que amenazan las extremas derechas (Castañeda, Estrada y Ominami, 2023).

La puesta en práctica de una estrategia anti-regresión requiere de un respaldo político que garantice una mayoría sólida. La alianza entre las fuerzas de izquierda con las fuerzas de centro es la clave. Cada vez que las derechas logran atraer para sí al centro se abre camino a salidas que pueden tener consecuencias trágicas. La importancia de generar alianzas amplias entre el Centro y la Izquierda, cada una con su perfil propio, pero articuladas en torno a un programa común es una lección ampliamente actual de la experiencia trágica de Allende y la Unidad Popular.

La Ineludible Responsabilidad del Socialismo

La historia del PS es especialmente turbulenta. Como ningún otro partido chileno, puede exhibir grandes aciertos habiendo cometido también graves errores. Su relación esquiada con el Presidente Allende, su incomprensión de la vía chilena al socialismo y las veleidades en su desempeño durante el gobierno de la Unidad Popular forman parte de estos últimos.

Entre sus grandes aportes figuran su constitución temprana como una fuerza de izquierda latinoamericanista que no reconoce vaticanos ideológicos y que, con Eugenio González a la cabeza, fue capaz de proponer un programa como el de 1947 que sigue representando un referente insuperable en la trayectoria político-intelectual del socialismo democrático y humanista. Asimismo, construcciones sociales tan relevantes como el Servicio Nacional de Salud tienen la impronta del socialismo aportada por el joven a la sazón ministro doctor Salvador Allende.

Es también mérito del socialismo haber sido capaz de sobrevivir a una dictadura que lo reprimió de manera feroz y, al mismo tiempo, abrir un implacable proceso de crítica y autocrítica sobre su actuación en los mil días de la Unidad Popular. Ningún otro partido ha tenido la fuerza y el valor de desnudarse y ponerse en cuestión como lo ha hecho el socialismo chileno pagando incluso por ello el costo de dolorosas divisiones.

Este proceso conocido como la «renovación socialista» implicó una ruptura radical con las ideas de corte leninista que desde finales de los 50 y, especialmente, posterior a la tercera derrota de Allende en 1964 habían desviado al Partido Socialista del ideario humanista propuesto en el Programa de 1947. Así, se revalorizó la democracia como conquista universal y se elevó el respeto a los derechos humanos a la categoría de principio fundamental de la acción política. De la idea de un «modelo socialista» preconcebido que había que imponer a cualquier precio y en cualquier circunstancia se transitó a la de «práctica socialista» como proceso permanente de búsqueda a través de la construcción de mayorías de un orden social superior. Asimismo, se entendió que sin mercado no hay democracia, puesto que, en ausencia de éste, se constituye indefectiblemente una «dictadura sobre las necesidades» que oprime a las personas e impide el crecimiento y el desarrollo (Beilharz, 2015).

La capacidad de resistencia del socialismo sustentada en la base moral que representó el gesto final del Presidente Allende, sumada a su disposición a actualizar tanto su pensamiento como su práctica política, le permitieron jugar un papel central en el «reencuentro de los demócratas» según la feliz expresión del expresidente Aylwin. La salida pacífica de la dictadura y una transición hoy día valorada por el propio Presidente Boric difícilmente habrían podido tener lugar sin el concurso activo del socialismo.

Habiendo aprendido de sus errores, el PS no titubeó en involucrarse en el proceso encabezado por el Presidente Boric. La historia no podía volver a repetirse: era fundamental dejar de lado susceptibilidades y cálculos menores. El socialismo no debía restar su apoyo a la opción transformadora que representaba Gabriel Boric, por oposición a la regresión que encarnaba José Antonio Kast.

En la actualidad, reconocidas figuras del amplio mundo socialista se desempeñan en áreas cruciales de la acción gubernamental. Constituyen, por así decirlo, el ancla y en muchos aspectos el timón de un barco que, a horas de emprender la ruta, parecía extraviarse. Su aporte es valorado por la ciudadanía que los distingue con altos niveles de aprobación.

No es un misterio para nadie que, sin haber cumplido todavía la mitad de su mandato, el gobierno enfrenta una situación crítica: la economía no crece, las reformas comprometidas no avanzan y aumentan la desconfianza, el malestar social y el escepticismo respecto del futuro. Queda poco tiempo útil para superar el entrampamiento. A medida que se aproximan los eventos electorales, los gobiernos entran inexorablemente en el ocaso aquejados del conocido síndrome del «pato cojo». A fin de cuentas, la dificultad mayor que enfrenta el gobierno es la crisis de las expectativas, la pérdida del entusiasmo, la erosión de la credibilidad. Su recuperación no depende de políticas sectoriales o de definiciones puramente técnicas. Se trata más bien de una cuestión de actitud, de poner por delante, con convicción, la búsqueda sincera y transparente de acuerdos que permitan avanzar.

Corresponde en esto asumir la realidad. El *sorpasso*, la sustitución de la izquierda histórica por una nueva izquierda no ocurrió ni en Chile ni tampoco en España que, en algún momento, sirvió como modelo. De socio de segundo orden en un gobierno que tenía al Frente Amplio y al PC como alianza privilegiada, el socialismo se ha transformado en una fuerza insustituible, lo que hace que recaiga sobre sus hombros una responsabilidad ineludible.

En vez de escuchar a cantos de sirena que promueven el desembarco de un gobierno que —se afirma— habría entrado a un laberinto sin salida, el socialismo debiera reafirmar su compromiso buscando ampliar su gravitación. No se trata de más o menos cargos burocráticos: se trata de presencia política, de incidencia, credibilidad, coherencia, capacidad de

conducción. Por su trayectoria histórica, su experiencia de gobierno y su madurez política, el socialismo en sentido amplio es la fuerza en mejores condiciones para contribuir a desbloquear la situación. Para ello, debe ser también capaz de fortalecerse internamente mediante una convocatoria a la construcción de una gran fuerza progresista en la que converjan sectores tradicionales con nuevos contingentes: los trabajadores manuales y los intelectuales, las vertientes laicas, cristianas y marxistas, los grupos ecologistas y los colectivos feministas.

Una fuerza socialista renovada con vocación de mayoría debiera surgir de la convergencia entre el socialismo histórico y las nuevas izquierdas. Sin estas últimas el socialismo histórico no podrá superar un cierto anquilosamiento. Inversamente, las nuevas izquierdas, sin raíces firmes en la historia, no podrán ir mucho más allá de una confluencia generacional a la que inevitablemente le llegará la madurez con más pasivos que grandes realizaciones.

Referencias

- Amorós, M.** *Allende. La Biografía*. Ediciones B. 269-277.
<https://doi.org/10.3917/rip.273.0269>
- Aylwin, P.** (2023). *La Experiencia Política de la Unidad Popular*. Debate.
- Berlinguer, E.** (1973/2023). Riflessione sull'Italia dopo i Fatti del Cile. *Associazione Enrico Berlinguer*.
<https://enricoberlinguer.org/home/enrico-berlinguer/documenti-politici/5-riflessioni-sull-italia-dopo-i-fatti-del-cile.html>
- Beilharz, P.** (2015). Agnes Heller: de Marx a la Dictadura sobre las Necesidades. *Revue Internationale de Philosophie*, 273 (3), 269-277.
- Castañeda, J. G., Estrada, G., y Ominami, C.** (17 de abril, 2023). Hacia la Construcción de Estados de Bienestar Social en las Américas 1996-2022. *Nexos*.
<https://www.nexos.com.mx/?p=72511>
- Débray, R.** (septiembre, 2023). Allende. *Le Monde Diplomatique — Edición Chilena*.
<https://www.lemondediplomatique.cl/2023/09/allende.html#partage>
- Garcés, J. E.** (2013). *Allende y la Experiencia Chilena. Las Armas de la Política*. Siglo XXI Editores.

González, M. (2012). *La Conjura. Los Mil y un Días del Golpe*. UDP–Catalonia.

Hoyuelos, C. (6 de septiembre, 2023). Declaración de Chile Vamos por Conmemoración de los 50 Años del 11-S. *Diario Financiero*. <https://www.df.cl/economia-y-politica/ahora-en-df-declaracion-de-chile-vamos-por-conmemoracion-de-los-50>

Mansuy, D. (2023). *Salvador Allende. La Izquierda Chilena y la Unidad Popular*. Taurus.

Ominami, C. (11 de septiembre, 2013). Allende y su Infinita Soledad. *LT — La Tercera*. <https://www.latercera.com/noticia/allende-y-su-infinita-soledad/>

Ominami, C. (2 de julio, 2023a). Ominami y la Cruda Crítica a la Izquierda (y los «Cómplices Pasivos») que Hizo en la Fundación Jaime Guzmán: «el Golpe Tuvo Apoyo Popular». *Ex–Ante*.

<https://www.ex-ante.cl/ominami-y-la-cruda-critica-a-la-izquierda-y-los-compllices-pasivos-que-hizo-en-la-fundacion-jaime-guzman-el-golpe-tuvo-apoyo-popular/>

Ominami, C. (25 de julio, 2023b). La Ineludible Responsabilidad del Socialismo. *EMOL — El Mercurio On-Line*.

<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2023/07/23/1101760/columna-de-opinion--carlos.html>

Ominami, C. (11 de septiembre, 2023c). A Cincuenta Años del Golpe en Chile ¿Qué Se Conmemora? *Nexos*.

<https://redaccion.nexos.com.mx/a-cincuenta-anos-del-golpe-en-chile-que-se-conmemora/>

Ominami, C., y Castañeda, J. G. (8 de septiembre, 2023). Allende’s Shadow in Today’s Chile. *Project Syndicate*.

<https://www.project-syndicate.org/commentary/50th-anniversary-pinochet-coup-holds-lessons-for-chilean-president-gabriel-boric-by-jorge-g-castaneda-and-carlos-ominami-2023-09>

Touraine, A. (1974). *Vida y Muerte del Chile Popular*. Siglo XXI Editores.

Valdés, G. (2009). *Sueños y Memorias*. Taurus.

REVOLUCIÓN Y RESTAURACIÓN

MANUEL RIESCO

Doctor en Economía Política de Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Vicepresidente del Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo.

«Quizás el gobierno del Presidente Allende no fue derrocado por lo que hizo mal, sino por lo que hizo bien»: la frase pertenece a una alta autoridad del actual gobierno y fue lanzada en una de las muchas discusiones de análisis autocrítico de la izquierda acerca de la derrota del Gobierno Popular, que se iniciaron junto con la resistencia a la dictadura tras el mismo día 11 de septiembre de 1973. Tal cual, así fue.

Lo que la Unidad Popular hizo bien fue nada menos que conducir con serena firmeza, como dijo el Presidente Allende, la fase desplegada de la extraordinaria gesta del pueblo que la historia denominará con acierto la Revolución Chilena. Así, con mayúscula, y la reconocerá como la madre de la moderna república que todavía no acaba de nacer, pero que está en trance de hacerlo.

Chile es un país pequeño ubicado en el confín del planeta, pero su Revolución adquirió importancia general al ser la primera en la historia que cursó por cauces democráticos y legales, en forma singularmente pacífica. Prueba de ello es la veneración universal a la figura del Presidente Salvador Allende.

Las Revoluciones Modernas jalonan la ruta enrevesada que ha seguido hasta ahora el tormentoso advenimiento de esta época histórica alrededor del planeta. Empujado desde las profundidades tectónicas por el lento y todopoderoso avance de la urbanización y el consiguiente desvanecimiento de la forma de vida y trabajo milenaria en el campo tradicional: allí permanece todavía media humanidad; pero, esta ola adquiere en este tiempo un ritmo vertiginoso: por donde pasa lo transforma todo de arriba abajo y para siempre.

Bien sabido es, y desde siempre, que la historia se mueve en la tensión permanente entre los de arriba y el pueblo trabajador. Este es muy paciente, pero de tanto en tanto

pierde la paciencia e irrumpe masivamente en el espacio político. Irrumpe para hacerse respetar y resolver las constantes pugnas entre las diferentes fracciones de los de arriba, en favor de aquellas facciones que muestran disposición a realizar las reformas en cada momento necesarias para el continuado progreso de la sociedad.

Bien sabemos que es así quienes tenemos el privilegio de ser veteranos participantes en tres de estas irrupciones populares masivas en política, las más importantes de todas, de haber presenciado otra cuando niños y ser contemporáneos de aún otra, de las que han sacudido al país a cada década en promedio a lo largo de un siglo. Así ocurre en todas partes y en todas las épocas. Así se mueve la historia. Así transcurre también el advenimiento de la modernidad, la época en que nos toca vivir. No obstante, de todas estas irrupciones, hay una sola que se distingue de todas las demás. Como dice, el gran historiador de la Revolución Francesa, Albert Souboul es aquella en que el pueblo campesino despierta de su siesta secular y se une al pueblo trabajador de las nacientes urbes y al resto de la ciudadanía, en una ola singular y gigantesca que barre con el viejo régimen de vida y trabajo de una vez para siempre. Es precisamente la que estremeció y fecundó a Chile desde mediados de la década de 1960 y hasta 1973, conducida en su fase de ascenso por el gobierno de Eduardo Frei Montalva y en su fase desplegada por el de Salvador Allende.

La ciencia política del siglo XX develó que estas irrupciones populares no surgen de modo caprichoso, sino que siguen un curso cíclico lento y pesado que las eleva primero lenta y segundo más rápidamente, hasta que se despliegan en todo su poder para posteriormente amainar e iniciar un nuevo ciclo. Es una forma de movimiento parecida a la de grandes masas de partículas en la naturaleza, cuyo constante movimiento y choque se influye mutuamente hasta confluir en determinada dirección y sentido. No hay fuerza humana capaz de frenar o invertir súbitamente su curso.

Sólo se puede incidir muy levemente sobre ella, como hace un pequeño timón sobre la trayectoria de un pesado transatlántico, pero su manejo firme y acertado puede evitar que se estrelle o caiga por un despeñadero, logrando, en cambio, que fluya como una fuerza transformadora y constructiva poderosa. El arte de tal conducción constituye la forma más

elevada de la política, la más importante de todas las actividades humanas puesto que dirige nuestro actuar colectivo.

Quizás nadie comprendió esto mejor entonces que Jacques Chonchol, sin duda la persona viva¹ más importante de Chile en la actualidad. Joven inspirado por una profunda fe religiosa, formó parte de la legendaria generación de intelectuales latinoamericanos que creó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) la cual, a principios de los años 1960, lo envió a asesorar la reforma agraria del recién instalado gobierno revolucionario de Cuba. Retornado a Chile, a mediados de la década, fue quien propuso a su partido (la Democracia Cristiana) la famosa y acertada consigna de realizar también acá una Revolución en Libertad. Fue un actor clave en la dictación e inicio de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria. A finales de la década, comprendió que su gobierno no estaba siendo capaz de conducir la creciente masividad y radicalidad que adquiere por esos días la movilización del pueblo: más bien, se estaba quedando atrás. Junto a la juventud y parte de su tienda concurre con la izquierda que, surgida de la saga del salitre, venía trabajando en ello desde hacía medio siglo a la formación de la Unidad Popular. Precandidato presidencial él mismo, apoya con entusiasmo la candidatura de Salvador Allende y, como su ministro de Agricultura, se convierte en el auténtico padre de la Reforma Agraria. Junto a la Nacionalización del Cobre, sin duda constituyen las realizaciones más importantes e irreversibles de la Revolución Chilena.

Al apreciar ahora la epopeya de la Unidad Popular, parece increíble lo realizado en tan sólo mil días. Esto es especialmente cuando por décadas se ha pretendido reducir la política a los acuerdos parlamentarios, la orientación del desarrollo económico a mantener los equilibrios fiscales y toda una serie de lugares comunes por el estilo que se repiten como verdades reveladas.

Expropiar todos los latifundios del país; aprobar por unanimidad la Nacionalización del Cobre en un parlamento en que la Unidad Popular contaba con un tercio; fusionar las

¹ Este artículo se presentó anterior al fallecimiento del exministro Jacques Chonchol, cuyo deceso fue el día 5 de octubre, 2023 [N., de la E].

operaciones nacionalizadas en la empresa minera más grande del mundo (hasta hoy); nacionalizar la banca y algunas empresas estratégicas; lograr que desde el primer día y hasta hoy cada niño de Chile reciba medio litro de leche diario, acabando así con la desnutrición, al tiempo que se aumentaba extraordinariamente la cantidad de calorías y proteínas consumidas por la población en general; dar salud y atención al parto gratuitas en un Servicio Nacional de Salud que llegaba hasta el último rincón del territorio; elevar la matrícula general del sistema nacional de educación pública gratuita y de calidad a más de tres millones sobre una población total de diez, en circunstancias que hoy alcanza apenas a poco más de cuatro sobre una población de veinte, considerando todos sus niveles y formas, privadas y públicas; duplicar la matrícula de las universidades, multiplicar por tres sus sedes y por cinco los académicos a jornada completa según la cuenta del Rector Enrique Kirberg en 1973; construir un palacio de congresos internacionales (puntualmente, en pocos meses), dos centenares de miles de viviendas populares de buena calidad que hasta hoy se pueden ver por todo Chile; nadie quedó sin empleo, ninguna empresa sin utilizar su capacidad al máximo: la producción se expandió en todos los ámbitos de forma extraordinaria, el pueblo trabajador mejoró notablemente sus salarios reales y elevó su participación a dos tercios del PIB; la actividad cultural y artística chilena estalló e inundó el mundo; en fin, nunca, jamás, ni antes ni después, el país vivió un período de actividad más intenso en todos los aspectos de la vida colectiva. Nunca, jamás, ni antes ni después, hubo gobierno alguno con la capacidad de realizaciones que logró la Unidad Popular.

Todo lo anterior fue en medio de la oposición política más feroz, destinada literalmente a «hacer aullar la economía» y derrocar el gobierno aun antes que asumiera, impulsada por la principal potencia del mundo, utilizando sin escrúpulos todas las armas posibles: paros patronales sucesivos; sabotaje cotidiano; crímenes y terrorismo armado; y una campaña mediática feroz y mentirosa, destinada a atizar las dificultades, aterrorizar a la población y volcarla en contra del gobierno. Todo fue en vano. Conducido por el gobierno y apoyado en el pueblo movilizado, el país continuó su marcha de progreso y transformación extraordinaria hasta el día mismo del golpe.

A decir verdad, nada hay en ello de extraordinario. Así son las auténticas Revoluciones: períodos singulares en la vida de los pueblos cuando, como escribieron los clásicos, superando dificultades inimaginables realizan en horas lo que en tiempos normales no se logra en meses, en días lo que no se logra en años y en años lo que no se logra en siglos. Así fue también la Revolución Chilena.

Toda la asimismo impresionante transformación social y económica de las décadas subsecuentes, es el resultado de la estructura social moderna que surge de la urbanización de tal modo desatada y acelerada por la Revolución: principalmente, la joven y poderosa fuerza de trabajo, urbana y moderna de Chile, que es su legado vivo. Fuerza de trabajo multitudinaria, razonablemente sana y educada, liberada de las ataduras, del aislamiento y producción para el autoconsumo de la vida campesina tradicional; un poco más tarde, también las mujeres liberadas de la tiranía del trabajo doméstico. Liberada también más o menos a la fuerza de la tierra que sostenía antes su vida, para ser contratada y despedida toda ella constantemente, principalmente por decenas de miles de empresas que surgen asimismo constantemente de su seno, para incorporar su trabajo a mercancías, bienes y servicios que, al venderse en el mercado nacional y mundial en condiciones competitivas, dotan a sus manos con el poder de convertir lo que tocan en oro. El valor creado así por su trabajo constituye la base verdadera, única y exclusiva de la riqueza de las modernas naciones.

Las transiciones a la modernidad en cada pueblo que ha recorrido este camino hasta el momento están signadas por sus grandes Revoluciones, pero también por derrotas espantosas. La escena inicial de *Los Miserables*, la gran obra de Víctor Hugo, son los campos humeantes de Waterloo sembrados hasta donde se pierde la vista de cadáveres de los héroes de Francia. Fueron los mismos que, en pocos años, guillotinaron a su rey y al antiguo régimen, se guillotinaron unos a otros, al tiempo que legaron al mundo las modernas repúblicas, el código civil y el sistema métrico decimal, la *Marsellesa* y la *Internacional*, y el ejército de ciudadanos que expulsó de su tierra a todas las potencias invasoras de Europa y se paseó después por el continente derrocando a todos los absolutismos y marcando en la batalla de Jena nada menos que el fin de la historia, al decir de Hegel.

Guardando —con toda modestia— las debidas proporciones, la imagen no menos trágica de La Moneda en llamas y el Presidente Allende inmolado en aras de la lealtad de su pueblo, como aún resuena en el metal tranquilo de su voz, ha quedado asimismo grabada para siempre en la historia de las grandes Revoluciones Modernas. Al igual que en Francia, a la derrota siguió la restauración del viejo régimen, allá volvieron por sus fueros el rey y los nobles ¿Quién recuerda hoy a tales empolvados? Por acá, protegida bajo el capote militar de un tiranuelo basto, cobarde, criminal y corrupto que traicionó a su Presidente y a su Patria, se restauró la vieja oligarquía agraria, o, más bien, sus vástagos, henchidos de odio revanchista y disfrazados ahora de revolucionarios fanatizados por el ideario de profesores liberales demenciados, extremistas peligrosos cuyas recetas precipitaron a la economía de crisis en crisis al período económico más negro de su historia.

Se denostó a la Revolución y sus héroes. Se asesinó, exilió, apaleó, atropelló y abusó del pueblo. Tras el golpe, se rebajaron sus salarios reales a la mitad mediante el simple expediente de falsificar el IPC en tiempos de alta inflación y que, al fin de la dictadura, no había recuperado su nivel previo al golpe. Los salarios del magisterio se rebajaron a menos de un tercio y se mantuvieron en tal nivel hasta 1990: sólo recién al fin del segundo gobierno de Bachelet recuperaron un nivel parecido al resto del pueblo trabajador. Se expropiaron sus cotizaciones previsionales y se desviaron a financiar negocios de un grupete de empresarios, a costa de la miseria en la vejez de quienes hicieron posible la Revolución Chilena.

La vida económica, social y cultural del país sufrió un retroceso en todos los ámbitos. Los oligarcas restaurados se apoderaron de la mayor parte de las riquezas del subsuelo y de las empresas del Estado. Por si todo esto fuera poco, establecieron monopolios en todos los demás mercados, cobrando sobrepuestos desde los medicamentos a los pollos y hasta el papel higiénico. El país fue hegemonizado así por un piño de jeques sin turbante que viven principalmente de la renta de tales usurpaciones. A pesar de ellos, la moderna estructura social del país —que es la herencia principal de la Revolución— ha continuado pujando desde abajo por surgir. No hay jeque que la resista por mucho tiempo.

Tampoco a la ira acumulada del pueblo. Este cayó aplastado por una fuerza militar abrumadora digitada desde el extranjero que, tras varios intentos frustrados, sólo tuvo éxito

cuando la marea popular transformadora, cumplida ya su tarea y realizadas las reformas necesarias, venía mostrando inevitables signos de agotamiento tras casi una década de despliegue incesante. Quizás ello no fue captado a tiempo por la Unidad Popular, aunque sí fue advertido por el Presidente y varios de sus partidos.

El pueblo fue derrotado, pero, como pidió su Presidente, no se dejó avasallar. Mantuvo en alto su dignidad y resistió desde el primer día, tejiendo un velo espeso que no logró ser penetrado por los esbirros del dictador. Una nueva rebelión popular, la más heroica y compleja en que aprendió a enfrentarse en todos los terrenos a la dictadura —lección que no olvida—, acabó con ella en los años 1980.

Las tres décadas siguientes transcurrieron en democracia, la que, si bien realizó muchas cosas, nunca fue capaz —ni lo pretendió siquiera— de acabar con los grandes abusos y las distorsiones de la restauración impuesta a sangre y fuego el 11 de septiembre de 1973. Al revés, la vieja oligarquía restaurada siguió campeando por sus fueros, sobre la estela del temor y el dinero que se adueñó de la política.

Así se llegó al 18 de octubre de 2019, cuando el pueblo irrumpió nuevamente en el centro de la escena política. No la ha abandonado ni mucho menos. Al revés, a través de una pandemia sin precedentes que derrotó con la disciplina de que es capaz en su acción colectiva, ha continuado manifestando su indignación creciente en 18 elecciones nacionales sucesivas a lo largo de tres años y medio.

A diferencia de lo ocurrido en los años 1960 y hasta el golpe, esta vez las fuerzas políticas progresistas no han estado a la altura de las circunstancias. Se han agrupado en la coalición más amplia de la historia del país, aquella que votó Apruebo en el plebiscito constitucional. Controlan el gobierno central, la mayoría de los gobiernos locales y la mitad del Parlamento: sin embargo, hasta ahora, no han sido capaces de canalizar la fuerza poderosa de la indignación del pueblo para realizar las reformas necesarias con la decisión que, en su momento, mostraron los Presidentes Frei Montalva y, especialmente, Salvador Allende y la Unidad Popular. Mala cosa, porque dejan el terreno libre a que la indignación popular caiga en manos de sinvergüenzas, canallas y criminales, financiados por la oligarquía que no

quiere aflojar sus restaurados privilegios. Aquellos tipos inevitablemente llevan los países al suicidio, como muestra la trágica historia de Europa en el siglo XX.

Estamos a tiempo de reaccionar. No hay que seguir vacilando sino terminar ahora con la restauración oligárquica y los grandes abusos que se impusieron el 11 de septiembre de 1973. Sólo así el sistema democrático recuperará su legitimidad hoy perdida del todo. Sólo así el país pondrá fin a su era de revoluciones y se adentrará con paso firme en el gigantesco progreso que representa la era moderna. Esta tampoco durará para siempre, porque sigue formando parte de la prehistoria de la humanidad al mantener sometido al pueblo trabajador, aunque sea mediante cadenas de oro. Pero, para ello, falta aún un buen tiempo, al menos el requerido para que la mitad del mundo que recién emerge a la era moderna alcance a disfrutar de ella y la minoría que accedió primero acepte que ello ocurra sin pretender la locura de intentar frenarlo por la fuerza.

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973.

UN FINAL NO QUERIDO, PERO ANUNCIADO

ALEJANDRO SAN FRANCISCO

Doctor en Filosofía de Universidad de Oxford.

Académico en Universidad San Sebastián y Pontificia Universidad Católica de Chile.

Expresidente de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

El 11 de septiembre de 1973 las Fuerzas Armadas de Chile depusieron al presidente Salvador Allende Gossens, quien había asumido el mando del país tres años antes¹.

El tema del golpe de Estado o de una eventual guerra civil había sido habitual durante 1973, aunque los anuncios en la prensa o en el debate político no lograban anticipar el curso que tomarían los hechos. En cualquier caso, no resultaba en modo alguno curioso o imprevisible que la vía chilena al socialismo concluyera anticipadamente y que eso ocurriera por una vía violenta. De hecho, hacia mediados de agosto de 1973 era evidente que las diversas fórmulas que procuraba el Presidente de la República iban fallando una tras otra, como el llamado gabinete de seguridad nacional o el diálogo con la Democracia Cristiana. Otras no habían logrado resolver la crisis entre los poderes del Estado (tal fue el caso de las elecciones de marzo de 1973 que, pese al triunfo opositor, no definieron la lucha política). Finalmente, las alternativas pendientes no tuvieron lugar, como habría sido el caso de una eventual renuncia del presidente Allende, o bien, el plebiscito comentado, pero nunca llevado a cabo.

Adicionalmente, la política y sociedad estaban profundamente cambiadas en el Chile de mediados de 1973. La correlación de fuerzas se había modificado: en la práctica, el país estaba paralizado y al borde de la guerra civil; había acusaciones cada vez más abiertas contra el gobierno por la violación de la Constitución y las leyes, así como también llamados expresos o tácitos a las Fuerzas Armadas para que intervinieran o ayudaran a resolver la crisis. Por todo ello, y por una serie de acontecimientos que durante agosto contribuyeron

¹ La bibliografía es amplia. Algunas obras generales que se pueden consultar son: Fermeois (2019); San Francisco *et al.*, (2019); Quiroga (2016); Sepúlveda (2020). Dos obras importantes de quienes participaron en el gobierno de la Unidad Popular son las de Joan Garcés (1990) y Sergio Bitar (2017).

a inclinar la balanza, finalmente llegó el 11 de septiembre como fecha decisiva para el fin del gobierno de Salvador Allende.

En el Bando N°5 la Junta Militar entregó numerosos argumentos sobre la grave situación en la que se encontraba Chile, que constituían una amenaza interna y externa para el país y arriesgaba la subsistencia como Estado independiente. Entre las acusaciones destacaban que: el gobierno había incurrido en grave ilegitimidad; quebró la unidad nacional al fomentar la lucha de clases; se puso fuera de la Constitución y usó los resquicios legales; había quebrado el respeto a los demás poderes del Estado; la economía estaba estancada o en retroceso y con una inflación desbordada; el Presidente condicionaba su acción a los comités de los partidos de la Unidad Popular (UP); y existía en Chile «anarquía, asfixia de libertades, desquiciamiento moral y económico». A la luz de la doctrina clásica, todo ello muestra antecedentes «suficientes para justificar nuestra intervención para deponer al gobierno ilegítimo, inmoral y no representativo del gran sentir nacional, evitando así los mayores males que el actual vacío del poder pueda producir»².

¿Eran válidos aquellos argumentos? ¿Qué otras razones podrían haber influido en la resolución de las Fuerzas Armadas y en la ruptura institucional, así como en la intervención militar del 11 de septiembre? El tema siempre tendrá aspectos políticos dentro del análisis, así como explicaciones contradictorias de parte de los actores fundamentales de entonces. No obstante, ello no excusa el necesario esfuerzo que debe realizarse para intentar comprender los factores que precipitaron la crisis y el término del régimen institucional en Chile. A comienzos de agosto, un observador externo —el sociólogo francés Alain Touraine— afirmó en el diario que llevaba cada día que estuvo en el país, que desde hacía algún tiempo «el vacío de poder es cada vez más absoluto» (Touraine, 2020).

Aquel vacío lo llenarían las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973 de una forma decidida y violenta.

² Junta de Gobierno, Bando N°5, 11 de septiembre, 1973.

La Izquierda y el Imperialismo

Quizá desde mediados de siglo, y cada vez con más fuerza, la izquierda entendió que la lucha política en América Latina tenía un carácter antimperialista. La liberación de los pueblos —o la nueva independencia, como se le llamó— exigía enfrentar a los Estados Unidos de Norteamérica en cada lugar del continente, como afirmó con entera claridad y transparencia Ernesto Che Guevara (1967/2006) en su mensaje a la Tricontinental.

A su vez, los partidos de izquierda solían adoptar en aquellos años una definición que establecía tres conceptos fundamentales: antimperialista, antioligárquico y antifeudal, precisando claramente cuáles eran los adversarios nacionales e internacionales de la revolución. Con el primer concepto se referían a los Estados Unidos de Norteamérica, con el segundo se oponían a la burguesía local y con el tercero a los latifundistas, todos los cuales serían enfrentados en el proceso de construcción del socialismo.

Por lo anterior, no es extraño que el Programa de la Unidad Popular —publicado en diciembre de 1969— insistiera en que Chile había fracasado en las últimas décadas, por ser «un país capitalista, dependiente del imperialismo» que, ante el desarrollo capitalista mundial, la burguesía monopolista del país se entregaba progresivamente al imperialismo, el cual explotaba a las economías atrasadas de múltiples formas. Las grandes compañías imperialistas habían arrancado grandes riquezas de Chile y el gobierno de Frei Montalva había sido «un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero». Por todo ello:

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile³.

Por ello, no es extraño que durante toda la administración de la izquierda chilena haya existido un énfasis especial para destacar la influencia extranjera en Chile, específicamente de los Estados Unidos, liderados entonces por el presidente Richard Nixon, quien contaba

³ Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular, 1969.

con Henry Kissinger como uno de sus principales asesores. Desde un comienzo, Allende y sus partidos observaron que se estaba desarrollando un proceso que intentaba impedir la consolidación del socialismo en Chile, liderado por organismos privados internacionales y por la propia Casa Blanca (Verdugo, 2013). En esta línea, pensaban los partidarios de la revolución, los norteamericanos buscaban el fracaso de la UP y luchaban con recursos materiales y humanos para terminar con la vía chilena al socialismo.

En la misma línea se expresó el presidente Allende, en su discurso final en la mañana del 11 de septiembre de 1973. En esta ocasión, denunció claramente y, a la vez, fijó su visión de las causas del golpe militar: «el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider»⁴. Esta interpretación, en buena medida, sería adoptada por diversos sectores de la izquierda chilena de entonces que observarían en la intervención foránea, y específicamente norteamericana, un factor decisivo en el golpe de Estado (Altamirano, 1977).

La afirmación peca de reduccionismo y tiene más de profecía autocumplida que de una clara comprensión de la realidad, mucho más compleja y cuyas raíces estaban principalmente en Chile, tanto en el plano militar como en los sectores civiles que se opusieron a la UP, la cual, como fue claro en aquellos años, tuvo sus propios problemas a la hora de gobernar el país.

Los Problemas de la Unidad Popular

El gobierno de la UP tenía problemas de fondo para llevar a cabo la vía chilena al socialismo, así como tenía contradicciones ideológicas y prácticas para renunciar a dicho proyecto histórico.

El problema de fondo era ser un gobierno de doble minoría. En primer lugar, el senador Salvador Allende había llegado en forma constitucional al gobierno, pero después de haber obtenido sólo el 36,2% de los votos en las elecciones del 4 de septiembre⁵. En segundo lugar, la UP fue minoritaria en el Senado y en la Cámara de Diputados durante todo

⁴ Discurso Final del Presidente Salvador Allende.

⁵ La relevancia de este ha sido destacada por Arturo Valenzuela (2013), especialmente la sección «La Elección de 1970: El Problema de un Presidente Minoritario» (pp. 78-91).

su gobierno. Esto, en la práctica, hacía inviable una vía legal, democrática o institucional hacia el socialismo, más todavía cuando la Democracia Cristiana adoptó una posición definitivamente opositora.

A lo anterior, por una parte, se sumaban algunas dificultades ideológicas, que tenían particular relevancia en la lucha política de los años 60 y comienzos de los 70, y cobraban particular interés a la hora de las dificultades y de posible búsqueda de acuerdos. Las leyes inexorables de la historia y la victoria asegurada de la revolución socialista —como se repitió tantas veces— hacían pensar en un futuro tan determinado como positivo a pesar de las contrariedades ocasionales. Por su parte, la lógica de la lucha de clases y el rechazo a la conciliación propia del marxismo-leninismo hacían inviable una fórmula intermedia dentro del proceso revolucionario. Por lo mismo, llegar a acuerdos con la oposición, aunque fuera con la Democracia Cristiana, en la práctica significaba hacer concesiones a la burguesía y a los enemigos de clase (Garcés, 2013). Así lo representó especialmente el Partido Socialista en diversas ocasiones.

Por otra parte, existían dificultades de orden práctico, en la política real. Una de ellas, que se probaría bastante adversa, fue el sistema de administración del gobierno a través del Comité de la Unidad Popular, el que debía adoptar las decisiones por unanimidad y donde cada partido tenía derecho a veto. Más importante todavía, esta fórmula dejaba al presidente Allende a merced de los partidos políticos, sin capacidad resolutive, cuestión que se tornaría especialmente contraproducente en temas tan significativos como un posible llamado a plebiscito en 1973 o un eventual acuerdo con la Democracia Cristiana. A ello se sumó el fin de la tripolaridad de 1970 —los llamados tres tercios—, que dio paso a la bipolaridad, con el gobierno y la oposición enfrentados como únicas alternativas, con la Democracia Cristiana como aliada del Partido Nacional, por lo cual la oposición era mayoría.

Finalmente, se puede mencionar el rechazo de los partidos de la UP a algunas ideas del presidente Allende que podrían haber contribuido a distender el ambiente o a resolver la crisis: negociación y acuerdo con la Democracia Cristiana; llamamiento a plebiscito; un gabinete de seguridad y defensa nacional, con integración de militares; o, en fin, facultades para que el propio gobernante pudiera conducir el proceso y resolver, todas las cuales

fueron rechazadas por los partidos. El asesor presidencial Joan Garcés comentaba que frente a estas alternativas la Unidad Popular no tenía propuesta alguna que ofrecer al Presidente (Garcés, 2013).

A todo lo anterior, se sumaba un elemento que excedía lo meramente político: la conformación de una amplia y creciente oposición social, que se manifestó primero contra algunas políticas específicas del gobierno, pero que se terminó expresando contra el proyecto mismo de la Unidad Popular, en una clara politización del conflicto a nivel social.

Oposición Social y Lucha contra el Comunismo

Los análisis sobre el gobierno de la UP a veces tienen el riesgo de ser excesivamente politizados y, por lo mismo, a veces olvidan o relegan la lucha social o la importancia de los movimientos que, sin ser propiamente políticos, tuvieron gran relevancia en la definición de la lucha por el poder.

Desde muy temprano, la izquierda denunció la existencia de golpismo en sectores de la oposición, entre los que incluía obviamente a Patria y Libertad y al Partido Nacional, pero de manera creciente también al expresidente Eduardo Frei Montalva y a sectores de la Democracia Cristiana. Algo similar expresó el oficialismo con ocasión de las elecciones de marzo de 1973, en la cual algunos sectores de oposición esperaban obtener dos tercios del Senado, para poder deponer al Presidente de la República. El tema de fondo era que las diferentes organizaciones de oposición estimaban que el gobierno estaba perdiendo legitimidad o que la legalidad chilena estaba siendo sobrepasada, como manifestaron los líderes opositores en agosto de 1972, cuando acusaron al gobierno y sus partidos de tener una sola meta: «establecer en Chile una dictadura totalitaria»⁶.

Efectivamente, después del primer año de la UP en La Moneda, se puede apreciar el desarrollo de un importante movimiento social que luchó contra algunas decisiones del gobierno, pero que se extendió a una disputa frontal contra la construcción del socialismo en

⁶ Declaración conjunta de la oposición, *El Gobierno Conduce al País hacia una Dictadura Totalitaria*, 30 de agosto, 1972. El documento está firmado por Renán Fuentealba (Presidente del Partido de la Democracia Cristiana DC), Sergio Onofre Jarpa (Presidente del Partido Nacional), Luis Bossay (Presidente del Partido Izquierda Radical), Julio Durán (Presidente del Partido Democracia Radical) y Apolonides Parra (Presidente del Partido Democrático Nacional). Véase *Política y Espíritu*, 335, agosto de 1972, pp. 75-6.

Chile. El movimiento comenzó con la marcha de las cacerolas vacías, el 1 de diciembre de 1971, organizado por grupos de mujeres que denunciaban el deterioro de la situación económica en el país y en los hogares, el cual se manifestó dispuesta a luchar contra el gobierno para representar su molestia y exigencia de cambios (Power, 2003; 2008).

Posteriormente, surgieron otros movimientos organizados por la oposición social, como el Paro de Octubre de 1972, que el gobierno calificó como «paro patronal» y, más grave todavía, «paro insurreccional». En la ocasión, el Ejecutivo dictó estado de emergencia y el país vivió momentos dramáticos de enfrentamiento que algunos pensaron podría haber terminado en una guerra civil. Orlando Sáenz, entonces presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), realizó posteriormente dos reflexiones interesantes que conviene tener en cuenta. Primero, se refirió a la movilización social de octubre como fruto de «un comando amplísimo e informal que se había generado en el fragor de la batalla» y que incluía a numerosos sectores: pequeños comerciantes, empleados y supervisores; camioneros, oficiales en retiro; pequeños agricultores, pescadores, profesores y, desde luego, también empresarios. El dirigente agrega que «ese increíble paro nacional acabó con el proyecto político de la Unidad Popular, porque frente a él se levantó una muralla nacional movilizadora y decidida» (Sáenz, 2017, pp. 75-6).

Acusaciones análogas hubo contra el paro de los trabajadores de El Teniente, el que comenzó en abril de 1973, o las protestas contra la Escuela Nacional Unificada (ENU). Más grave todavía fue la situación que se vivió con la declaración del paro gremial amplio, indefinido y final promovido por diferentes organizaciones en agosto de 1973. No es casualidad que, en esta última oportunidad, los gremios hayan pedido la intervención de las Fuerzas Armadas —sin hablar de golpe de Estado— para «una rectificación inmediata en la conducción del país». Asimismo, urgían un pronunciamiento del Congreso Nacional que se sumara a otros de la Corte Suprema y de distintos dirigentes políticos cuales ya se habían manifestado contra la violación de la Constitución y las leyes por parte del gobierno del presidente Allende⁷.

⁷ Véase *El Mercurio* (1 de agosto, 1973), Frente Cívico-Gremial; (8 de agosto, 1973), *Al País*.

El tema de fondo es que las protestas ya no se concentraban exclusivamente en aspectos puntuales de naturaleza gremial, sino que avanzaban hacia una resolución de fondo de carácter político que pasaba por el término de la experiencia de la UP en La Moneda y el inicio de otra fórmula de desarrollo nacional e institucional. Como sostiene un estudio reciente, «junto al resto del bloque contrarrevolucionario —partidos, empresarios y prensa fundamentalmente— la clase media organizada abrió las puertas a la intervención militar» (Casals, 2023, p. 88). Para entonces, los partidos políticos de oposición y sus dirigentes más importantes, con más o menos determinación, trabajaban y avanzaban en la misma dirección.

Llamados al Golpe de Estado

A estas alturas, resulta evidente que el 11 de septiembre no llegó como fruto de la casualidad ni por acción —ni menos iniciativa— exclusiva de las Fuerzas Armadas. Si observamos el acápite anterior, resulta claro que la oposición social y los intentos de detener la vía chilena al socialismo, e incluso de terminar con el gobierno, habían nacido en la sociedad civil y en el mundo político más que en las Fuerzas Armadas (Rojas, 2003).

En buena medida, aquella fue la argumentación de la Corte Suprema y de la Contraloría General de la República durante 1973, quienes acusaron la ruptura de la legalidad y la juridicidad en Chile debido a la forma de actuar del gobierno al margen del Estado de Derecho. Sin entrar en detalles, no cabe duda de que el Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973 —sobre el Grave Quebrantamiento del Orden Constitucional y Legal de la República— marcó un hito decisivo en la crisis institucional del país. En esta ocasión, la mayoría opositora sostuvo que el gobierno había violado la Constitución y las leyes, como una forma habitual de conducta, vulnerando la democracia y el Estado de Derecho, para establecer un Estado totalitario. Todo esto se había manifestado especialmente en dos ámbitos: la separación de los poderes del Estado y los derechos de las personas.

Entre las graves acusaciones de la Cámara al gobierno, los parlamentarios acusaban:

Que es un hecho que el actual Gobierno de la República, desde sus inicios, se ha ido empeñando en conquistar el poder total, con el evidente

propósito de someter a todas las personas al más estricto control económico y político por parte del Estado y lograr de ese modo la instauración de un sistema totalitario, absolutamente opuesto al sistema democrático representativo, que la Constitución establece⁸.

En el acuerdo propiamente tal, la Cámara pedía a los ministros miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros:

Poner inmediato término a todas las situaciones de hecho referidas, que infringen la Constitución y las leyes, con el fin de encauzar la acción gubernativa por las vías del Derecho y asegurar el orden constitucional de nuestra patria y las bases esenciales de convivencia democrática entre los chilenos⁹.

Declaración clara, compleja y que implicaba un quiebre importante entre el gobierno y las propias Fuerzas Armadas.

En su respuesta a la Declaración de la Cámara de Diputados, el presidente Allende sostuvo explícitamente que dicho Acuerdo era un llamado a un golpe de Estado, tras lo cual concluía: «con ello, la oposición que dirige la Cámara de Diputados asume la responsabilidad histórica de incitar a la destrucción de las instituciones democráticas, y respalda de hecho a quienes conscientemente vienen buscando la guerra civil»¹⁰.

El Presidente de la República sabía de lo que hablaba. Para entonces, Salvador Allende era un líder solitario –no en términos populares, pero sí políticos.

⁸ Acuerdo de Cámara de Diputados sobre el Grave Quebrantamiento del Orden Constitucional y Legal de la República, 22 de agosto, 1973, considerando N°5.

⁹ Acuerdo de Cámara de Diputados sobre el Grave Quebrantamiento del Orden Constitucional y Legal de la República, 22 de agosto, 1973, Acuerdo Segundo.

¹⁰ Salvador Allende, 24 de agosto, 1973, Manifiesto al País.

La Democracia al Matadero

Se ha dicho, en ocasiones, que la democracia chilena fue atacada desde los Estados Unidos o desde Cuba, que las Fuerzas Armadas le pusieron fin el 11 de septiembre de 1973. No cabe duda de que el factor internacional estuvo presente en la lucha política, en el contexto de la Guerra Fría, como ha ilustrado el excelente estudio de Tanya Harmer (2013). También es un hecho que el 11 de septiembre los uniformados tomaron el control del país y derrocaron al presidente Salvador Allende. Siendo todo ello verdad, no logra explicar que una democracia relativamente sólida se haya descompuesto y terminara por colapsar.

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que —durante parte importante de la década de 1960 y, ciertamente, durante los tres años de la UP— la democracia chilena experimentó un proceso de autodestrucción y fue incapaz de superar los vicios, problemas y ataques recibidos desde dentro del sistema político. En esos años, hubo demasiadas líneas rojas que se cruzaron y, advertidas o no, lo cierto es que en la práctica fueron toleradas o promovidas, sin que hubiera capacidad para enfrentar la aceptación de la violencia revolucionaria como medio de acción política para tomar el poder (definido por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1965 y por el Partido Socialista dos años después) y la superación progresiva de la legalidad y el Estado de derecho, a través de tomas de universidades, fábricas y campos, que precedieron a la UP, pero que se radicalizaron con la llegada de Allende a La Moneda. Hubo una polarización creciente e incluso odio en la sociedad chilena. Y los militares se fueron convirtiendo progresivamente en actores políticos relevantes: el Tacnazo de 1969, la integración al gabinete UP-Generales en 1972, el Tanquetazo y el gabinete de seguridad nacional, en junio y agosto de 1973 (San Francisco *et al.*, 2018).

A todo ello, se sumaron posteriormente los problemas propios del gobierno del presidente Salvador Allende, con incapacidad de conducción política, la falta de colaboración por parte de la Unidad Popular y sus partidos, la intransigencia de algunos dirigentes y una oposición cada vez más dura. También se suma el marco internacional de la Guerra Fría, la politización de los militares, la hipermovilización de la sociedad y la polarización creciente en la sociedad chilena.

El resultado es que, a mediados de 1973, ya era bastante claro que un golpe de Estado e incluso una guerra civil no eran solo amenazas, sino que representaban posibilidades reales en un contexto de enfrentamiento en las calles, amenazas cruzadas y un clima amenazante. Esto llevó a Radomiro Tomic —candidato demócratacristiano en 1970 y fino analista de la realidad— a afirmar, en carta al general Carlos Prats, que Chile, como en las tragedias griegas, avanzaba directamente hacia el golpe de Estado, que todos decían no quererlo y hacían cuanto estaba de su parte para provocarlo: «entre todos estamos empujando la democracia chilena al matadero»¹¹.

A esa altura, sin embargo, el problema no era de análisis político, sino de la realidad existente en Chile, en la vida social y en la lucha por el poder.

La Crisis Progresiva de la Democracia Chilena

Mirado con perspectiva histórica, es evidente que las explicaciones simplificadoras tienen el problema de enfatizar un aspecto determinado de la crisis chilena —que puede ser relevante, pero, a la larga, resulta insuficiente. Para una explicación más valiosa y comprensiva, necesariamente debe existir una visión de conjunto que necesariamente es más compleja y plural.

Desde una perspectiva institucional, Chile tenía problemas evidentes, como eran los gobiernos de doble minoría, pues el gobierno del presidente Salvador Allende no fue el único que sufrió esta limitación. A ello se debe sumar un factor que se mostró con claridad tras las elecciones de marzo de 1973: el régimen de gobierno, de carácter presidencial, tenía poca flexibilidad para superar crisis y contradicciones como las que enfrentaba el país en esos momentos. En otras palabras, un régimen parlamentario hubiera sido mucho más adecuado para resolver la crisis y las elecciones parlamentarias habrían precipitado una crisis de gobierno, pero no una de carácter institucional, sin perjuicio de lo cual los problemas eran mucho más graves que la mera organización de los poderes del Estado.

A lo anterior se suma un problema que se manifestó con precisión desde mediados de la década de 1960, en la sólida y admirada democracia chilena. Si bien existía una

¹¹ Carta de Radomiro Tomic a Carlos Prats, 25 de agosto, 1973.

autopercepción favorable que incluso enfatizaba la excepcionalidad chilena en el concierto internacional, la verdad es que los vientos revolucionarios terminaron por afectar a la democracia. En esto confluían dos cuestiones. La primera era que el sistema político desarrollado tenía como contraparte una gran pobreza y subdesarrollo en el ámbito social, lo que empezó a hacer crisis desde mediados del siglo XX, como denunciaron algunos pensadores, que hablaron de Chile como «un caso de desarrollo frustrado» o un país que sufría una «crisis integral» (Ahumada, 1966; Pinto, 1959). De esta manera, la democracia comenzó a ser calificada como burguesa, formal, claramente insuficiente para los desafíos que tenía el país. La segunda situación fue la efervescencia revolucionaria que, en la práctica, no solo exigía cambios drásticos, sino también urgentes y que fueran hechos por las vías legales y democráticas o bien por la violencia y las armas.

En el último año de su mandato, el presidente Eduardo Frei Montalva lamentaba el atractivo que estaba ejerciendo la vía armada y la violencia en el país:

Yo sé que la revolución con sangre, dramática y totalitaria ejerce fascinante atracción sobre algunos. Yo sé que hay quienes no son capaces de concebir su Patria sino como una copia de otras experiencias, porque no saben mirarla, porque no la entienden.

Periódicamente surgen en las sociedades humanas grupos en que se confunde la generosidad y la ingenuidad, la ilusión y la rebeldía, las frustraciones personales con el deseo de aventura o la demoníaca tentación de destruir¹².

Frei manifestaba esta posición porque lo pensaba, pero también porque durante su administración se había producido la validación de la violencia política, así como se habían desarrollado vías de hecho y nuevas formas de acción que, en la práctica, corrían el cerco de la democracia y tendían a acorralarla ¿Pasada de moda? ¿Burguesa? ¿Meramente formal? Eran preguntas cuyas respuestas positivas desde la izquierda ponían en jaque la tradicional vía institucional de Chile.

¹² Eduardo Frei Montalva, Mensaje ante el Congreso Pleno, 21 de mayo, 1970.

Pero el problema no estaba solamente ahí, sino que también comenzó a hablarse de los riesgos del militarismo, de la intervención de las Fuerzas Armadas en la actividad política y de la destrucción de la democracia —tímida, pacata, débil frente al marxismo— por parte de los militares y de sectores que promovían la intervención militar en política. Este tema —que podría parecer meramente teórico, pero emergió con fuerza con ocasión del Tacnazo— tuvo una manifestación cruenta e inaceptable con el asesinato del general René Schneider en 1970 y pasó a ser un tema de conversación y de análisis político en los últimos meses de la UP (Garay, 2014).

No es casualidad que, a mediados de 1973, haya habido discusiones sobre la guerra civil, el golpe de Estado, el control de armas o el terrorismo en Chile. En el plano político, lo resumió de manera elocuente y con total transparencia el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, en un discurso en el Senado en la sesión del 11 de julio, cuando se discutió el tema del control de armas. En esta oportunidad, el líder falangista denunció el odio y la degradación moral, sostuvo que el gobierno atropellaba el Estatuto de Garantías Democráticas de 1970, así como acusó una pérdida de fe democrática en el país. Además de fijar ciertas condiciones para la existencia de un diálogo «racional y democrático», Aylwin se refirió a las responsabilidades del gobierno y de las Fuerzas Armadas. En tal escenario, cada día más chilenos pensaban «que solo una dictadura castrense puede restablecer en Chile el orden y la autoridad indispensables para salvar nuestro porvenir como nación»¹³.

Por su parte, Aylwin se manifestaría contrario a cualquier dictadura o totalitarismo, reiterando su lealtad al régimen constitucional: «no ignoramos la gravedad del peligro totalitario en que el oficialismo ha colocado a Chile». Repudiaba un eventual quebrantamiento y enfatizó que haría cuanto estuviera de su parte para resolver la crisis chilena por las vías institucionales¹⁴. Si bien en las semanas siguientes hubo diálogos entre el presidente Allende y el propio Aylwin, ellos terminaron sin éxito, profundizando aún más la crisis¹⁵.

¹³ Congreso Nacional, Diario de Sesiones del Senado, Sesión 35ª, 11 de julio, 1973, pp. 1.282-92.

¹⁴ Congreso Nacional, Diario de Sesiones del Senado, Sesión 35ª, 11 de julio, 1973, p. 1.285, acápite «Nuestra lealtad democrática».

¹⁵ Las reuniones entre Allende y Aylwin, en la narración del presidente del PDC, en «Minuta de Patricio Aylwin, Presidente Nacional del Partido Demócrata Cristiano, sobre reunión sostenida con el Presidente de la República Salvador Allende (30 de julio, 1973)» y «Minuta Diálogo Cardenal-Allende. Historia de la entrevista entre

En la práctica, como sabemos, el 11 de septiembre de 1973 el peligro culminó con la ruptura de la democracia y la crisis institucional no tuvo una resolución pacífica o institucional.

Causas Múltiples para una Crisis Integral

Mirado desde una perspectiva a más corto plazo, es decir, concentrándose sólo en el gobierno de la Unidad Popular, hubo diversos temas, problemas y aspectos que contribuyeron a que la crisis política y social culminara con una intervención militar (*véase*, San Francisco, *et al.*, 2019).

Como telón de fondo —tanto del gobierno de la Unidad Popular como de la intervención militar del 11 de septiembre de 1973— podemos situar la extrema polarización y el odio que se expresó durante los mil días de la administración de la «vía chilena al socialismo». En esto, tuvo un papel especial la doctrina y la realidad de la lucha de clases, pero también el anticomunismo existente desde antes de 1970 y acrecentado en los años siguientes. Ciertamente, también pasó a ser relevante el desarrollo de la violencia ya no sólo como justificación de su legitimidad, sino también como realización de las vías de hecho y forma de hacer política, con todo lo que ello entraña para la destrucción de la democracia (Aran-cibia, 2001; Morales, 2023). En este plano, la prensa sirvió de amplificador de la odiosidad y la polarización. En las discusiones parlamentarias también hubo mayor belicosidad, lo que también se expresaba en diversos ambientes sociales.

El segundo factor fue el doble proceso que afectó a las Fuerzas Armadas de politización militar y de militarización de la política. En un primer momento, especialmente a partir de la designación del gabinete UP-Generales, con un claro liderazgo del general Carlos Prats, los uniformados pasaron a ser actores políticos relevantes, lo que los llevó a ser juzgados de acuerdo con su cercanía o lejanía con el gobierno, su adhesión a determinadas políticas oficialistas o su prescindencia a través de la mantención de los principios de obediencia y no deliberación militar (Prats, 1985). Posteriormente, en especial durante 1973, el tema pasó

el Presidente Salvador Allende, el Presidente del PDC. Patricio Aylwin y el Cardenal Arzobispo de Santiago, tenido lugar el día 17 de agosto, 1973», ambos en Archivo Patricio Aylwin.

a ser otro: fueron los civiles, dentro o fuera de la actividad política, quienes comenzaron a demandar definiciones más claras respecto de los uniformados, fuera para defender al gobierno —aunque este violara la Constitución y las leyes— o fuera para contradecir al Poder Ejecutivo, aunque esto pudiera pugnar con la mencionada obediencia y no deliberación. A la larga, se fue preparando el camino para que las Fuerzas Armadas resolvieran la crisis, como había ocurrido en 1891 y en 1924-1925.

El tercer elemento fue la crisis institucional o la discordia profunda sobre la vigencia y la interpretación del contenido de la Constitución Política de la República. Desde siempre han existido diferencias sobre determinados aspectos de la institucionalidad y, de hecho, los tres últimos gobernantes —Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende— propusieron reformas profundas a la Constitución. Sin embargo, durante la UP confluyeron dos aspectos. El primero fue que la diferencia era mucho más profunda entre el régimen político vigente y el programa de construcción del socialismo que planteaba la UP. El segundo es que el avance hacia una nueva sociedad fue mucho más rápido en sólo tres años de gobierno, más revolucionario, en un contexto en que el gobierno carecía de mayorías en las dos cámaras y había recibido una camisa de fuerza que no se mostró dispuesto a respetar: el Estatuto de Garantías Democráticas. A la larga, el problema se tornó insoluble por las vías legales y la crisis no hizo sino crecer. Resulta paradigmático, sólo para efectos de comprender el extremo al que habían llegado las posiciones que, entre el 22 y el 24 de agosto, la Cámara de Diputados acusó al gobierno de violar la Constitución y las leyes con el objetivo de obtener el poder total, para destruir la democracia y el estado de derecho; el presidente Allende contestó que nunca en la historia de Chile había existido un gobierno más democrático que el suyo. Adicionalmente, la Cámara señaló una serie de aspectos por los cuales se había violado la institucionalidad, en tanto el gobernante sostuvo que la mayoría opositora quería cambiar de hecho el régimen presidencial vigente por uno de carácter parlamentario. En tal escenario, era prácticamente imposible resolver la crisis ante la profunda diferencia existente sobre los hechos y la interpretación de la situación que vivía el país.

El cuarto elemento se refiere a esto último: quiebre, decadencia y descomposición del concepto de democracia y su significado histórico y político. Si la democracia significaba algo

en Occidente, en el Chile de 1973, estaba en discusión su contenido de fondo y sus aplicaciones prácticas. A ello se sumaba, como tema central, la pérdida de lealtad hacia la tradicional democracia chilena. Esto permitía generar en algunos actores la convicción, a medida que pasaba el tiempo, que una intervención militar —así estableciera una dictadura— tendría el valor de terminar con el régimen marxista en Chile (pensamiento de la derecha y de amplios sectores del mundo demócratacristiano). Como contraparte, otros pensaban que el camino hacia el socialismo era irreversible, aunque no existieran las mayorías democráticas para avanzar en esta dirección que, por lo demás, se estimaba terminaría en una dictadura del proletariado. Como se ve, el gran perdedor era la democracia, que parecía perdida, desaparecida o degradada incluso antes del 11 de septiembre¹⁶.

El quinto factor fue la irrupción de la violencia política fáctica, así como del riesgo repetido hasta la saciedad de que estallara una guerra civil en el país. En el gobierno de la UP, la violencia, las acciones terroristas y vías de hecho se convirtieron en un modo de hacer política que, en realidad, podía poner en riesgo a cualquier democracia que coexistiera con aquella realidad. A la larga, la tesis de que el enfrentamiento era inevitable comenzó a imponerse en sectores amplios de la izquierda y, desde luego, en aquellos amplios sectores de oposición que progresivamente esperaron o pidieron una intervención militar. A la larga el temor a la guerra civil sería muy relevante para la intervención militar, en la forma como se dio, más todavía considerando el gran temor de las Fuerzas Armadas a que se produjera una división dentro de ellas. Por su parte, aunque el golpe de Estado no fuera inevitable, es un hecho que las alternativas democráticas, pacíficas o institucionales al conflicto político fueron fracasando una tras otra.

Finalmente, podemos mencionar también una cuestión a la que no siempre se presta la atención que merece: me refiero a la viabilidad histórica de la vía chilena al socialismo ¿Era posible transitar al socialismo como lo proponía el programa de gobierno de la UP y como repitió el presidente Allende en aquellos años? Sergio Bitar, con buenos argumentos, ha señalado que la fórmula era viable, pero se fue tornando inviable. Sin embargo, si

¹⁶ Un estudio valioso y bien documentado sobre el concepto de democracia en aquellos años por D. Hurtado (2019).

recurrir al propio gobernante, nos encontramos con una contradicción entre la ideología y los hechos. A juicio de Allende —citando a Engels—, era posible pasar de la vieja sociedad a la nueva en aquellas sociedades en que la mayoría de la nación y del órgano representativo eran favorables a dicha opción. Y, luego, afirmaba: «Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels» (Allende, 1970). Si bien Allende mostraba conocer bien a Engels, no se puede decir lo mismo de su análisis para el caso chileno: ni el 5 de noviembre, cuando pronunció tal discurso, ni en 1973 —por ejemplo, después de las elecciones de marzo— el gobierno pudo contar con una mayoría social o política que le permitiera construir el socialismo en Chile. Esto no tiene que ver con el mérito de la propuesta, con la pugna entre vía chilena y vía armada, con los errores del gobierno o las intransigencias de la oposición: tiene que ver, simplemente, con la realidad. Y, en la vida real, Allende y la UP no tuvieron mayoría social ni mayoría parlamentaria para avanzar al socialismo en pluralismo, democracia y libertad. Y esta contradicción, en el Chile de 1973, fue una de las causas de la crisis final.

Hemos dicho que el 11 de septiembre de 1973 no era inevitable, aunque me parece que se trata de una discusión ociosa, frente a la realidad de los hechos y el fracaso de las alternativas. Vale la pena citar una reflexión de Patricio Aylwin, que contiene en sí misma las grandes contradicciones que vivió Chile en aquellos años: «Sigo pensando, como entonces, que la democracia habría podido salvarse. Pero para ello era indispensable una importante dosis de racionalidad, que no existía» (Aylwin, 2023, p. 730). En otras palabras, no pudo salvarse, precisamente porque faltaba la condición indispensable fijada por el presidente del Partido de la Democracia Cristiana: la racionalidad.

Así, se acabó una de las democracias más prestigiosas y de larga duración, no sólo en América Latina, sino también en el hemisferio occidental.

Referencias

- Allende, S.** (1970). Primer Discurso después de Haber Asumido el Gobierno (5 de noviembre, 1970). En V. Farías, *La Izquierda Chilena (1969-1973)* (471-480). Centro de Estudios Públicos.
- Arancibia, P.** (2001). *Los Orígenes de la Violencia Política en Chile, 1960-1973*. Libertad y Desarrollo — CIDOC Universidad Finis Terrae.
- Ahumada, J.** (1966). *La Crisis Integral de Chile*. Editorial Universitaria.
- Altamirano, C.** (1977). *Dialéctica de una Derrota*. Siglo XXI Editores.
- Aylwin, P.** (2023). *La Experiencia Política de la Unidad Popular*. Debate.
- Bitar, S.** (2017). *El Gobierno de Allende. Chile 1970-1973*. Pehuén.
- Fernandois, J.** (2019). *La Revolución Inconclusa. La Izquierda Chilena y el Gobierno de la Unidad Popular*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Casals, M.** (2023). *Contrarrevolución, Colaboracionismo y Protesta. La Clase Media Chilena y la Dictadura Militar*. Fondo de Cultura Económica.
- Garay, C.** (2014). *Entre la Espada y la Pared. Allende y los Militares 1970-1973*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Garcés, J.** (1990). *Allende y la Experiencia Chilena*. Ediciones BAT.
- Guevara, E.** (2006). Crear Dos, Tres... Muchos Vietnam Es la Consigna. En E. Guevara, *Obras Completas* (295-306). Editorial Solar.
- Harmer, T.** (2013). *Allende y la Guerra Fría Norteamericana*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Hurtado, D.** (2019). *Las Palabras No Se las Lleva el Viento. Lenguajes Políticos y Democracia durante el Gobierno de la Unidad Popular (1970-1973)*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Morales, F. J.** (2023). *Historia de la Violencia Política durante la Unidad Popular. Actores, Coyunturas, Discursos (1970-1973)*. Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile — Fondo de Cultura Económica — Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Pinto, A.** (1959). *Chile, un Caso de Desarrollo Frustrado*. Editorial Universitaria.
- Power, M.** (2003). Anti-Allende Women and the 1973 Military Coup in Chile. *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 2 (2), 33-58.

- Power, M.** (2008). *La Mujer de Derecha. El Poder Femenino y la Lucha contra Salvador Allende 1964-1973*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Prats, C.** (1985). *Testimonio de un Soldado*. Pehuén.
- Quiroga, P.** (2016). *La Dignidad de América. El Retorno Histórico a Salvador Allende*. Ediciones Escaparate.
- Rojas, G.** (2003). 11 de Septiembre de 1973. Los Militares Terminaron lo que los Civiles Comenzaron. *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 2 (2), 85-96.
- Sáenz, O.** (2017). *Testigo Privilegiado*. Arcus.
- San Francisco, A., (director), Castro J. M., Cortés M., Duchens, M., Larios, G., y Soto, A.** (2018). *Historia de Chile 1960-2010. El Gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970)*, t. III. Centro de Extensión y Estudios Universidad San Sebastián — CEUSS.
- San Francisco, A., (director), Castro J. M., Cortés M., Duchens, M., Larios, G., y Soto, A.** (2019). *Historia de Chile 1960-2010. Las Vías Chilenas al Socialismo. El Gobierno de Salvador Allende (1970-1973)*, I Parte, t. V. Centro de Extensión y Estudios Universidad San Sebastián — CEUSS.
- Sepúlveda, A.** (2020). *La Unidad Popular. Los Mil Días de Salvador Allende y la Vía Chilena al Socialismo*. Editorial Sudamericana.
- Touraine, A.** (2020). *Vida y Muerte del Chile Popular*. Editorial USACH.
- Valenzuela, A.** (2013). *El Quiebre de la Democracia en Chile*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Verdugo, P.** (2013). *Allende. Cómo la Casa Blanca Provocó su Muerte*. Catalonia.

60 AÑOS

KARLA RUBILAR

Magíster en Salud Pública de Universidad de Chile.

Médica Cirujana, Universidad de Santiago de Chile.

Exdiputada y exministra Secretaría General de Gobierno y de Desarrollo Social y Familia.

Si nos detenemos y hacemos memoria, cuando se cumplieron 30 años del Golpe de Estado el ambiente hacía pensar que, pese a las tensiones, nos estábamos poniendo de acuerdo. Además de la apertura de la puerta de Morandé 80, el presidente a la sazón Ricardo Lagos manejó la situación con la izquierda y no hizo alarde por la ausencia de Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI) en el acto de conmemoración en La Moneda. A cambio, ambos partidos hicieron declaraciones públicas condenando las violaciones a los derechos humanos. El Ejército habló del «Nunca más» y en la Armada, por primera vez, viajaron juntos marinos y exprisioneros políticos a Isla Dawson.

Para los 40 años, seguimos avanzando. Por primera vez, la derecha había llegado a La Moneda en 2010 con Sebastián Piñera, opositor a Pinochet. Habló de los cómplices pasivos (pese a los costos que le significó dentro del sector) y anunció el cierre definitivo del penal Cordillera y el traslado de los condenados a Punta Peuco. La derecha crecía hacia el centro, con dos proyectos políticos (partidos Amplitud y Evolución Política) que, en sus principios fundacionales, defendían la libertad, condenaban la dictadura de Pinochet y las violaciones a los derechos humanos.

Hasta hace un año parecíamos bien encaminados. Después de la polarización del estallido social, los resultados del plebiscito en que el rechazo se impuso contundentemente hicieron pronosticar que volveríamos a la moderación y que aquel centro político nuevamente podría germinar.

Pero algo pasó. Algo se quebró y hoy, a 50 años del golpe, salvo la histórica declaración transversal del Senado que posteriormente el Partido Comunista (PC) desconoció, las reacciones del mundo político nos muestran un retroceso que debe preocuparnos a todos.

Nuestra incapacidad está condenando a las nuevas generaciones a 50 años de pasado en vez de futuro.

Basta mirar el debate político para darse cuenta de que, en vez de seguir avanzando, retrocedimos. Era responsabilidad de quien gobierna, de ocupar la enorme oportunidad que le daba la historia al único presidente que no había nacido para 1973, para reflexionar acerca de las responsabilidades de los propios tal como lo había hecho el presidente Piñera diez años atrás. Cuestionar la validación de la vía armada y la violencia como forma de llegar y mantener el poder y, con ello, dar un paso más a lograr al fin un consenso básico desde los errores de unos y otros que permitieron quebrar nuestra democracia. No obstante, la polarización se tomó el clima del debate y lo que, hasta hace unos años, era consenso, ahora se relativizó. Y, una vez más, vimos cómo la violencia se justificó dependiendo de si convenía políticamente o no.

En este contexto, a nadie podría extrañarle lo que nos dicen las diferentes encuestas: a una importante mayoría de chilenas y chilenos el tema no les interesa. Puesto que, claro, lo que ven les es ajeno en medio de sus angustias del presente: ven sólo peleas sin sentido. Esto finalmente nos hizo perder la tremenda oportunidad de establecer la importancia de la memoria para no repetir los errores del pasado y, con ello, lamentablemente esta fecha se convirtió en un fracaso político.

De nosotros depende que lleguemos a los 60 años con un país más dialogante, donde seamos capaces de reflexionar en serio, sin pasiones, sin extremismos ni fanatismos, sobre lo que hemos construido y hacia dónde queremos ir. Es decir, donde firmar una declaración de que la democracia se defiende con más democracia, los derechos humanos son intran-sables y la violencia nunca es el camino, en fin, sean un mínimo acuerdo de un Chile que realmente quiere sanar. Mi compromiso es contribuir a que, en la próxima década, los *nunca más* de todas y todos, chilenas y chilenos, esta vez sí sean posibles.

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973. DOS CARAS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

JAIME CASTILLO

Licenciado en Derecho, Universidad de Chile.

Exministro de Tierras y Colonización y de Justicia.

*Algo que ha contribuido y sigue contribuyendo a la dificultad para entender el golpe militar de 1973 y, por lo mismo, conciliar diversas opiniones, es el hecho de que este se ofreció a la opinión pública bajo un doble aspecto.

Por una parte, las proclamas de la Junta Militar, según las cuales la tarea que se habían impuesto era la de restablecer la Constitución de 1925. Ocurría, en verdad, una grave disputa constitucional entre el Gobierno Allende y la Oposición¹: esta última había formulado críticas a la forma como el Gobierno había cumplido las disposiciones de la Constitución. El tema fue precisa y crudamente señalado en el discutido Informe de la Cámara de Diputados, en que se exigía al Presidente Allende y a sus ministros militares que pusieran término a una serie de infracciones de ese tipo. Por lo demás, una cantidad de instituciones sociales habían estado presentando la misma queja.

Conviene recordar que el citado acuerdo de la Cámara no fue en absoluto —como se dijo por los militares golpistas— una ilegitimación del Gobierno.

Solamente se señalaban las supuestas o reales infracciones y se pedía que se pusiera atajo a ese hecho. Mas, la interpretación del documento no iba a ser sencilla ni unánime, dado el apasionamiento del momento.

El acuerdo dejaba flotar la idea de que el Gobierno estaba al borde de la ilegalidad. Así pues, dado el golpe, la Junta Militar apareció diciendo, con todo el poder de las armas y la imposibilidad consecutiva de refutarla o aclararla, que el movimiento se proponía restablecer la Constitución, violada por el Gobierno depuesto. Para una gran parte de la ciudadanía quedaba con eso demostrado. Ellos estaban precisamente reclamando lo mismo. A lo

* El presente ensayo es un artículo publicado con dicho título en la revista *Política y Espíritu* en 1994, pp. 27-31. El original se encuentra en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Chile.

¹ Se respetó el uso de mayúsculas, exclamaciones y barbarismos aparecidos en el original.

dicho se agregaba que, dada la tradición chilena, se hacía difícil pensar que se iba a establecer una dictadura por parte de las Fuerzas Armadas. Restablecer la Constitución no era pues un objetivo ilícito y podía ser explicado por la ausencia de una solución mejor. Ellos adherían pues al golpe en la suposición de que no sería el trance ni muy duro ni muy largo ¡El peligro de dictadura era precisamente lo que se había conjurado!

Por desgracia, esto no era toda la verdad y tampoco era verdadero en parte. Junto con tomar el poder, a la sombra de esa imagen, el nuevo Gobierno formuló una declaración cuyos alcances no fueron vistos en ese momento, salvo como una declaración doctrinaria. Sostuvo también que se imponía la tarea de «extirpar el cáncer marxista». Se ha dicho ya que la división en materia de opiniones ideológicas era muy fuerte. Para muchos, en ese momento, marxismo significaba comunismo y comunismo era una dictadura feroz, con destrucción de los valores patrios. Extirpar el cáncer marxista significaba pues recuperar el sentido de la libertad y de la chilenidad. Por cierto, las cosas eran inmensamente distintas. Comenzó una persecución de todo individuo con simpatías por el Gobierno caído y, en particular, de aquellos que habían sido dirigentes o funcionarios. La Constitución fue suspendida y las instituciones dejaron de funcionar. La única autoridad fue el Mando Militar y este no sólo se basaba en el derecho, sino que además se creía involucrado en una guerra irregular, la cual no tenía reglas. Una buena cantidad de gente no estaba preparada para interpretar los hechos cabalmente. No podían retroceder en sus opiniones iniciales y otros no tenían interés en hacerlo. No era fácil imaginar que el tradicional Ejército constitucionalista chileno se hubiese convertido en una fuerza sin Dios ni ley. Para entender que Chile no se hallaba bajo un sistema constitucional sino en una dictadura y que esta se hallaba participando en una campaña de exterminio o de extirpación, como se quiera decir, debía pasar tiempo.

Este doble aspecto del régimen militar se mantuvo siempre y aún hoy día es puesto a la luz a cada paso. Es la razón por la cual las discrepancias se mantienen. Para unos, el golpe militar no fue sino el restablecimiento del orden constitucional; para los otros, no fue sino una tiranía.

Si unos comprendieran que el Gobierno Allende alcanzó una crisis casi insostenible, en gran parte por sus errores, y los otros, asimismo, aceptasen que el régimen militar, al

incurrir en una masiva violación de los derechos humanos, desmintió el halo constitucional del cual quiso rodearse, sería mucho más fácil que unos y otros se pusieran de acuerdo en que debe hacerse justicia y también que es posible perdonar y reconciliarse.

Algo que Se Debe Meditar

Creo necesario comentar las declaraciones formuladas por el general Augusto Pinochet en la edición de la revista Caras del 6 de septiembre, parte de las cuales cito a continuación: «mire, nosotros hemos preguntado al interior de la institución y nadie sabe nada ¿Por qué razón? Porque allí un organismo aparte, así estaba estipulado. Con gente nuestra, gente preparada en materia de inteligencia, pero que no pasaba esa información, porque los servicios de inteligencia son servicios autónomos (...) no le van a decir nunca la fuente. Si lo hicieran, se pierde la confiabilidad hacia el hombre que da la información y eso es lo que la gente no entiende, como tampoco entienden que hubo una guerra irregular». Notemos de inmediato que el problema no consiste en saber cómo los servicios policiales recogen la información que les es necesaria. La pregunta formulada se refería a los asesinatos y desapariciones de personas. Se hablaba de política, es decir, de cómo el régimen militar, en 1973, concibió y llevó adelante la gran operación de gobernar al país después de haber derrocado por la fuerza de las armas al gobierno anterior. Desviar el tema hacia la relación de un servicio de inteligencia con sus informantes parece ser sólo un modo de esquivar el problema. El problema sigue pues a la vista.

¿Es entonces aceptable la afirmación de que los servicios de inteligencia son autónomos? ¿Operó así el régimen presidido por el general Pinochet?

No son autónomos ni pueden jamás serlo. Sería un desgobierno absoluto, porque la función de seguridad se regirá directamente a la forma cómo se ejerce el poder. A fin de evitar tales autonomías se establecen y protegen los derechos de las personas y de los grupos sociales. Y también se distribuye el poder entre las autoridades del Estado. Ello es más obvio en el caso de un gobierno que se define como autoritario y jerárquico, y que, además, se origina en el derrumbamiento por la fuerza del régimen anterior.

De hecho, según los decretos leyes 521 y 527, la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) dependía directa y exclusivamente del Presidente de la República. No había ninguna autonomía formal. Si la hubiese, de hecho, sería una falla descomunal para el sistema, porque el presidente puede ignorar los detalles, pero, en ningún caso, la circunstancia de que su servicio de seguridad sea absolutamente ineficaz o se convierta en un instrumento de criminalidad.

Hay algo todavía más grave en este asunto. Se observa que el autor de las declaraciones está vinculando la susodicha autonomía de los servicios de seguridad con lo que llama «guerra irregular», donde se asesina por la espalda y no se respetan las leyes de la guerra. Supongamos, por un momento, que efectivamente la hubo ¿Quiere esto decir que las Fuerzas Armadas de un país van a proceder de la misma manera que los terroristas subversivos? ¿Van también, por su parte, a violar todas las normas, los derechos, aquello que forma su honor profesional?

No es así: una sociedad civilizada no lo permite y, si lo hace, no puede justificar sus propios crímenes por los crímenes de otros. Cualquiera será la realidad de brutalidades imputadas a los enemigos del régimen militar chileno, el argumento no es válido si, con su ayuda, se pretende excusar las que hayan cometidos los sectores uniformados.

Todavía más: si expresamente se vincula la autonomía de los servicios con la guerra irregular y esto se aplica a la situación chilena ¿No está diciendo a gritos que justamente dicha autonomía fue, en la práctica y acaso en la doctrina, un modo de autorizar la guerra irregular también como método de las Fuerzas Armadas mismas? ¿No sería esto una abierta o encubierta confusión de que la DINA y otros servicios de seguridad tuvieron a su cargo, precisamente esa tarea? Y si esto fue contemplado como una posibilidad ¿No aparece claro que tal autonomía no fue nunca una verdad, sino una pantalla?

Lo que hemos dicho no es más que una deducción lógica de las premisas señaladas en la entrevista a que se hace mención.

¡Cuán necesario es que se esclarezcan estas cosas!

Sobre la Interpretación del 11 de Septiembre

Dos declaraciones recientes incitan a volver sobre el tema de lo que fue el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Una es del general Augusto: «yo diría a la Concertación que se acordara de lo que pasó antes del 11 de septiembre». La otra es del almirante José Toribio Merino, quien expresó: «estamos vivos gracias al 11».

Se observa que ambas declaraciones apuntan a un mismo objetivo. Se trata de justificar el pronunciamiento militar mediante la tesis de que la causa explicativa del golpe y de sus consecuencias radica en el desgobierno de la Unidad Popular y en la tragedia de muerte y sufrimiento que habría venido si no hubiese sido por la decisión de los comandantes en jefe. El fondo de la argumentación reside en que la inmensa mayoría del país pedía la intervención militar. Esta última fue, se dice, producto de un clamor nacional que veía en el gobierno de Salvador Allende la intención de establecer un régimen comunista el cual, a su vez, no podía ser sino una matanza generalizada. La rebelión militar habría sido, entonces, una necesidad histórica. Estábamos en un dilema: o caer en el horror del comunismo o volver a las raíces profundas de Chile. No había, pues, un punto intermedio. Las Fuerzas Armadas habrían interpretado esa circunstancia y, por lo mismo, habrían actuado en nombre del país.

No es, sin embargo, nuestra opinión. Existía, por cierto, un feroz antagonismo político entre el gobierno y la oposición. Ello se desarrollaba ante la opinión pública, en el Parlamento y en la prensa. Mas, así como había tendencias dentro del gobierno, la oposición estaba dividida sobre conceptos y estrategias. Muchos allendistas se oponían a las tácticas y propósitos de la extrema izquierda. El Partido Comunista y el MIR discrepaban entre sí. Por su parte, los demócratacristianos tenían una estrategia diferente a la de los partidos de derecha. Coincidían en opiniones y actos públicos de protesta, pero no en los métodos. Apreciaban cautelosamente las acusaciones contra los ministros de Estado y estaban en permanente búsqueda de acuerdos parlamentarios sobre los problemas del país. La unidad electoral, pactada posteriormente entre los partidos opositores, fue una mera consecuencia del hecho de que los gobiernistas y la derecha votaron, contra la Democracia Cristiana, una ley que, de hecho, involucraba la formación de dos bloques electorales.

A pesar de la barahúnda revolucionarista, de los extremismos preventivamente armados, de los discursos y polémicas de los fascismos y antifascismos, comunismos y anticomunismos, había en el país una opinión democrática que no quería violencia, ni golpe de Estado, ni fracciones combatientes, ni Fuerzas Armadas dispuestas a tomar el poder.

Personeros como el Cardenal Raúl Silva Henríquez, como el senador Patricio Aylwin, como el ministro del Interior Carlos Briones, buscaron la conciliación hasta el fin. A esto se oponían los extremos de la izquierda y derecha. Unos y otros combatían por una guerra que no estaban capacitados para llevar adelante. Eran posiciones en que el odio ideológico y el romanticismo político se unían para alimentar los falsos heroísmos. No había base política, social o militar para ello.

En calidad de abogado, conocí los procesos seguidos más tarde contra el MIR. Los fiscales militares, en sus requisitorias, escasamente hallaban episodios de verdaderos combates. Cuando los miristas eran descubiertos, se defendían quizás disparando, pero casi siempre en huida. Sabemos bien que no había guerra, sólo persecución. No actuaban dos ejércitos en batalla.

Sin duda nadie podía predecir lo que iba a pasar. Por lo mismo, nadie tiene derecho a decir que inevitablemente la intervención militar constituía la única salida. Los hechos posteriores muestran con extrema claridad que las Fuerzas Armadas no encontraron resistencia alguna. Quiriendo o no queriéndolo, el allendismo no estaba preparado para una guerra ni para una revolución armada, ni para un estado totalitario futuro. Ni tampoco lo pretendía.

Más allá de los discursos, de las tesis sobre el marxismo o el comunismo, de las revanchas sociales, las interpretaciones altruistas y la fiebre de aparecer, unos y otros, guardando armas y preparándose para un supuesto ataque del adversario (¡cuántos cada noche se levantaban para hacerlo, después de recibir un llamado de alerta!), no había nada efectivo. Se puede decir que el régimen de Salvador Allende no tenía un porvenir político como el que había previsto, pero sería erróneo agregar que sólo un golpe militar solucionaba las dificultades.

La verdad, a nuestro juicio, está en que las altas autoridades militares (muy afectadas por aquello de que las mujeres de derecha les tiraban maíz en las puertas de los regimientos)

atribuyeron al país entero sus propias interpretaciones políticas, las cuales sólo correspondían también a los sectores más conservadores. Hicieron de esta plataforma una convicción nacional y procedieron en consecuencia.

LA GEOPOLÍTICA DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE Y LA DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO REPUBLICANO

JOAN GARCÉS

Doctor en Ciencias Políticas, Universidad La Sorbona e Instituto de Estudios Políticos de París.

Licenciado en Derecho, Universidad Complutense de Madrid.

Exasesor político de Salvador Allende.

*El día anterior y la noche del 10 al 11 de septiembre yo había estado participando junto con el ministro de Defensa Letelier, el ministro de Interior Carlos Briones, el director de Televisión Nacional Augusto Olivares y el presidente Allende, en la preparación de un mensaje al país que iba a dirigir desde la Universidad Técnica del Estado, donde iba a exponer la situación en la que se encontraba el país y las medidas para enfrentarla tanto del punto de vista económico como del punto de vista político. En lo económico iba a presentar el Plan en el que había estado trabajando Gonzalo Martner García, ministro de planificación, y Pedro Vuskovic¹. En lo político, iba a abrir las urnas para que los ciudadanos pacífica y democráticamente pudieran escoger el camino que ofrecía el Ejecutivo, el Gobierno, y el que le ofrecía la oposición desde el Parlamento.

La Salida Política

Aquel proyecto que iba a proponer la adecuación de la estructura del Estado, las instituciones del Estado, a la realidad social y económica y a la dinámica que se estaba viviendo, a través de un proyecto de nueva Constitución. Dicho discurso no tuvo lugar, porque el golpe

* Intervención de Joan E. Garcés en la presentación del libro *Pagaré con mi Vida la Lealtad del Pueblo* por Gonzalo Martner, realizada en la Universidad de Santiago de Chile (ex-Universidad Técnica del Estado) el 4 de septiembre, 2023.

¹ Pedro Vuskovic Bravo (1924-1993) fue ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción de 1970 a 1972 y vicepresidente ejecutivo de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) de 1972 hasta el golpe [N., de la E].

que está previsto en principio para el día 14, se adelantó a fin de evitar precisamente que el país conociera que había una salida política.

Ustedes quizá se hayan preguntado, si han leído la desclasificación de los diarios de la CIA al presidente de Estados Unidos del día 8 de septiembre y 11 de septiembre de 1973. Peter Kornbluh, quien ha publicado un libro sobre los documentos desclasificados de la CIA, se pregunta ¿Por qué esas dos comunicaciones han estado en secreto absoluto durante cincuenta años y solamente ahora lo comunican ahora a petición expresa del Gobierno, del Parlamento de Chile? Pues bien, yo también me formulo la misma pregunta y creo tener la respuesta: por una pequeña frase que hay en la comunicación del día 8 de septiembre de 1973, cuando expone que hay un acuerdo para llevar adelante un golpe militar de manera inmediata y termina la comunicación diciendo: el Presidente Allende es partidario de una solución política. Esa pequeña frase, creo yo, es la razón por la cual han mantenido el secreto ¿Por qué? Porque dentro de la dinámica golpista —que ha sido ya descrita— la idea de que había un caos y este era necesariamente una espiral que llevaba a un choque, a una confrontación o a un enfrentamiento —como se decía en el lenguaje de la época— tenía una barrera: el Presidente Allende.

Aquella barrera se mantuvo hasta el final, pero chocaba con toda la preparación psicológica hacia el golpe, a través de la campaña mediática de desestabilización encabezada por El Mercurio. Sobre todo, a partir del 11 de septiembre, se lanzó dentro del país y fuera del país toda una imagen de que en Chile —como dijo en sus Memorias, publicadas en 1974, Kissinger— Allende preparaba un golpe militar. Evidentemente, la comunicación del 8 de septiembre desbarata el fundamento de esa campaña mediática usada por toda la propaganda norteamericana y de sus aliados por el mundo.

Dentro de Chile, el llamado Plan Zeta, por el cual centenares y miles de chilenos fueron torturados, algunos (¡muchos!) hasta la muerte. Partiendo por la publicación, en El Mercurio, de listas de personas que iban a ser asesinadas por el gobierno de Allende: empezando por una imagen, una escena, un almuerzo que el Presidente iba a organizar con todos los jefes militares; en un momento determinado, el Presidente salía del almuerzo y esto era señal para que asesinaran a todos los militares ahí reunidos —los medios de comunicación

que, en aquel momento, se publicaban fueron El Mercurio y La Tercera (según el Bando N°12 de la Junta Militar para el 12 de septiembre). Este era alguno de los elementos del Plan Zeta. Pues bien, la comunicación del 8 de septiembre demuestra precisamente lo contrario: la posición del Presidente era una solución política.

Consecuencias en Derechos del Golpe y la Destrucción del Ejército Republicano

Se ha dicho efectivamente —y yo lo observo desde la distancia— de cómo el debate que está en curso en Chile (no solamente en la derecha sino también en parte de la izquierda) habla de las consecuencias del golpe desde el punto de vista de los derechos, digamos, humanos de primera generación: el derecho a la vida y el derecho a la integridad. No hablan prácticamente nada de los derechos humanos de segunda generación que son los que se estaban poniendo en práctica en el gobierno de Allende, es decir, los derechos sociales y económicos. Fueron sistemáticamente desconocidos y destruidos en lo que se había avanzado durante la dictadura militar. De hecho, los derechos de segunda generación que todavía hoy están sufriendo en Chile de manera aguda.

Se silencia igualmente toda la dinámica anterior al 11 de septiembre que está buscando precisamente crear la atmósfera psicológica para justificar lo injustificable. Y, sin embargo, cincuenta años después, hay dos constataciones que hacer. Primera, dentro de Chile, lo que se sabe de la conspiración para provocar el «caos» como precipitante o justificante de una insurrección militar, lo que se conoce viene sustancialmente de afuera. En Chile, se sufrió las consecuencias, pero las claves o la información básica las han proporcionado los sectores del Partido Demócrata de Estados Unidos que, desde el ejecutivo (Clinton y Obama, en particular) o el Parlamento (la Comisión Church o la Enmienda Hinchey del año 2000), han ido deshilvanando y haciendo público el motor de la dinámica hacia el colapso del Estado democrático de Chile que empieza en el año '70, antes de que el Presidente Allende haya asumido la presidencia y, en particular, la destrucción del Ejército, el Ejército republicano de Chile.

Es un Ejército que, desde su fundación histórica de comienzos del siglo XIX, tenía en su constitución y en su práctica que nadie podía ser nombrado coronel, con capacidad de

mandar en un regimiento, o capitán de navío, con capacidad para mandar a un buque de guerra, si previamente no contaba con el visto bueno de un órgano representativo de la soberanía popular y nacional (que era el Senado)². Esta norma estaba vigente hasta el año 73. Y otra norma, igualmente vigente en todas las Constituciones, es que nadie podía ser general o almirante si no era por nombramiento del jefe del Estado. Esta facultad estaba presente en las Constituciones hasta el año 73. Hoy han desaparecido. En este sentido, hoy siguen desaparecidas: los mandos hasta coronel y general se promueven dentro de la propia jerarquía militar y el Presidente no tiene la facultad de destituir a un general o un almirante si no es con previo acuerdo del Senado, cosa que es prácticamente inviable³.

Por esto, digo que, desde el año 70, se lanza aquel ataque al Ejército republicano que se focaliza en el aislamiento, el desbordamiento de la oficialidad democrática, constitucionalista —como se decía en aquella época. Quiero ser enfático: si Allende asume la presidencia y el gobierno se prolonga durante tres años es porque realmente existía dentro de las Fuerzas Armadas dicha oficialidad. Había elementos conspiradores y elementos de extrema derecha, conservadores y golpistas: siempre los ha habido; en el Ejército de Chile también, indudablemente: ahí estaba Viaux en el año 69 y ahí estaba Ariosto en el gobierno de Aguirre Cerda. No obstante, la jerarquía institucional del Ejército, en particular, era capaz de soportar a esos soldados perdidos que entraban en la dinámica conspiradora. Y todavía en el año 1973 había oficiales demócratas y constitucionalistas en las tres ramas de las Fuerzas Armadas y en Carabineros.

² El autor puede referirse al N°9 del art. 82 en la Constitución Política de 1833: «proveer los demás empleos civiles i militares, procediendo con acuerdo del Senado, i en el receso de este, con el de la Comisión Conservadora, para conferir los empleos o grados de coroneles, capitanes de navíos i demás oficiales superiores del Ejército i Armada. En el campo de batalla podrá conferir estos empleos militares superiores por sí solo». Este precepto, incluyendo el acuerdo del Senado sin la Comisión Conservadora, se mantuvo en la Constitución de 1925, en el N°7 del art. 72 [N., de la E].

³ En la Constitución Política vigente, la figura de coroneles o capitanes de navío desaparece como ámbito especial taxativamente normado. En su lugar, se atribuye «especialmente» al Presidente de la República lo siguiente: «designar y remover a los Comandantes en Jefe del Ejército, de la Armada, de la Fuerza Aérea y al General Director en conformidad al artículo 104, y disponer los nombramientos, ascensos y retiros de los Oficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros en la forma que señala el artículo 105» (N°16, art. 32). En dichos artículos, la única mención al órgano legislativo es la siguiente: «El Presidente de la República, mediante decreto fundado e informando previamente a la Cámara de Diputados y al Senado, podrá llamar a retiro a los Comandantes en Jefe del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea y al General Director de Carabineros, en su caso, antes de completar su período respectivo» [N., de la E].

Recordaré que el Comandante en Jefe de la Marina fue leal al gobierno hasta el último día. Recordaré que el director general de Carabineros y su número dos del general, Urrutia, estaban conmigo dentro del Palacio de La Moneda. Recordaré que había generales que comandaban las tropas de Santiago hasta la tercera semana de agosto que eran constitucionalistas igualmente. Recordaré a los generales y capitanes de la Fuerza Aérea torturados en la Academia de Guerra precisamente por ser constitucionalistas. Y no me cabe duda de que muchos más, porque si se observa la dinámica del 11 de septiembre a las 8.30 el primer bando —y yo escuché por una radio portátil que llevaba y que comuniqué al Presidente su contenido— lo firmaba un autoproclamado Comandante en Jefe de la Marina; es decir, es la primera vez en la historia de Chile que se supo que un subordinado derroca al Comandante en Jefe de la Marina de Guerra. Y piden al Señor Presidente de la República que ceda su legitimidad —el lenguaje jurídico lo uso yo, ellos dicen que ceda su alta autoridad— a la Junta Militar. Buscaban la legitimidad fundamental, que es a lo que se negó el Presidente: la legitimidad democrática, popular y constitucional Allende no se la cedió a los sublevados.

Esto es a las 8.30 de la mañana. Es, después de dos horas de combate, cuando por primera vez se oye por grabaciones (que se conocen) cuando Pinochet da la orden de Estado de Sitio, de proclamar Estado de Sitio. Y, sin embargo ¿Cuándo se proclama el Estado de Guerra? Es el día 12. No estaba el día 11. El Estado de Guerra significa que todo soldado u oficial que incumpla una orden es susceptible de fusilamiento inmediato: consejo de guerra y ejecución. Es decir, la proclamación del Estado de Guerra va dirigida fundamentalmente a la inmovilización de lo que pudiera haber dentro de las Fuerzas Armadas de incompreensión o insatisfacción con lo que estaba pasando. Sobre todo, lo vinculo a un rumor que empezó a circular el día 12, que venía desde Buenos Aires, el cual decía que el General Prats marchaba desde Concepción al frente de tropas para sofocar el levantamiento en Santiago. Es, en este contexto, cuando se proclama el Estado de Guerra.

Pues bien, si esto está pasando el día 11 de 1973, pudo haber pasado de otra forma. De hecho, pasó en el mes de octubre del año 70 ¿Por qué fracasa el año 70 el golpe y prospera el 73? Hay que ir no solamente a los factores coyunturales o circunstanciales, sino que hay que ir también a la dimensión personal. En el golpe del 73, los servicios norteamericanos

habían cooptado, financiado y pagado al Comandante en Jefe de la Marina de Guerra, al Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, al General en Jefe de la Guarnición del Ejército en Santiago y al Director General de Carabineros: todos estaban en el golpe del año 70 y fracasó ¿Por qué? Porque el Jefe del Ejército (y en Chile no era posible un golpe de Estado sin el Ejército y este tenía una estructura vertical de mando) se opuso a seguir las órdenes que llegaban de Washington de impedir el normal funcionamiento de las instituciones ¿Y hasta cuándo duró el gobierno del Presidente Allende? Mientras hubiera al frente del Ejército un Comandante en Jefe que estuviera en coherencia con la doctrina llamada Doctrina Schneider.

Cuando uno lee la documentación, confidencial en su momento y que hoy ya es accesible, de lo que son las instrucciones que se ponían en marcha desde Washington, uno se da cuenta de que, a fines de julio e inicios de agosto del 73, el principal obstáculo para que la dinámica golpista desemboque en algo concreto es el Comandante en Jefe del Ejército, y se plantea secuestrarlo o matarlo; el problema que tengo con el precedente es lo que pasó con el general Schneider, pues esto podría fracasar. Las circunstancias fortuitas hicieron que el general Prats renunciara el día 24 de agosto y, junto con él, los dos generales clave para frustrar: el general jefe de la Segunda División con sede en Santiago y el general que comandaba los institutos militares. El propio Pinochet (en su libro lleno de mentiras) lo dice: sin estas dos dimisiones (del general Pickering y del general Sepúlveda Squella) yo no podría haber dado el golpe. Lo dice él mismo. Porque eran quienes tenían el comando directo de las tropas de Santiago. Por esto digo que es la destrucción, el colapso del Estado, la institución del Estado y sus instituciones políticas a través de la destrucción del Ejército republicano.

La Geopolítica del Peligro Socialista Chileno

El gobierno norteamericano, más precisamente el consejero de seguridad nacional de Estados Unidos, en un análisis al Presidente Nixon que lleva fecha 5 de noviembre de 1970, es decir, el día siguiente a la toma de posesión del Presidente Allende, dice que el comienzo del gobierno de Allende, su eventual consolidación, amenaza el balance de las potencias

mundiales, el equilibrio mundial; y podía significar, por su efecto de irradiación sobre todo en Europa occidental y, particularmente, en países de la OTAN (como Italia y Francia), cambiar la situación geopolítica del mundo. Esto parece hoy extravagante, hoy, pero en aquel momento no.

En aquel momento no, porque a Santiago vino François Mitterrand, el líder de los socialistas franceses y después Presidente de la República, en el año 71, a estudiar cómo Allende había llegado al gobierno y cómo se estaba manteniendo el gobierno. En Italia, bueno, se hablaba de «spaghetti de la salsa chilena»: se seguía el procedimiento en Chile de una forma tan estrecha que llamaba la atención como algo muy peligroso para Estados Unidos.

¿Por qué era así? Vine de París el año 68 y defendí mi tesis día 7 de junio del año 70 con una conclusión que llamaba la atención a todo el mundo y nadie compartía: Allende ganaba las elecciones. Estaba convencido de que era la gran posibilidad cual podía aportar el proceso chileno. Recuerdo que me incorporé a la campaña del Presidente el día 15 de julio, a su equipo personal, y conversaba y compartía trabajo con los representantes de los partidos políticos junto con el candidato. El Partido Comunista tenía como representante en ese momento al entonces diputado Orlando Millas. Recuerdo un día, en la preparación de una intervención del candidato, que yo expuse más o menos los puntos centrales del primer mensaje del Presidente al Congreso, el 29 de mayo del año 71, bajo el nombre de vía chilena al socialismo. En la conversación estaba presente el secretario del doctor Allende, Miguel Labarca, y el diputado Millas; cuando terminé, Millas, muy respetuoso y perfectamente afectuoso, comentó: es que Chile no es el ombligo del mundo. No le había convencido de lo que estaba en juego en esa elección. Estamos hablando de agosto del año 70: tres meses después, en noviembre del 70, Kissinger en su mensaje a Nixon decía que podía amenazar los equilibrios interglobales geoestratégicos del mundo.

Los Vectores de la Destrucción del Estado Democrático de Chile: Yakarta y Brasil

Pues bien, desde el punto de vista geopolítico, lo que pasó en Chile entre el 70 y el 73, también hoy podemos ver —lo que es público y manifiesto— cuáles son los vectores que fueron puestos en marcha para conseguir destruir el Ejército constitucional de Chile y hacer colapsar el Estado democrático de Chile. El libreto está escrito, accesible y publicado: son los mecanismos que se aplicaron en el golpe contra Sukarto (en Indonesia) el año 64 y contra Goulart el año 1965.

Yakarta en los muros de Santiago. En el centro, donde yo vivía, había un eslogan que estaba en todas partes que decía: «Yakarta viene, Yakarta llega» ¿Qué significa Yakarta? Yakarta es una operación para provocar el derrocamiento del gobierno de Sukarto, líder de los países no alineados, que tiene este instrumento de acción: secuestrar a varios generales y matarlos para provocar una reacción militar de tal envergadura que propicia el derrocamiento del gobierno y, una vez producido el derrocamiento, avanzar una campaña de exterminio masivo y sistemático de los partidarios de Sukarto. Eso es Yakarta. Pues bien, el atentado contra el General Schneider, poco años después, es la adaptación a la situación de Chile de Yakarta: secuestrar al general Comandante en Jefe del Ejército y lanzar una campaña mediática a través de El Mercurio de que el responsable de ese secuestro era la extrema izquierda y provocar dentro del Ejército la reacción natural y esperable en esas circunstancias.

El segundo elemento, el segundo factor que se ha aplicado en Chile, es el que tiene relación con el derrocamiento de Goulart el año 65 en Brasil. El precipitante que usaron como excusa para el golpe fue una reunión entre el Presidente Goulart con suboficiales de la Marina y del Ejército, que el alto mando consideró una falta de respeto y un quebrantamiento de la línea jerárquica de las Fuerzas Armadas. Se observa cómo se preparó mediáticamente, en los medios (siempre aparecía El Mercurio), el que diputados de la Unidad Popular se reunieran con suboficiales de la Marina que estaban denunciando una conspiración golpista. En este sentido, pues, está presente en Chile el año 73 el precedente para justificar el levantamiento contra Goulart: solamente que el Presidente Allende lo conocía perfectísimamente el precedente. Uno de sus más íntimos amigos, el cual yo admiro mucho, era Darcy

Ribeiro, que vino a Chile, quien había sido primer ministro de Goulart precisamente, y explicó muchas veces la influencia de la reunión de Goulart con los suboficiales como pretexto para el golpe.

El segundo factor del golpe en Brasil que se traslada a Chile es la llamada operación Brother Sam. La operación Brother Sam significa que una unidad comandada por el general Filho, en el sur del país, marche sobre Río para derrocar al gobierno. Y, al temor de la división de las Fuerzas Armadas, el resto de las Fuerzas Armadas se unen y cae el gobierno. Eso es lo que pasó en Chile y se aplicó de la siguiente manera, a través de la Marina de Guerra, en este caso. La infantería de Marina tenía que marchar sobre Santiago y, a partir de ese momento, el resto de las Fuerzas Armadas, para evitar la confrontación, se sumaba al golpe. Las razones que yo sostengo para sostener esto son dos. Una, en el mes de octubre del 73, más de mes y medio después del golpe, tuve una reunión con el principal asesor de política exterior de Brezhnev, Alexandrov, quien me contó que los servicios secretos de la Unión Soviética habrían identificado, en la base naval en Panamá, que habría un golpe en Chile en el mes de junio. Esto era para muchos meses antes, cuando llegara la escuadra norteamericana a las costas de Chile so pretexto de participar en la Operación UNITAS; pero, como la escuadra no salía, finalmente se olvidaron y no le dieron mayor importancia a esa información. El segundo indicio que tengo es una conversación en el año 89 (yo vivía en Washington) con una persona del Congreso de Estados Unidos que había tenido acceso a documentación no publicada del Informe de la Comisión Church. Me decía que hay documentos que nunca se conocerán, nunca serán publicados ¿Cuáles? Precisamente, la participación de la escuadra norteamericana en el golpe de Estado. Yo dije, pues cómo, por qué. Pues bien, es precisamente la Marina la que estaba llevando adelante la punta de lanza, el lanzamiento del golpe, pero se encontraba a fines del mes de agosto con que la presión que hicieron sobre el Comandante en Jefe, el Almirante Montero, para provocar su dimisión (como habían logrado dos semanas antes con el general Prats en el Ejército). El Almirante Montero, de acuerdo con el Presidente Allende, se negó a dimitir. El problema que tenía Merino es que no quería ser el primer marino de la Marina de Guerra de Chile que se subleva contra su

superior; quería ser Comandante en Jefe en el momento en que lanzara la operación sobre Santiago. No lo lograron porque el Almirante Montero se negó a dimitir.

Voy a dar un salto y me sitúo en la fecha del 7 de septiembre. Es el momento en que ya la escuadra norteamericana está en las costas de Chile. La información proveniente de Santiago es que los almirantes van a dar el paso y el Presidente Allende envía al jefe del Ejército a Valparaíso a persuadirles para que no rompan la disciplina, no se subleven y no provoquen lo que sería el desarrollo y la consecuencia de esa sublevación. Es esa fecha, esa reunión del 7 de septiembre cuando, ya allí reunidos, Pinochet con los almirantes resuelven dar el golpe y es el 8 —esa información, mencionada con anterioridad, al Presidente Nixon— cuando ya por primera vez dicen que el golpe es inminente. De forma que ahí se va desarrollando cómo la secuencia de hechos está dirigida desde Estados Unidos y puesta en ejecución con los medios.

Leyendo un informe del día 28 de julio del año 73, confidencial en su momento, aparece quien fue jefe de Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, el Almirante Patricio Carvajal: estaba diciendo a Vilarín⁴, que era el líder de los camioneros, que no debían ponerse en paro todavía porque el Estado Mayor Conjunto preparaba un plan de las tres ramas llamado Anti-Insurreccional y, cuando estuviera listo, podrían entrar en huelga los camioneros. Ahí se ve la articulación entre el oficial golpista y la huelga de camioneros —y detrás estaba el gobierno de Estados Unidos. Pues bien, no es accidental la doblez de ese plan. Ese plan se llamó Plan Hércules. El Presidente Allende en la reunión de trabajo del 10 al 11 evocó la posibilidad de aplicar en defensa del gobierno el Plan Hércules, que era un plan Anti-Insurreccional, que fue presentado al Presidente como un plan para sofocar un eventual levantamiento como el presentado unas semanas antes, el día 29 de julio (el Tanquetazo). Hicieron el trabajo (la preparación del Plan Anti-Insurreccional): solamente que, al momento de aplicarlo, en vez de dirigirlo frente a los insurrectos, lo dirigieron contra el gobierno y contra los apoyos de este.

⁴ Américo León Vilarín (1915-1999), dirigente de la Confederación Nacional de Dueños de Camiones [N., de la E].

Legados Contemporáneos de la Geopolítica contra Chile

El mundo ha cambiado desde entonces, relativamente. Las circunstancias geopolíticas hoy son distintas. En relación con lo que escucho en el Chile de hoy, en la Europa de hoy, el factor dominante es esa visión geopolítica que significó la tragedia para Chile, y, para muchos otros países, está igualmente aplicándose en estos momentos de forma violenta en la propia Europa. Después de la guerra de Ucrania lo que hay es la aplicación de la doctrina de Mackinder, famoso geopolítico británico de comienzos del siglo XX, que consiste en delimitar una fractura que separe la Rusia de entonces de Alemania y Europa del Oeste. La aplicación de la doctrina Mackinder está detrás de la guerra actual, solamente que hay una diferencia en relación con el momento en el que se concibió y teorizó esta doctrina y el momento actual: las armas atómicas. Frente a esta dinámica geopolítica el mundo está reaccionando, de manera distinta, pero no cabe duda de que va a incidir en la Latinoamérica actual y en Chile de una forma directa o indirecta.

Director y Editor en Jefe: Gonzalo D. Martner Fanta.

Editor Adjunto: Andrés J. Palma Irrarázaval.

Asistente de Edición: Bernardo E. Oliva Troncoso.

Comité Editorial:

Bernardo Navarrete Yáñez, Universidad de Santiago de Chile, Chile.

Eduardo Titelman, Universidad de Santiago de Chile, Chile.

Xavier Ariztía, Ilustre Municipalidad de San Joaquín, Chile.

Propósito: la revista Políticas Públicas presenta artículos que provean análisis político, económico, sociológico o jurídico de políticas públicas o de dimensiones de la esfera pública. La revista se propone estimular la fertilización cruzada de ideas entre diversas disciplinas. Los artículos son sometidos a un sistema de revisión de doble ciego por pares evaluadores externos al Centro de Estudios de Políticas para el Desarrollo.

La revista Políticas Públicas forma parte de la actividad interdisciplinaria del Centro de Políticas para el Desarrollo y del Magíster en Gerencia y Políticas Públicas de la Facultad de Administración y Economía, Universidad de Santiago de Chile.

Correspondencia: actualmente fomentamos la utilización de medios digitales para la correspondencia. El correo electrónico es revista.politicaspublicas@usach.cl. En caso de envíos, se realiza a la Dirección del Magíster en Gerencia y Políticas Públicas, Edificio de Facultad de Administración y Economía, Av. Libertador Bernardo O'Higgins 3363, Estación Central, Región Metropolitana, Chile.

Indexaciones: en estos momentos, Políticas Públicas se encuentra indexada en Fundación Dialnet, Latindex, DRJI y EuroPub. Asimismo, estamos en proceso de indexación en Scielo.

Versión electrónica: todos los números, incluyendo este, se encuentra en nuestro sitio web <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/politicasp>